



AMÉRICA LATINA

Una agenda de libertad 2012

Presentación de
José María Aznar

Dirección:
Miguel Ángel Cortés
Alberto Carnero

Coordinación:
Guillermo Hirschfeld

AMÉRICA LATINA

Una agenda de libertad 2012

**Presentación de
José María Aznar**

**Dirección:
Miguel Ángel Cortés
Alberto Carnero**

**Coordinación:
Guillermo Hirschfeld**

© FAES Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, 2012

Ilustración de portada: La Fábrica de Diseño

Maquetación: Paloma Cuesta

ISBN: 978-84-92561-16-2

Depósito Legal: M-10347-2012

Impreso en España / Printed in Spain



MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES
Y DE COOPERACIÓN



MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN	15
1. LA LIBERTAD PARA AMÉRICA LATINA EN EL BICENTENARIO DE LAS INDEPENDENCIAS	29
A) América Latina, parte sustancial de Occidente	29
La tradición iberoamericana de libertad	33
Unidad y diversidad del sistema lingüístico latinoamericano	35
B) El fraude del “buen salvaje” y del “socialismo del siglo XXI”	38
C) América Latina en la globalización	47
Gobernanza para la libertad	54
D) Las clases medias como garantía de prosperidad y estabilidad	56

2. LUCES Y SOMBRAS	65
A) ¿Dónde estamos?	65
B) La política	71
Consolidación del orden liberal y transferencia pacífica del poder político	72
El advenimiento de una izquierda moderada	73
Retroceso de la marea populista	75
Brasil y México: colosos occidentales para la libertad	76
La necesidad de una nueva estrategia de los Estados Unidos hacia América Latina	80
España y la Comunidad Iberoamericana	86
C) América Latina ante la oportunidad histórica de consolidar su desarrollo	95
En la senda del crecimiento sostenido	97
El déficit de institucionalidad	103
Otros desafíos	104
Las infraestructuras y una Organización Latinoamericana de Cooperación Económica. El papel económico de la emigración latinoamericana	106
D) La seguridad: una batalla que no se puede perder	108
Narcotráfico y violencia	113
Las amistades peligrosas	114
La amenaza terrorista	116

3. DOS OBJETIVOS INAPLAZABLES	121
A) Desarrollar y consolidar las clases medias para emerger en un mundo globalizado	121
La educación: oportunidad y asignatura pendiente	122
La dimensión económica de la comunidad lingüística	126
La rémora que supone la inseguridad jurídica	128
Consolidar el Estado de derecho: prensa libre y poder judicial independiente	131
B) La integración: un objetivo de geometría variable	135
La integración física	138
La integración energética	144
Un “Erasmus” para América Latina	148
4. LA HORA DE LA POLÍTICA	153
A) La unidad, requisito para vencer al populismo	153
La unión de lo que está a la derecha de la izquierda	158
¿Cómo incentivar la unión de los afines?	160
B) Los grupos de interés que se arrogan la representación del pueblo	162
CONCLUSIONES	165
AGRADECIMIENTOS, CONTRIBUCIONES RECIBIDAS E INSTITUCIONES CONSULTADAS	169

PRESENTACIÓN

La Comunidad Iberoamericana es una prioridad para España y es fundamental para el futuro de la libertad, la democracia y el bienestar en el mundo. La Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES), consecuente con este principio, trabaja desde hace más de 20 años para convertirlo en propuestas políticas concretas y viables.

En el año 2007 FAES publicó *América Latina: una agenda de libertad*, un informe estratégico sobre el futuro de la región, producto de la colaboración de muchas personas e instituciones de ambas orillas del Atlántico con las que compartimos ideas y valores.

Con la perspectiva del tiempo podemos decir con orgullo que ese informe, que fue presentado en dieciocho países, se ha convertido en un documento de referencia. Gracias a su amplia difusión y a su disponibilidad en la red, ha servido de fuente para investigadores y especialistas, ha inspirado programas electorales y ha alimentado el debate y la polémica en foros académicos y políticos.

La *Agenda de libertad* en 2007 sostenía que América Latina, parte sustancial de Occidente, se hallaba ante el dilema que

ya planteó hace más de cien años el argentino Domingo Faustino Sarmiento: la región podía seguir la senda de la libertad, la democracia y la prosperidad, esto es, de la civilización; u optar por el populismo, el autoritarismo, la parálisis y la irrelevancia, antesala de la barbarie.

A lo largo de estos cinco años, América Latina ha continuado avanzando en el respeto por las libertades individuales y los procedimientos democráticos, la vigencia del Estado de derecho y la institucionalidad, y la apuesta por la racionalidad económica y la apertura al mundo. El traspaso pacífico del poder y la alternancia política se han consolidado como regla. Aunque queda camino por recorrer, se vislumbra un futuro esperanzador para la región.

En un momento de crisis económica y financiera en los países más desarrollados, América Latina ha conseguido mantener tasas de crecimiento elevadas. El alza del precio de las materias primas ha sido determinante, pero también la observancia de la ortodoxia macroeconómica, con presupuestos equilibrados y tasas de inflación bajas, como norma general.

Por desgracia, escapan a este panorama positivo la dictadura cubana y sus satélites, refractarios a la adopción de reformas e incompatibles con la idea de sociedad abierta.

El “socialismo del siglo XXI”, a pesar de su pomposo nombre, no es tal novedad. Toma elementos del socialismo de toda la vida y los combina con algunas de las soluciones políticas

que más daño han causado a los latinoamericanos durante el siglo XX: el populismo revolucionario, el militarismo, el caudillismo y el indigenismo racista.

La conculcación de los derechos de propiedad, la inseguridad jurídica, el aumento descontrolado de la oferta monetaria y la imposibilidad de medir con precisión y transparencia las variables económicas, algo inherente a toda economía cerrada, explican que los países del “socialismo del siglo XXI” no hayan podido seguir el ritmo de las repúblicas latinoamericanas donde rige la economía libre de mercado. Esto ha puesto de relieve el fracaso económico del modelo populista y ha contribuido a su desprestigio incluso entre sectores de izquierda.

En los cinco años transcurridos desde la publicación de la *Agenda* de 2007, la región ha resistido el embate del populismo, que ha retrocedido pero no ha desaparecido. La victoria de la libertad y la democracia aún no es completa.

El populismo es solo uno de los peligros a los que América Latina debe hacer frente. La inseguridad ciudadana, además de un drama humano, debilita la confianza de los ciudadanos en el imperio de la ley al cuestionar el legítimo monopolio de la fuerza por parte del Estado de derecho. El crimen organizado tiene su negocio más lucrativo en el narcotráfico, cuya incidencia es letal en algunos países de la región.

Hay otras debilidades en la región que es preciso abordar. La mejora de la calidad de la enseñanza sigue siendo un reto

en América Latina; los servicios públicos básicos deben ser accesibles a todos los ciudadanos. Asimismo, la persistencia de una economía informal impide que el Estado ejerza sus funciones con recursos suficientes, perpetúa injusticias al crear divisiones entre quienes respetan la ley y quienes no, y repercute negativamente en la asignación eficiente de los recursos económicos y el crecimiento.

La integración sigue siendo una asignatura pendiente en América Latina. Pese a iniciativas regionales que merecen ser apoyadas, el proceso parece ir demasiado lento, cuando en otras zonas del mundo la integración avanza como respuesta a problemas crecientemente globales. Siguen existiendo demasiados prejuicios particularistas que entorpecen el estrechamiento de los vínculos entre los países de América Latina, una de las regiones más homogéneas del mundo.

En cualquier caso, las luces predominan hoy sobre las sombras en América Latina, y la región se encuentra ante una oportunidad histórica para consolidar su desarrollo. La Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, consciente de las notables transformaciones habidas en la región desde la publicación del primer informe, ha creído oportuno publicar una nueva versión, actualizada y ampliada, de la *Agenda de libertad*.

Durante más de un año, y bajo la dirección de Miguel Ángel Cortés, Alberto Carnero y Guillermo Hirschfeld, se han celebrado seminarios con expertos, se han realizado visitas de trabajo a distintos países del continente americano y se ha consultado a dirigentes políticos y pensadores de prestigio, cu-

vos valiosos comentarios y contribuciones han enriquecido este nuevo documento. No obstante, FAES asume la plena responsabilidad de este informe y de todas sus propuestas.

Esta nueva edición de la *Agenda de libertad* coincide -no por casualidad- con el bicentenario de la Constitución de Cádiz, un valioso patrimonio político que fue alumbrado por “los españoles de ambos hemisferios”. Aquella Constitución, denominada coloquialmente “la Pepa”, es un hito en la tradición que asumieron las naciones hispánicas para instaurar un sistema político liberal, necesario para reconocer y garantizar los derechos de las personas y para fundar un orden civil de libertad.

A la preservación y transmisión de ese legado político quiere servir, con tanta modestia como claridad, esta *Agenda de libertad*. Estamos convencidos de que el mejor futuro de la Comunidad Iberoamericana exige lealtad a los principios que hace dos siglos defendieron aquellos patriotas de la libertad, los mismos que consagraron el respeto a la Constitución y a la ley.

José María Aznar

Presidente de la Fundación FAES

INTRODUCCIÓN

“Desde entonces –cualesquiera sean superficiales apariencias y verbalismos convencionales– la verdad es que, una vez constituidas en naciones independientes y marchando según su propia inspiración, todos los nuevos pueblos de origen colonial y la metrópoli misma, caminan, sin proponérselo ni quererlo y aun contra su aparente designio, en dirección convergente, esto es, que entre sí y al mismo nivel, se irán pareciendo cada vez más, irán siendo cada vez más homogéneas. Bien entendido, no que vayan asemejándose a España, sino que todos, incluso España, avanzan hacia formas comunes de vida. No se trata, pues, de nada que se parezca a eventual aproximación política, sino a cosa de harto más importancia: la coincidencia progresiva en un determinado estilo de humanidad”¹.

José Ortega y Gasset

El mundo está cambiando de forma acelerada. Estamos asistiendo a grandes cambios políticos, económicos y sociales en el marco de un proceso de globalización que, en líneas generales, se apoya en tres instituciones de origen occidental:

- En la política, el Estado democrático, basado en el imperio de la ley y el reconocimiento de libertades individuales.

¹ Discurso pronunciado en Buenos Aires el 16 de noviembre de 1939. Recogido en *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América*.

- En la economía, el libre mercado.
- Y en la cultura, el avance de la ciencia y la tecnología, basadas en la lógica racional y empírica.

Tras el derribo del Muro de Berlín en 1989, el éxito de estas tres instituciones parecía incontestable. La sociedad abierta triunfaba sobre sus alternativas ideológicas. Pero la historia no se acabó. La democracia y la libertad siguen teniendo enemigos dispuestos a combatirlas, aunque del lado opuesto no exista un proyecto político con la fuerza que tenía aquel que dividió al mundo en los largos años de la Guerra Fría.

La economía de mercado no tiene alternativa viable. Aceptada por convicción o a regañadientes, este modelo económico ha sido capaz de sacar a millones de personas de la pobreza y ha propiciado el ensanchamiento de las clases medias en todo el mundo y, de forma muy destacada, en América Latina.

América Latina es, como se defendía en la *Agenda* de 2007, una parte sustancial de ese Occidente cuyos valores arraigan en buena parte del orbe en un imparable proceso de globalización. En su tradición ibérica, ilustrada y liberal, se encuentran los principios de raíz occidental que han permitido la prosperidad y el progreso de las naciones que los han asumido. Cuando las políticas en los países latinoamericanos se basaron en doctrinas contrarias a esta tradición de libertad, las consecuencias lógicas fueron el atraso, el aislamiento y el autoritarismo.

Por fortuna, la región ha experimentado en los últimos años el avance y consolidación de la democracia representativa y la economía de mercado. La democratización del subcontinente, iniciada en los años ochenta del siglo XX, casi se ha completado, con la sonora excepción de Cuba. La transferencia pacífica del poder entre Gobiernos de distinto color político es hoy la norma en América Latina.

El proceso de globalización acelerada que vive el planeta ha alcanzado a las economías latinoamericanas. Sus productos llegan a más mercados. Importantes socios comerciales e inversores extranjeros, como es el caso de China, han irrumpido en la región aportando financiación, capacidades y nuevos vínculos. Las tradicionales relaciones económicas con los Estados Unidos y, en menor medida, con Europa, se han reequilibrado con nuevos mercados e inversores que permiten a los Gobiernos y a los empresarios latinoamericanos un mayor abanico de opciones.

América Latina, en fin, es hoy más democrática, más rica y goza de más oportunidades. Repúblicas como Chile, el Brasil, el Perú o Colombia han aplicado con consistencia, por encima de vaivenes electorales, políticas basadas en reformas estructurales y en la estabilidad económica: el equilibrio en sus cuentas públicas y la liberalización de sus economías ha sido posible gracias al reforzamiento de las instituciones. Este proceso ha tenido como consecuencia notables avances en la lucha contra la pobreza.

El potencial y la solidez de las economías latinoamericanas han permitido que la región esté saliendo razonablemente ai-

rosa de la crisis económica y financiera que tan profundamente ha afectado a los Estados Unidos y a Europa. Sin embargo, no puede descartarse que América Latina se vea afectada en algún momento por la crisis financiera.

En cualquier caso, el futuro de América Latina es esperanzador si se aprovechan activos como:

- Una creciente solidez institucional y estabilidad democrática.
- Las políticas macroeconómicas sensatas, que le han permitido afrontar la crisis económica y financiera internacional con mayor solvencia que otras regiones.
- Unas expectativas de crecimiento robusto –con algunas excepciones– basado, en gran medida, en el aumento del precio de las materias primas y alimentos de los países exportadores.
- El activo que supone albergar más de 500 millones de habitantes y un tejido social incorporado plenamente al entramado de valores occidentales de democracia y libertad.
- Una larga tradición humanista que otorga a la región un capital humano envidiable.
- El valor demográfico y económico que entraña una población eminentemente joven, con 110 millones de personas entre los 15 y los 24 años.

- Las posibilidades que ofrece contar con la mayor superficie de tierra cultivable del planeta, las mayores reservas de agua dulce, una grandísima proporción de los recursos energéticos del mundo e innumerables reservas de materias primas.

Hay países que ya están aprovechando estas oportunidades. Brasil se ha convertido en actor global y en motor regional. El Perú fue en 2009 el segundo país del mundo con mayor tasa de crecimiento, después de China. Colombia se halla a las puertas de un importante salto económico gracias a las políticas de seguridad democrática y de liberalización económica. Chile, que ingresó en la OCDE en mayo de 2010, está muy cerca de ser un país plenamente desarrollado.

No obstante, sería irresponsable incurrir en un exceso de optimismo. Porque en rigor no cabe hablar de una nueva década de América Latina, sino de una oportunidad inmejorable para un futuro de prosperidad en América Latina. La región está en condiciones de consolidar los progresos realizados para insertarse plenamente en el mundo con un papel protagonista.

En todo caso, persisten dos graves obstáculos a la consolidación del desarrollo, la prosperidad y la libertad en América Latina:

- En primer lugar, la debilidad del Estado. Pocos fenómenos ilustran mejor este fenómeno que la violencia en sus distintas manifestaciones: los brutales cárteles de la droga

y los narcoterroristas; los fenómenos de delincuencia perpetrada por bandas organizadas, que suponen un peligroso desafío a la institución estatal. La persistencia de estas lacras menoscaba la confianza de los ciudadanos latinoamericanos en el monopolio legítimo de la fuerza del Estado.

- En segundo lugar, el desafío ideológico que supone el llamado “socialismo del siglo XXI”, que combina el viejo socialismo que se derrumbó junto con el Muro de Berlín en 1989 con doctrinas trágicamente conocidas por los latinoamericanos, como son el populismo revolucionario, el nacionalismo excluyente y el indigenismo racista.

También constituye un desafío político el advenimiento de regímenes de naturaleza cleptocrática que se apropian del Estado mediante una combinación de corrupción, coacciones y un capitalismo “de amigos” al servicio de quien está cerca del poder. Un fenómeno que además deteriora la imagen de la auténtica economía de libre mercado basada en la transparencia.

Cuando FAES publicó la primera edición de la *Agenda de libertad*, el “socialismo del siglo XXI” amenazaba con subyugar a casi toda la región. Sin embargo, el robustecimiento de las instituciones políticas latinoamericanas, el fracaso económico inherente a toda doctrina socialista, así como la determinación y el coraje políticos mostrados por los ciudadanos de muchos países, han ayudado a resistir democráticamente la expansión del populismo.

En cualquier caso, hay que permanecer alerta. Aunque atajado el peligro de contagio revolucionario, esta forma de socialismo populista sigue constituyendo un peligro para la libertad, la estabilidad y la prosperidad de América Latina. La región, a pesar del lento avance de los procesos de integración, es ahora vista como un bloque económico y político emergente y pujante. Nada sería más dañino que la percepción de que se produce una fractura en esa unidad forjada en torno a la democracia liberal, el imperio de la ley y la economía de mercado.

Muchas de las repúblicas latinoamericanas presentan datos macroeconómicos alentadores, pero conviene recordar que el crecimiento ha estado basado fundamentalmente en el aumento del precio de la energía y de las materias primas por la demanda procedente de las economías asiáticas. El riesgo para algunos países de América Latina es caer en la denominada “maldición de las materias primas”. Para evitarlo, sería conveniente que la región aprovechara el actual período de bonanza y crecimiento económico para sentar las bases de unas economías abiertas, competitivas y basadas en el Estado de derecho, así como de instituciones sólidas que permitan el establecimiento de auténticas sociedades del bienestar. En fin, América Latina dará un paso decisivo hacia la modernización y el desarrollo si es capaz de aprovechar este ciclo expansivo para acometer reformas estructurales coherentes.

A pesar de la notable reducción de la pobreza registrada en casi todos los países de la región –según la CEPAL, ha pasado

del 44% en 2002 al 32% en 2010— y que la crisis económica mundial no ha interrumpido, América Latina registra los niveles de desigualdad más altos del mundo, característica que se ha mantenido durante las últimas cuatro décadas. Según datos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), diez de los quince países con mayores niveles de desigualdad son latinoamericanos.

La consolidación de una clase media pujante en América Latina tiene uno de sus obstáculos en la falta de calidad de la educación, que es la base para ampliar el capital humano de cualquier sociedad, y a la que los sectores con menos recursos de la población siguen sin poder acceder. Sería conveniente realizar reformas a fin de lograr dos objetivos: que la inversión de la sociedad en educación revierta en una formación de calidad, y que esa educación de calidad sea accesible para todos los sectores sociales.

La historia común de los países de la región, así como sus afinidades en términos culturales, jurídicos y constitucionales, deberían facilitar los procesos de integración. Sin embargo, la insuficiente integración en ámbitos como el comercial y económico, el educativo, el jurídico, el energético o el de infraestructuras, resta oportunidades a cada uno de los países y a la Comunidad Iberoamericana en su conjunto.

Ninguna de las propuestas de integración política para América Latina ha dado los resultados esperados. Quizá la causa haya que buscarla en el exceso de ambición, en el dirigismo y en el nacionalismo.

En los últimos años, la institucionalidad ha mejorado considerablemente en toda la región, con las consabidas excepciones de Cuba y de los países donde rige el populismo. Sin embargo, en la inmensa mayoría de las repúblicas latinoamericanas el Estado no ejerce correctamente sus funciones esenciales: garantizar la libertad y derechos de los ciudadanos, brindar seguridad, y ofrecer un marco estable para que florezca la sociedad del bienestar.

La proyección de España en Iberoamérica es hoy más importante que nunca. España necesita desarrollar una política hacia la región que no esté sesgada ideológicamente y que no esté sujeta a componendas con los enemigos de la libertad. El interés de España es que Iberoamérica se consolide como una comunidad basada en la democracia liberal, el respeto de los derechos humanos y la garantía de las libertades individuales dotada con una economía de mercado abierta al mundo y que propicie sociedades prósperas y dinámicas. Los españoles no pueden ser indiferentes ante el futuro de Iberoamérica, ni renunciar a los compromisos adquiridos para con la región. Limitarse a ser un espectador indiferente no es una opción que España pueda permitirse.

Porque España, como el resto de Occidente, no puede entenderse sin América. La realidad iberoamericana se ha ido decantando a lo largo de la historia, uniendo dos continentes con lazos de identidad basados en valores compartidos y en vínculos humanos e históricos muy profundos. Son siglos vividos en común que han conformado un sentido de pertenencia a una misma comunidad. Por este motivo, el bicen-

tenario de las independencias representa una oportunidad para recuperar un relato de éxito y de modernización para toda la región, así como para robustecer los vínculos que vertebran esa Comunidad Iberoamericana.

En efecto, desde Río Grande hasta Tierra del Fuego se conmemora con gran solemnidad el bicentenario de las independencias de las naciones de América Latina. Este proceso se prolongará durante toda la década y encuentra en el 2012 su protagonismo en España, cuando también se cumplen doscientos años de la promulgación de la Constitución de Cádiz.

Los bicentenarios representan un reto intelectual trascendente. Este desafío, que invita a la reflexión política, puede inclinar hacia un lado o hacia el otro el futuro de las políticas latinoamericanas. Un análisis distorsionado del fenómeno de las independencias acarrearía consecuencias desafortunadas tanto para América Latina como para España. Por el contrario, el estudio riguroso de las emancipaciones y de los principios liberales que las informaron propiciará el surgimiento de un relato histórico coherente y ajustado a los hechos, imprescindible para la construcción de un futuro de prosperidad en toda América Latina.

Esta labor exige una ardua tarea de clarificación ante la montaña de distorsiones que han venido de la mano del tan recurrente victimismo populista. Por ello, el análisis deberá centrarse sustancialmente en el hecho de que esos procesos emancipadores constituyeron la vivencia americana del tránsito desde el Antiguo al Nuevo Régimen, esto es, el salto desde

el absolutismo a la nación de ciudadanos libres e iguales y al constitucionalismo liberal y democrático, que también se produjo en Europa. El enfoque será correcto si se logra transmitir la idea esencial de que ese tránsito a la modernidad lo recorrieron a la vez españoles y americanos en el seno de una única revolución liberal desencadenada a ambos lados del océano Atlántico.

* * *

El presente documento es una actualización de la *Agenda de libertad* publicada por FAES en 2007; un informe nuevo en el que se recogen textualmente aquellas ideas aún vigentes, y se añade el análisis de las transformaciones acaecidas en América Latina durante los cinco años transcurridos desde la publicación de la anterior edición. Asimismo, se profundiza en algunos de los planteamientos esbozados hace un lustro y se introducen nuevas propuestas. Si el contenido de la *Agenda* de 2007 giraba en torno a la firme creencia de que muchos países de la región estaban abocados a elegir entre civilización (democracia, separación de poderes, garantía de los derechos, economía de mercado) o barbarie (populismo, arbitrariedad de los poderes, autoritarismo), en este nuevo informe se constata que los países América Latina han optado, mayoritariamente, por la primera vía.

El documento consta de una primera parte, “La libertad para América Latina en el bicentenario de las independencias”, eminentemente ensayística, donde se estudian las repercusiones que el fenómeno de la globalización está teniendo en Amé-

rica Latina, la pertenencia a Occidente de la región y la importancia de las clases medias para la consolidación de un orden liberal. Sigue un amplio apartado descriptivo, centrado en la política, la economía, la sociedad y la seguridad, titulado “Luces y sombras”. En el capítulo 3, el lector encontrará un amplio conjunto de propuestas organizado en torno a dos *desiderata*: más clases medias y mayor integración regional. La división cuatripartita del documento se completa con un capítulo que lleva por título “La hora de la política”, en el que se hace una llamada a la unidad de los afines y se plantean fórmulas para forjar un proyecto político latinoamericano ganador.

Hay dos observaciones obligadas que deben formularse en esta reflexión sobre América Latina. La primera es que toda generalización respecto a una región, donde cada país constituye un mundo diferente, puede incurrir en interpretaciones o conclusiones erróneas. Un trabajo necesariamente breve como este, que no entrará en el análisis detallado de los casos nacionales, inevitablemente contendrá simplificaciones acerca de una realidad latinoamericana diversa y plural en su aparente homogeneidad.

La segunda observación tiene que ver con la denominación que se da al conjunto de naciones del que vamos a ocuparnos. En este informe, América Latina es el conjunto de países de habla española y portuguesa de América. A menudo, en los organismos internacionales y en los estudios sobre la región se incluyen bajo la denominación “América Latina” los Estados caribeños que no forman parte del conjunto iberoamericano, y que comparten muchos de sus rasgos comunes –en parti-

cular Haití—. Por eso, y porque la mayor parte de las estadísticas que se recogen de la región se agrupan incluyendo las del Caribe anglófono, neerlandófono y francófono, en este informe no se hará distinción entre uno y otro grupo.

La denominación “América Latina” ha sido rechazada por largo tiempo o recibida con escepticismo en España y en algunos círculos americanos, como ajena a la tradición intelectual hispanoamericana y símbolo de quiméricos bloques frente al hegemónico anglosajón. Fuera cual fuera su origen, la expresión “América Latina” o “Latinoamérica” es comúnmente utilizada en el mundo, incluyendo naturalmente la propia región y su sociedad, que ha decidido hace tiempo llamarse así.

La expresión “Hispanoamérica” alude a una realidad identificable histórica y culturalmente, supone dejar fuera al Brasil lusófono, por lo que este término será utilizado de forma excepcional en el presente informe.

Por último, cabe señalar que la denominación “Iberoamérica” se refiere a una comunidad entre dos continentes, de la que forman parte España y Portugal, además de todos los países latinoamericanos. Se trata de una expresión consolidada en la nomenclatura de muchas estructuras y organizaciones públicas y privadas surgidas al amparo de la Comunidad Iberoamericana de Naciones.

1

LA LIBERTAD PARA AMÉRICA LATINA EN EL BICENTENARIO DE LAS INDEPENDENCIAS

“Me enorgullece sentirme heredero de las culturas prehispánicas que fabricaron los tejidos de Nazca y Paracas y los ceramios mochicas o incas que se exhiben en los mejores museos del mundo [...], y de los españoles que, con sus alforjas, espadas y caballos, trajeron al Perú a Grecia, Roma, la tradición judeocristiana, el Renacimiento, Cervantes, Quevedo y Góngora y la lengua recia de Castilla que los Andes dulcificaron”.

Mario Vargas Llosa

Fragmento de su Discurso ante la Academia Sueca
al ser galardonado con el premio Nobel de Literatura en 2010

A) América Latina, parte sustancial de Occidente

América Latina es una parte sustancial de Occidente. Esta afirmación es capital para pensar el futuro de América Latina. ¿Qué queremos decir con ella? Occidente no es un concepto geográfico. Occidente es un sistema de valores vigentes en una sociedad. Es una cultura. No es la expresión del *espíritu de un pueblo*, ni es el patrimonio exclusivo de nadie. Los valores occidentales son universales.

Occidente tiene un origen histórico identificable. Se ha ido conformando a lo largo de los siglos por muchos pueblos y sociedades que lo han asumido y lo han enriquecido con una u otra particularidad. Occidente ha sido un proceso de acumulación, de enriquecimiento paulatino, de superposición y extensión. Pero sus características y elementos fundamentales son precisos y se han mantenido a lo largo del tiempo.

Si Occidente se define por la tradición grecolatina, por la herencia del cristianismo, por el humanismo renacentista y el racionalismo científico, por la defensa de las libertades y de los derechos fundamentales, por la democracia representativa y la aspiración a su perfeccionamiento, por la separación y el equilibrio de poderes, por la primacía de la ley y la igualdad ante ella, por la economía de mercado y la apertura al mundo, por la igualdad entre el hombre y la mujer; entonces América Latina forma parte de Occidente.

Las instituciones y valores occidentales más acendrados siguen siendo hoy factores claves del futuro de las sociedades que son portadoras de ellos y, muy en especial, de las de América Latina.

Occidente tiene su expresión política moderna en la democracia liberal. Este es el único régimen político plenamente compatible con ese concepto de persona, cuya dignidad y derechos actúan al tiempo como origen y como límite absoluto al ejercicio del poder, incluso para la voluntad de las mayorías. La democracia liberal es una forma de gobierno en la que los gobernantes son elegidos y las decisiones políticas se encuen-

tran sujetas a normas en lo que conocemos como Estado de Derecho.

Los derechos y libertades que conforman una democracia incluyen el derecho a la vida y la integridad, el derecho al debido proceso, a la intimidad, a la propiedad y a la igualdad ante la ley, así como las libertades de expresión, asociación y culto. Estos derechos, entre otros, deben estar reconocidos, garantizados y protegidos. Son la base de cualquier sistema que se proclame democrático. Y para garantizarlos, la separación de los distintos poderes es un requisito esencial.

Una democracia necesita también tolerancia y pluralismo. Ideas políticas muy diversas pueden coexistir y competir por el poder político, siempre sobre una base democrática y el respeto a los derechos y libertades fundamentales.

Occidente es también el pensamiento científico y crítico. El método científico prefiere una sociedad abierta. Conocer la verdad es un ideal al que aspiran los distintos miembros que forman la comunidad, no es una imposición del poder. La verdad como concepto ideal se distingue de la certidumbre, que por definición es pasajera. Eso explica que la civilización occidental haya obtenido una ventaja tecnológica y científica sobre otras sociedades cerradas.

En el orden económico, el pluralismo, la libertad y la propiedad se traducen en el sistema de la economía de mercado. Un sistema basado en la libre iniciativa que reconoce la capacidad de emprender y de comerciar. El sistema que

ha demostrado ser el mejor a la hora de generar bienestar y prosperidad.

Occidente no es patrimonio de un pueblo. Ha tenido múltiples incorporaciones. Se ha expandido a lo largo de la historia. América Latina es el fruto histórico de esa expansión que comienza a finales del siglo XV, cuando los europeos llegan al nuevo continente y se inicia un proceso de fusión y mestizaje que no ha tenido parangón en la historia. A lo largo de más de tres siglos, los pueblos originarios del continente se van fundiendo con los aportes humanos llegados del Viejo Continente. Pero lo más significativo es la incorporación de todas esas sociedades a la idea de Occidente, mediante la extensión del cristianismo, que actúa como elemento transmisor de toda la tradición occidental del momento y como motor de incorporación de las sociedades americanas a Occidente.

Esta tradición tiene una continuación muy clara en los procesos de independencia de las repúblicas americanas, que se enmarcan en el ciclo histórico de las revoluciones democráticas.

Pero hay que recordar también que Occidente no es una conquista asegurada para siempre. De hecho, ha habido terribles regresiones a la barbarie y el salvajismo en los países y sociedades que han ayudado decisivamente a conformar Occidente. No hay más que recordar los años treinta del siglo pasado en Europa o el trágico legado de los totalitarismos comunista, fascista y nacional-socialista, que no son más que experimentos perversos de ingeniería social basados en la negación de la idea de persona que está en la base de Occi-

dente. En Latinoamérica también hubo dictaduras, totalitarias o no, y represión. Pero han sido períodos limitados en el tiempo y siempre tachados de ilegitimidad. La aspiración ha sido siempre retornar a formas de gobierno democráticas. Este es otro de los rasgos que revela el carácter esencialmente occidental de América Latina.

Por todo ello consideramos que América Latina es Occidente. Lo es por su historia, pero también por sus aportaciones al pensamiento, a la cultura y a la creación. Se podrá alegar que este proceso ha sido imperfecto o incompleto. Que puede haber y de hecho ha habido regresiones. Nada de esto es ajeno a la evolución histórica de otras partes del mundo occidental. Pero reconocer esa realidad no debe impedir ver que el futuro más brillante de América Latina está precisamente en recobrar y continuar su identidad occidental, que no supone negar el fértil hecho del mestizaje, sino darle un nuevo impulso.

La tradición iberoamericana de libertad

Una falacia ideológica de nuestro tiempo con la que se persigue generalmente estigmatizar a los partidarios del liberalismo y que urge refutar, es la concepción de la tradición liberal como ajena a las costumbres hispanoamericanas y exclusiva del mundo anglosajón. Sin embargo, el componente hispano es una pieza clave en la tradición occidental de libertad.

América Latina, como integrante del mundo hispánico, participa de forma destacada en la tradición occidental de libertad. La Escuela de Salamanca, la escolástica tardía, es una

prueba de cómo el ideario liberal hunde sus raíces en el pensamiento ibérico del siglo XVI. Este nutrió de contenido al corpus de derecho de ese universo que hoy cuenta con cerca de 600 millones de habitantes. La teología neoescolástica, expuesta por los padres de la Escuela de Salamanca, Francisco de Vitoria, Francisco Suárez y más tarde Juan de Mariana entre otros, enseñó que los hombres nacen libres, y que gozan de unos derechos inalienables –derechos como la vida, la libertad, la dignidad, y el derecho a la propiedad individual–. En definitiva, en los escritos de los clérigos de la escuela de Salamanca se hallan las bases de lo que devendrá con la Ilustración, liberalismo político y económico, dos siglos antes a autores como Adam Smith.

Es preciso recalcar que en muchos de los textos redactados por los libertadores del siglo XIX para justificar jurídicamente la emancipación y el nacimiento de las repúblicas americanas se utilizaron como fuente los escritos de los padres de la escuela de Salamanca, especialmente aquellos que versan sobre la ruptura del pacto social que se produce ante el vacío de poder y la necesidad de instaurar entonces un nuevo régimen. Precursores de las independencias como Juan Pablo Vizcardo y Guzmán en el Perú o Francisco de Miranda en Venezuela, y aun en el propio Bolívar, son claros ejemplos de esta línea argumental en defensa de la libertad que habían iniciado los teólogos salmantinos tres siglos antes.

La palabra “liberal”, de origen español, pues fueron los diputados de Cádiz los primeros en hacerse llamar “liberales”, es en la actualidad una palabra denostada por algunos, que a

veces se procura evitar. Sin embargo, como recordaba Mario Vargas Llosa, no solo es una palabra hermosísima, “pariente sanguínea de la libertad y de las mejores cosas que le han pasado a la humanidad desde el nacimiento del individuo”, sino que también se halla íntimamente ligada a “la democracia, el reconocimiento del otro, los derechos humanos, la lenta disolución de las fronteras y la coexistencia de la diversidad”².

En definitiva, el futuro de la región aconseja comprender la “revolución” liberal que se produjo a ambos lados del Atlántico, para que en la celebración de los bicentenarios prevalezca la verdad sobre la manipulación y el engaño.

Unidad y diversidad del sistema lingüístico latinoamericano

El sistema lingüístico de Latinoamérica es fiel reflejo de la herencia cultural europea y constituye un elemento más, de alto valor práctico y simbólico, de su pertenencia a Occidente. El continente americano nos sorprende, de punta a punta, con su relativa homogeneidad lingüística: cuatro lenguas de origen europeo facilitan la comunicación de 875 millones de personas. Ciertamente, el uso vehicular predominante de inglés, español, portugués y francés no anula la variedad que ofrece el paisaje lingüístico americano, gracias a la preservación de numerosas lenguas autóctonas. Aun así, la diversidad de idiomas en América, donde todavía se emplean cerca de mil lenguas

² Palabras pronunciadas por Mario Vargas Llosa durante la inauguración del Campus Faes 2007.

originarias, es muy inferior a la de África (más de 2.000) o Asia (3.500), aunque superior a la de Europa (240).

Las grandes lenguas europeas de América desempeñan una función vehicular, pero también han servido como instrumentos de integración en sociedades formadas por sucesivas oleadas de inmigrantes procedentes de todos los rincones del mundo. En torno al español y al portugués se han construido las identidades nacionales de los países que componen la geopolítica latinoamericana.

La conservación y estudio del patrimonio lingüístico prehispánico, que representa una exigencia cívica y cultural para el conjunto de la Comunidad Iberoamericana, no debería, sin embargo, entrar en conflicto con la necesidad de integrar a las poblaciones indígenas más marginadas social y económicamente. Integración que empieza por la educación. Algunas propuestas, como universidades o escuelas superiores “interculturales indígenas” que surgen sin medios ni planes de estudio coherentes, o la de impartir la enseñanza en lengua indígena y relegar el español a la categoría de segunda lengua, revelan unos objetivos que poco tienen que ver con las posibilidades de mejora de los ciudadanos, y chocan con la realidad socio-económica del continente, amenazando con obstruir el progreso de comunidades enteras.

La búsqueda de la cohesión social a través de la vuelta a usos del pasado e instituciones arcaicas, basados en supuestos derechos colectivos o fueros particulares, es avanzar en el sentido inverso al declarado; supone una amenaza hacia el

orden constitucional liberal y los derechos individuales de los propios miembros de las comunidades interesadas.

Los expertos vienen señalando las ventajas económicas que confiere a las empresas, a los profesionales y a los estudiantes, pertenecer a una gran comunidad lingüística:

- Facilita la movilidad laboral.
- Reduce los costes de transacción para las empresas.
- Agiliza la gestión de la Administración.
- Allana el camino para las inversiones y los contactos comerciales.
- Y potencia las posibilidades de una sociedad hispana del conocimiento.

La lengua delimita también el alcance de algunos mercados, como los de las industrias culturales y de la comunicación o los servicios educativos, que al hacerse grandes crean economías de escala y grandes corporaciones capaces de competir, a su vez, en otros mercados mayores en condiciones de igualdad.

La lengua española cuenta ya con esta amplia comunidad lingüística y con algunas de estas ventajas, que aseguran su posición entre las grandes lenguas del mundo durante largo tiempo. Latinoamérica, y en especial los países de habla hispana, tienen en ella un gran recurso para sus relaciones internas y para su proyección en el resto del mundo.

El hecho de que el 90% de los hispanohablantes habite en el continente americano demuestra la importancia del activo que supone para la región. Tanto es así que Brasil ha confirmado una vez más su voluntad de participación activa en la Comunidad Iberoamericana de Naciones promoviendo el aprendizaje del español como segunda lengua.

B) El fraude del “buen salvaje” y del “socialismo del siglo XXI”

La historia de las ideas en América Latina está salpicada de ideologías que mantuvieron a la región alejada del mundo libre durante demasiado tiempo. Es una historia caracterizada por la reivindicación con orgullo de lo exótico y lo excepcional.

Un afán diferenciador inspirado por la obra de autores como Jean-Jacques Rousseau, que imaginaron un hombre puro, libre y feliz en un estado de naturaleza previo al contrato social. Una teoría que parecía ajustarse perfectamente a la historia del continente americano, donde el “buen salvaje”, esto es, el amerindio, vivía feliz, dichoso y en perfecta armonía con el medio hasta el desembarco de Colón en Guanahaní. De esta manera, y como sucedió más tarde con el marxismo, las tesis que provenían de Europa se empleaban para reivindicar las culturas y formas de vida precolombinas, así como para denunciar su destrucción, supuestamente deliberada, a manos de los conquistadores.

En 1776, las Trece Colonias de Norteamérica rechazaron la tutela política de Inglaterra, pero no dejaron de reconocerse

herederos de su civilización y de la tradición *whig*. Contrariamente –según Jean François Revel–, Latinoamérica en sus guerras de la independencia y construcción de Estados nacionales pretendió eliminar la herencia hispánica, sin reparar en que esta constituía, en rigor, la cultura propia del Nuevo Mundo, la fundamentada en la tradición grecolatina y judeocristiana. Una cultura, en fin, que hizo posible una civilización hispanoamericana integrada por blancos, mestizos e indios.

La obra de España en América fue descrita admirablemente en las Cortes gaditanas por el diputado por Chile Joaquín Fernández de Leiva:

“Pero considerados en grande aquellos sucesos, las piadosas prevenciones de los reyes católicos y sus sucesores veremos que este imperio se llenó de gloria extendiéndose la honrada nación española en aquellas vastas regiones para poblarlas, establecer la civilización y buenas costumbres, y para defender a aquellos naturales de la crueldad de algunos de sus mandarines, no para oprimirles ni degradarles”³.

En el norte del continente, los ingleses y, en menor medida, los holandeses y los franceses realizaron un “transplante”, esto es, sociedades europeas fueron trasladadas al Nuevo Mundo para crear sociedades también europeas que, en efecto, crecieron y prosperaron. Por el contrario, en Mesoamérica y Sudamérica, los españoles y, en menor medida, los portugueses llevaron a cabo lo que Julián Marías describió como

³ “Debates de las Cortes de España sobre las Américas”, *El Español* (Nº XV), 30 de junio de 1811, p. 207.

“un injerto”⁴, es decir, porciones vivas del tejido ibérico fueron introducidas en las diversas sociedades americanas, modificando por completo su naturaleza y creando una civilización de nuevo cuño.

El victimismo y la reivindicación de un mítico pasado precolombino tan en boga hoy en día en América Latina derivan de una de las dos grandes corrientes de pensamiento que se definen en la región inmediatamente después de las emancipaciones: la del “buensalvajismo” indigenista, el nacionalismo y el exotismo; ideas que alumbran e informan el populismo latinoamericano de los siglos XIX y XX.

La segunda corriente es la conservadora, liberal y hasta socialdemócrata que discurre por los cauces de las instituciones modernas, de la democracia y del Estado de derecho.

En fin, un cisma doctrinal que siempre ha preocupado a los autores liberales de América Latina, cuya obra no ha podido obviar dos conceptos devenidos consustanciales a la realidad latinoamericana: civilización y barbarie. Conceptos que, empleados por primera vez por Domingo Faustino Sarmiento para explicar las causas del atraso del que la República Argentina adolecía a mediados del siglo XIX, siguen plenamente vigentes en la actualidad. Este dilema atraviesa también el pensamiento de Juan Bautista Alberdi y de tantos otros pensadores liberales americanos. La idea de que existen dos caminos: el de la

⁴ Marías, Julián: “El gran injerto: la lengua española”, ABC, 10 de abril de 1997.

civilización, esto es, el de la tradición occidental e ilustrada; o el de la irracionalidad, el caos y la destrucción.

Estos autores se percataron del peligro que suponen las construcciones ficticias y distorsionadas de la realidad latinoamericana, muy especialmente cuando han sido elevadas a la categoría de mito ideológico y político. A grandes rasgos podemos decir que la historia de estos dos últimos siglos en los países de la región ha estado marcada por la tensión permanente entre esas dos maneras de explicar el *ethos* latinoamericano. Y dicha dialéctica tiene su correlato en las dos corrientes políticas citadas, cuya pugna inconclusa ha condicionado la historia latinoamericana desde las independencias.

En la edición de 2007 de este documento nos referíamos al proyecto radical que la izquierda latinoamericana ha bautizado como “socialismo del siglo XXI”. Como decíamos entonces, el indigenismo, el neoestatismo, el nacionalismo, el militarismo o el populismo son ingredientes de los que se sirve para avanzar en sus objetivos. Esta izquierda prima los supuestos derechos colectivos frente a los individuales, ignorando al individuo en beneficio del grupo, sea etnia, sindicato o clase social.

La pertenencia étnica y la mirada atrás, a una mítica arcadia precolombina, colectivista e igualitaria, es una de las ilusiones de esta izquierda latinoamericana, sobre todo en los países con un fuerte componente amerindio en su población. Una izquierda que ha abandonado su discurso de “progreso” y ahora echa su mirada atrás, asumiendo una narrativa premoderna y reaccionaria que justifica y fundamenta su acción política.

El indigenismo empieza a ser para América Latina lo que el nacionalismo es a Europa. Resulta tan esclarecedor como preocupante contemplar sus analogías. Ambos cuestionan los Estados nacionales modernos que superaron el Antiguo Régimen con el constitucionalismo liberal del siglo XIX. El indigenismo sustituye el concepto de ciudadano de una república por el de miembro de una comunidad étnica, al igual que el nacionalismo europeo busca fórmulas identitarias excluyentes. Los dos subordinan principios e instituciones liberales como la división de poderes, el mérito y capacidad, la igualdad ante la ley y el respeto por los derechos individuales, al logro de sus objetivos muy cercanos al totalitarismo.

Indigenismo y nacionalismo propugnan la confusión de poderes. La ocupación de los mismos es una característica común, como lo es la intromisión en la esfera privada de personas y familias en aspectos tan sensibles como la educación o la instrumentación de la religión al servicio de sus causas. Tanto los indigenistas americanos como los nacionalistas excluyentes europeos promueven el falseamiento de la historia; en el terreno económico, utilizan la reivindicación de supuestos derechos históricos como un instrumento de dirigismo y proteccionismo económico.

El indigenismo, al buscar la reinstauración de supuestas o míticas instituciones prehispanas, promueve peligrosas excepciones a la normalidad democrática, de la única forma en que esta puede ser concebida: sufragio universal, igualdad ante la ley, separación de poderes, rendición de cuentas y transparencia. La idealización en clave política actual de las civilizaciones

precolombinas supone la reivindicación del autoritarismo y del colectivismo.

De la misma manera que la defensa de la nación lleva al elogio del patriotismo y a la oposición al nacionalismo, la defensa de los indígenas, como de cualquier ciudadano en situación desfavorecida, lleva a la denuncia y el combate al indigenismo. La segregación entre grupos étnicos y culturales agudiza los problemas existentes. El resultado que obtiene el indigenismo es el inverso al que se dice perseguir: un gran daño a la integración nacional al basarla en elementos raciales o míticos inexistentes y al plantearla como un alejamiento del mundo desarrollado.

La protección de las culturas minoritarias no tiene por qué ser un freno ni una excusa para el acceso de las propias minorías indígenas a la educación, la sanidad y demás derechos con plena igualdad de oportunidades con el resto de ciudadanos.

El indigenismo político de la izquierda populista latinoamericana goza de entusiastas partidarios en algunos sectores occidentales, especialmente entre cierta izquierda europea y norteamericana huérfana de causas tras el fracaso del “socialismo real”. Parece mentira que esta opción populista reciba un apoyo poco disimulado de algunos izquierdistas del Primer Mundo que disfrutan cómodamente de la prosperidad y de las libertades políticas en sus países. Con una irresponsabilidad máxima, estos “progresistas” apoyan para otros lo que jamás se atreverían a proponer para sus sociedades.

El neoestatismo, otro de los componentes del llamado “socialismo del siglo XXI”, es una de las grandes amenazas ideológicas para la economía latinoamericana. Supone una vuelta al pasado, con fórmulas que fracasaron en el siglo XX siempre que se aplicaron.

Cuando algunas izquierdas, en otras partes del mundo occidental, han tenido que aceptar que la economía de mercado es condición necesaria para el crecimiento y el desarrollo, en América Latina hay movimientos sociales –y lo que es más grave, algunos Gobiernos– que siguen estigmatizando al “neo-liberalismo” como causante de todos los males de la región.

Ignorando las recetas que han funcionado en economías emergentes, la izquierda populista latinoamericana defiende la nacionalización de los recursos naturales y la colectivización de tierras, con el consiguiente daño al derecho de propiedad y el alejamiento de las inversiones.

El populismo es quizá el instrumento más significativo del “socialismo del siglo XXI”. Enrique Krauze⁵ ha propuesto una serie de rasgos específicos para describir al populismo latinoamericano. El primero es el personalismo: el partido o movimiento se articula en torno a un hombre providencial, un líder carismático que inmediatamente requiere el establecimiento de un culto a la personalidad.

⁵ Palabras pronunciadas por Enrique Krauze en ocasión del seminario “La fuerza de las ideas”, organizado por FAES y la fundación Rafael Preciado Hernández en Distrito Federal, México el 5 de febrero de 2006.

El líder populista es, además, un demagogo: se apodera de la palabra para halagar los oídos del “pueblo”; para ello, el populista no duda en extender su control a los medios de comunicación mediante censura y hostigamiento a la prensa libre, o a base de subvenciones y prebendas.

El populismo usa el presupuesto de modo arbitrario. Tiende a utilizar los fondos públicos con fines políticos, e incluso cuando los reparte cobra la ayuda en obediencia. El demagogo no busca por fuerza abolir el mercado, sino que establece alianzas con los “empresarios patrióticos” que se refugian en el cómodo proteccionismo. Pero al mismo tiempo alienta el odio de clases al alimentar los prejuicios populares contra “los ricos”, y moviliza permanentemente a los grupos sociales contra los enemigos de dentro y fuera.

El nacionalismo populista encuentra su razón de ser en la existencia del enemigo exterior, hacia quien desvía la atención de sus fracasos. El imperialismo, los Estados Unidos, los organismos financieros internacionales y las multinacionales son los chivos expiatorios preferidos del populista latinoamericano.

El caudillo populista desprecia el orden legal. Frente a la ley como límite del poder opone su pretensión de ser él el origen de la ley. Procura eliminar los contrapesos institucionales de la democracia liberal, los considera aristocráticos, oligárquicos, contrarios a la voluntad popular. Desprecia también los límites temporales, persigue perpetuarse en el poder.

Incluso si no llega a ser plenamente dictatorial o totalitario, el populismo, de acuerdo con Krauze, alimenta sin cesar la ilusión de un futuro mejor soslayando los problemas más acuciantes, enmascara los desastres que provoca, posterga el análisis objetivo de sus actos, doblega la crítica, adultera la verdad, adormece, corrompe y degrada el espíritu público.

Una buena parte de la izquierda latinoamericana, “desnortada” y desorientada, otrora tan dogmática y fuertemente influida por el castrismo marxista-leninista, ha llegado a abandonar sin pudor un movimiento sin fundamentos ideológicos definidos. Hay que reconocer su habilidad para amalgamar una serie de sentimientos, de heridas sin curar, de irritaciones sociales exacerbadas, de fobias y sectarismo, en su afán desmedido de búsqueda y permanencia en el poder.

El populismo se puede definir más por sus métodos que por su pensamiento. Por desgracia hay ejemplos actuales de movimientos de tinte populista que sirven de refugio a los miembros más radicales de la izquierda latinoamericana, a golpistas, y a toda suerte de movimientos anti: los antisistema y los antiglobalización. Sus métodos violentos, los símbolos y gestos militaristas, la creación de los “círculos paramilitares”, dedicados a intimidar, adoctrinar y vigilar, respondiendo solo ante el caudillo en persona, recuerdan, en sus prácticas y estética, aspectos de las peores experiencias totalitarias vividas en el siglo XX.

C) América Latina en la globalización

La caída de los regímenes comunistas de Europa central y oriental en 1989, la desintegración de la Unión Soviética dos años después, así como el progresivo abandono de la planificación económica desde los años ochenta del siglo XX por dos gigantes asiáticos como la India o la República Popular China, han propiciado la expansión de la economía libre y de mercado por buena parte del orbe.

En China o Vietnam, la privatización de los medios de producción no ha llevado aparejada la democratización de sus regímenes, que continúan férreamente controlados por sus respectivos partidos comunistas. Sin embargo, las ideas de libertad y democracia sí han sido abrazadas por los países europeos dominados por el comunismo hasta 1989, completándose así lo que el politólogo estadounidense Samuel Huntington denominó “tercera ola de la democratización”.

Un proceso al que la región latinoamericana se sumó a lo largo de los años ochenta del siglo XX al recuperar Perú, Brasil, Argentina, Uruguay, Chile y Paraguay, la democracia perdida tras la imposición de sus respectivos regímenes militares. Con la dramática excepción cubana, el Estado democrático, basado en el imperio de la ley y en el reconocimiento de las libertades individuales, se convertía en la institución política más extendida y en el único régimen auténticamente legítimo en la región.

Según *Freedom House*, en la actualidad el 45% de los países del mundo (87 países) son libres, constituyendo las auto-

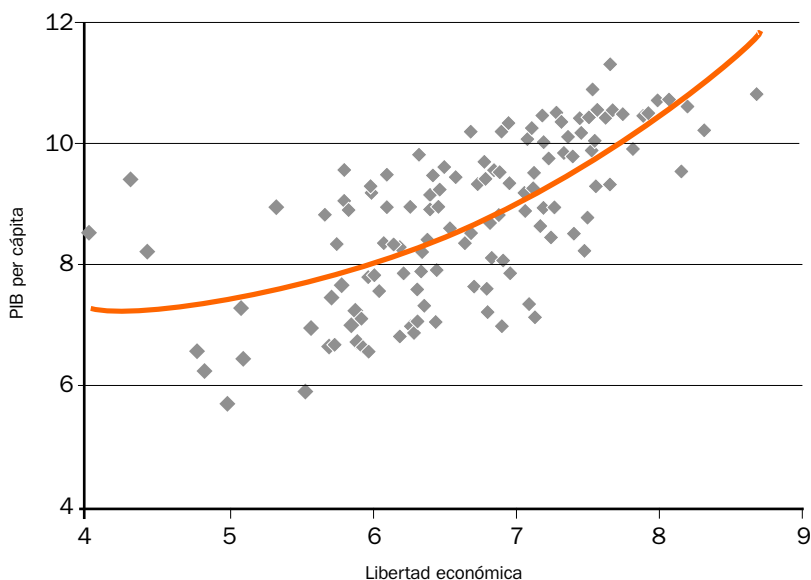
cracias el 24% (47 países) y los regímenes “parcialmente” libres el 31% restante (60 países). El 43% de la población mundial vive en países libres y el 35% vive bajo regímenes autoritarios (22% bajo regímenes mixtos)⁶. El triunfo de la democracia, unido a la generalización de la economía libre de mercado y al subsiguiente incremento del comercio mundial y desarrollo de las tecnologías de la información, ha contribuido a configurar un mundo globalizado que tiende a la libre circulación de bienes, servicios, capitales y conocimientos. En efecto, hoy no hay ninguna alternativa viable ni al Estado democrático ni a la economía de mercado. Ni siquiera se ha puesto en duda el modelo de sociedad abierta, capitalista y de economía de mercado en un momento en el que tanto Europa como EE. UU. atraviesan una crisis de sistemas financieros y de deuda soberana.

El Estado democrático y la economía de mercado han triunfado absoluta y rotundamente. De hecho, el valor de la democracia es tal que la inmensa mayoría de la población del mundo la apoya y hasta Estados autoritarios se definen como “democráticos” aunque no lo sean. Existe, además, una correlación entre libertad y prosperidad económica: casi todos los países prósperos del mundo son libres y casi todos los países libres son prósperos. Así, se observa una relación creciente entre el PIB per cápita y la libertad económica: a medida que aumenta la libertad económica, aumenta en mayor proporción el PIB per cápita (véase el Gráfico 1).

⁶ *Freedom in the World 2011: The Authoritarian Challenge to Democracy*, Freedom House, 2011, p. 21.

GRÁFICO 1.

Relación entre libertad económica y PIB per cápita en más de cien países (2007)



Fuente: GWARTNEY, James; LAWSON, Robert; HALL, Joshua: Economic Freedom of the World: 2011 Annual Report, Fraser Institute, 2011, p. 170.

¿Cuál es la explicación? Probablemente, que la democracia suele asegurar un buen gobierno, esto es, una solidez institucional importante; existiendo una relación clarísima entre buen gobierno y prosperidad, y entre mal gobierno y pobreza, corrupción y mala asignación de recursos.

La globalización ha permitido una mayor movilidad tanto en términos de comercio como de personas, lo que facilita el aprovechamiento de las ventajas competitivas de otras sociedades

en términos de conocimiento, tecnología y *know how*. Esto amplía extraordinariamente las oportunidades de creación de riqueza. Cuanto mayor es la cantidad de personas que pueden mantener contactos y realizar intercambios, mayor es la fuente de conocimientos y habilidades que puede potenciar cada persona. Las oportunidades para establecer formas eficientes de estabilización aumentan al mismo tiempo que la competencia más aguerida obliga a las empresas a utilizar nuevas ideas y tecnología para potenciar su eficiencia⁷.

El fenómeno de la globalización está permitiendo a los países emergentes explotar ideas y tecnología que los países ricos ya desarrollaron con el trabajo de generaciones y en las que además invirtieron enormes cantidades de recursos. Los países pobres, en definitiva, pueden aprender de los errores y aciertos del pasado, por lo que pueden incorporar las innovaciones más recientes de forma inmediata⁸.

El surgimiento de una economía globalizada y la proliferación de sociedades abiertas, en lo que constituye una revolución social y económica mucho más extensa, intensa y rápida que la Revolución Industrial, ha redundado en beneficio de todos los habitantes del planeta, pero muy especialmente de los más pobres y vulnerables. Y es que en los últimos 50 años la pobreza del planeta ha disminuido más que en los 500 años anteriores. El número de pobres que viven con menos de un dólar al día se

⁷ Norberg, John: *Cuatro décadas que cambiaron nuestro planeta* UPC, Lima, diciembre de 2008, p. 18.

⁸ *Ibíd.*

ha visto reducido en quinientos millones de personas en los últimos 30 años. Las tasas de crecimiento de los países emergentes están siendo muy elevadas (China, 9,3%; la India, 8,3%; Brasil, 7,5%) y la última crisis económica y financiera no ha impedido el fenómeno: los países emergentes, y América Latina con ellos, están creciendo mucho más deprisa que los desarrollados⁹. No obstante, una eventual desaceleración de la economía china afectaría sin duda a aquellos países latinoamericanos que han basado su crecimiento económico en la exportación de productos primarios a la República Popular China.

Los indicadores de una mayor esperanza de vida, acceso a la sanidad y a la educación también son ilustrativos. De 1960 a 2005, la esperanza de vida al nacer creció un promedio de 18 años¹⁰. Por su parte, la mortalidad infantil descendió del 12,2% a un 5,1%¹¹. En cuanto al acceso a la educación, el analfabetismo mundial cayó del 36,6% al 17,6%¹².

América Latina no siempre ha sido una región abierta al comercio internacional. Tras la Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo económico y el proteccionismo comercial, incentivados por teorías cepalistas, arraigan con fuerza en la región. En los años sesenta y setenta impera la denominada teoría de la dependencia, en virtud de la cual el subdesarrollo de los

⁹ Lamo de Espinosa: "El nuevo mapa del mundo. Globalización y potencias emergentes". *Cuadernos de Pensamiento Político* nº 28, (octubre-diciembre 2010), pp. 49-67.

¹⁰ Norberg, *op.cit.*, p. 41.

¹¹ *Ibíd.*, p. 43.

¹² *Ibíd.*, p. 63.

países latinoamericanos se explicaba por su papel subsidiario en la economía mundial basado en la exportación de materias primas con bajo valor añadido.

El nacionalismo económico de América Latina solo sirvió para castigar a la región con una enorme deuda externa, un elevadísimo déficit fiscal y escenarios de hiperinflación. Estos problemas lastraron su economía durante toda la década de los ochenta del siglo XX, la denominada “década perdida”.

La adopción, deficiente e incompleta, eso sí, por la mayoría de los Gobiernos latinoamericanos de la reformas contenidas en el llamado “Consenso de Washington” permitió a la región reducir los déficits fiscales y las tasas de inflación a niveles manejables, sentándose así las bases de la ortodoxia macroeconómica vigente en la actualidad.

Durante muchos años, un nominalismo maniqueo, absurdo y carente de argumentos, ha dominado de forma estéril la vida política en la región. Una mirada retrospectiva, desde los resultados que hoy pueden exhibir las mejores economías de la región, obliga a reconocer la eficacia de las buenas prácticas liberales adoptadas, que sin embargo han sufrido la demonización sistemática de la izquierda. Según esto, la nostalgia socialdemócrata por modelos desarrollistas fracasados no parece el mejor camino de futuro frente a las pruebas que aporta la realidad.

América Latina, con la excepción de los países del eje “bolivariano”, disfruta hoy de un modelo liberal que incluye “la re-

ducción de las barreras aduaneras, la privatización de las empresas estatales, el impulso a la inversión nacional y extranjera, y la formación o expansión de las bolsas para robustecer los mercados financieros”¹³. Las medidas liberalizadoras introducidas, la apertura al exterior y la generalización de la democracia, sin olvidar el incremento en la demanda de los productos primarios tradicionales, han permitido un crecimiento económico verdaderamente extraordinario y sembrado el camino para la emergencia de una clase media latinoamericana.

No obstante, si se analizan fríamente los datos de proyección global, entendida esta como el ascendiente internacional de un país en los ámbitos económico, militar, científico, social y cultural, la conclusión inevitable es que los países de América Latina siguen teniendo escasa influencia en el mundo globalizado actual. Ello se pone de manifiesto en el Índice Elcano de Presencia Global (IEPG) 2011, que cuantifica la internacionalización de 54 países (entre los que se cuentan los 42 con mayor PIB) y en el que las repúblicas latinoamericanas no salen bien paradas. Así, México ocupa el puesto 20; Brasil, el 25; Venezuela (beneficiada por su riqueza en hidrocarburos), el 38; Argentina aparece un puesto por detrás, mientras que Chile y Colombia quedan relegados a los puestos 43 y 44 respectivamente¹⁴. La explicación del aceptable desempeño de México

¹³ Scott Palmer, David: “América Latina: estrategias para enfrentar los retos de la globalización”, *Nueva Sociedad*, n° 214, marzo-abril de 2008.

¹⁴ Molina, Ignacio y Olivé, Iliana: “IEPG, un índice para medir la posición de los países en la globalización (ARI)”, *Real Instituto Elcano*, ARI 91/2011, 17 de mayo de 2011. Consultado el 30 de noviembre de 2011.

en el *ranking* hay que buscarla en su vigorosa relación comercial, migratoria y turística con los Estados Unidos de América. Brasil, en cambio, aunque ha devenido potencia sudamericana, continúa adoleciendo de una débil proyección global, muy inferior a la china (puesto 5), pero también a la de otra potencia emergente como la India (puesto 18)¹⁵.

Sin duda, Latinoamérica tiene por delante el reto de formar parte de la cadena productiva mundial, no solo como proveedora de materias primas, sino también como productora de bienes con alto valor añadido. La India es un perfecto ejemplo: en diez años pasó de ser un país irrelevante en materia de tecnologías de la información a convertirse en una gran factoría de tecnologías digitales con deslocalización de procesos.

En resumen, la globalización ofrece a América Latina la oportunidad de convertirse en un actor relevante en la escena internacional si adopta políticas sensatas y si es capaz de profundizar y consolidar las reformas liberalizadoras, que se han demostrado efectivas.

Gobernanza para la libertad

La realidad de un mundo globalizado diversifica y amplía el alcance de las relaciones entre países. A pesar de las inagotables posibilidades que ofrece este nuevo modelo, existen espacios opacos en los mecanismos legales e ins-

¹⁵ *Ibíd.*

titucionales a los que deberían sujetarse aquellos intercambios. Los últimos años se han caracterizado por el auge de fórmulas surgidas en un contexto fáctico –G20, G8, BRIC–, que sin embargo se han erigido en árbitros de temas de gran trascendencia global, sin que parezca demasiado clara la legitimidad y la formalidad en que se fundan. Se trata de foros que no proceden de una fuente formal de derecho, cuya representación carece de formulación orgánica, y que no cuentan con procedimientos sistemáticos para la toma y ejecución de decisiones.

Parece evidente que los organismos multilaterales de la posguerra han perdido solvencia y credibilidad ante el actual escenario, y han dejado el camino abierto a estos improvisados directores del concierto internacional. La consecuencia de no tener un marco institucional reglado es que no existen los mecanismos de implementación y de ejecución, previsibles y estables, que en última instancia proporciona el derecho. Ante la proliferación de comunicados e intenciones vagos, se echan en falta políticas eficaces ajustadas a una regulación fiable.

La recuperación del derecho como fundamento de las relaciones internacionales debe ser la base de una reformada arquitectura multilateral. El papel que en esta tarea debe desempeñar la comunidad atlántica de valores, con su tradición de seguridad jurídica, compromete a los países iberoamericanos a una defensa de la gobernanza mundial capaz de tener a raya, en los juegos de poder, las políticas que lesionen arbitrariamente los intereses legítimos de quienes quedan al margen de aquellos espontáneos foros informales.

D) Las clases medias como garantía de prosperidad y estabilidad

Las clases medias se han convertido en fuente de innovación y emprendimiento en los pilares del crecimiento económico y de la prosperidad. Los sectores medios de una sociedad están informados por los valores de la educación, el trabajo duro y el ahorro, indispensables tanto para la creación de riqueza como para el incremento de la demanda agregada.

Asimismo, una vez consolidados, los sectores medios exigen un Estado de derecho y un régimen político genuinamente representativo, convirtiéndose así en artífices y garantes de la democracia.

Es oportuno recordar que son el capital (físico y humano) y la propiedad los cimientos en los que se apoyan los sectores medios de cualquier sociedad. Si bien se trata de un concepto difícil de definir, entre los elementos definitorios de una clase media cabría señalar: la propiedad de un automóvil y de una vivienda, el cobro de pensiones, el acceso a la enseñanza media y la posibilidad de movilidad social ascendente... Por su afán de realización, de autonomía y de protagonismo social, los sectores medios latinoamericanos son, en fin, la culminación del proyecto liberal en la región trazado en el origen de aquellas repúblicas.

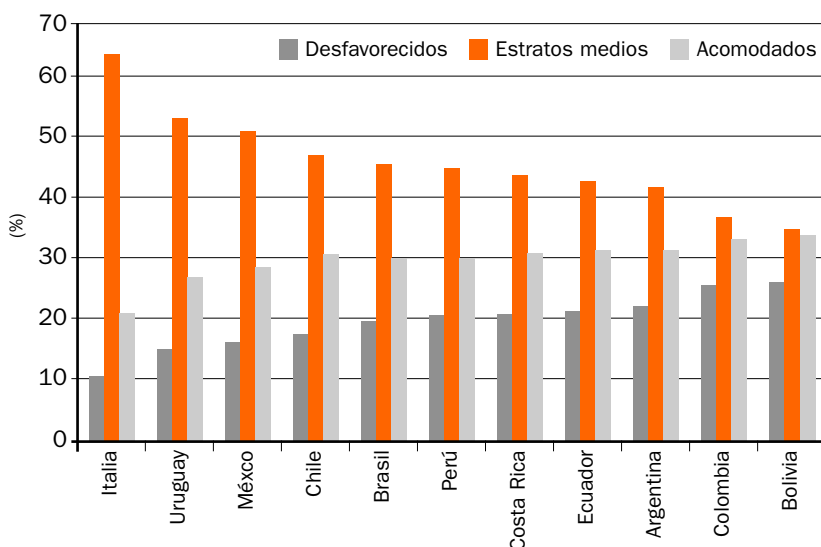
Existen condiciones esenciales para la formación de una clase media, que implican la movilidad social ascendente, la posibilidad de transformar la educación en un factor produc-

tivo y el libre acceso a todo cuanto pueda aspirarse de acuerdo al mérito y al apego a la ley. La reducción de la pobreza es un objetivo irrenunciable, pero esto, por sí solo, no garantiza una sociedad de clases medias. Por esto, vale la pena insistir en que las clases medias serán frágiles si se generan exclusivamente a partir de coyunturas externas favorables, sin llevar a cabo reformas estructurales.

La clase media en la región está creciendo a buen ritmo y adquiere un tamaño notable, aproximándose a los porcentajes del sur de Europa (véase el Gráfico 2).

GRÁFICO 2.

Estratos medios: porcentaje de población con rentas comprendidas entre el 50 y el 150% de la mediana de ingresos

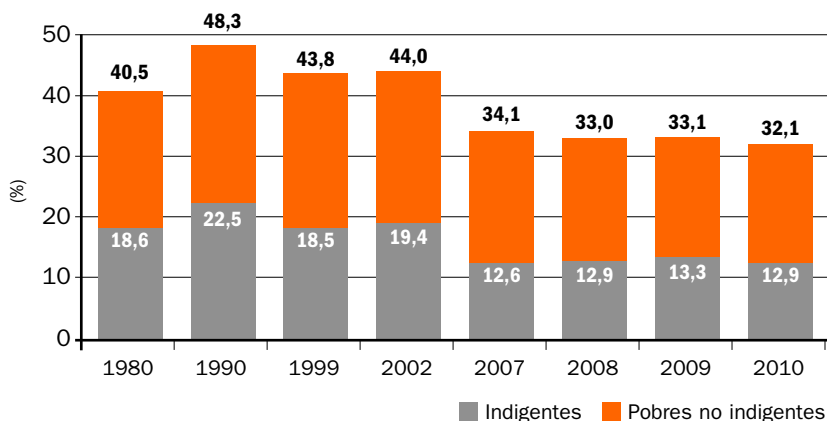


Fuente: *Perspectivas económicas de América Latina 2011. En qué medida es clase media América Latina*, OCDE, 2010, p. 18.

La excepción a esta tendencia la constituyen los países del llamado “socialismo del siglo XXI”. El resto de la región ha alcanzado logros notables en la lucha contra la pobreza, concretamente de 10,9 puntos porcentuales desde 2002. Asimismo, en el mismo período, la tasa de indigencia se redujo en 6,1 puntos (véase Gráfico 3).

GRÁFICO 3.

América Latina: evolución de la pobreza y la indigencia 1980-2010



Fuente: Panorama social de América Latina, CEPAL, 2010, p. 45. Explicación de las magnitudes del gráfico en p.47 del propio informe.

Los sectores medios en expansión se están beneficiando de un mayor acceso a la propiedad y de un apreciable crecimiento del crédito bancario, que se manifiesta en una mayor bancarización (accesibilidad), mejores registros y prácticas financieras.

No obstante, los sectores medios latinoamericanos, aunque cada vez más amplios, presentan graves defectos que dificultan en extremo su consolidación. En efecto, una parte considerable de sus integrantes trabaja en el sector informal de la economía, carece de una vivienda en propiedad y no tiene acceso a bienes de consumo con alto valor añadido. Para empeorar las cosas, los sectores emergentes latinoamericanos albergan un volumen considerable de población que carece de educación básica. En definitiva, sectores medios muy frágiles y cuyos miembros corren peligro de caer de nuevo en la pobreza, de ahí la necesidad de políticas públicas que consoliden sus precarios éxitos y faciliten la movilidad social ascendente.

Sin duda, la baja calidad de la educación reglada, a la que además sectores enteros de la población ni siquiera pueden acceder, continúa dificultando la constitución de una clase media vigorosa y nutrida en América Latina. Asimismo, algunos esperarían una simple correlación directa entre el aumento del gasto público en educación y el mejoramiento de su calidad. Sin embargo, no parece que el aumento del gasto público en educación emprendido por los Gobiernos latinoamericanos esté contribuyendo al crecimiento de la clase media en la región. Pero sin una clase media amplia y activa difícilmente podrá mejorarse la calidad de la educación, pues son precisamente los sectores medios de la sociedad los más inclinados a demandar formación de calidad para las nuevas generaciones.

Por tanto, uno de los principales desafíos que deben asumir los Gobiernos es emprender políticas públicas a largo plazo

que favorezcan que esos sectores intermedios se consoliden como auténtica clase media.

Y para conseguirlo, los logros macroeconómicos no bastan. Las medidas para incentivar la generación de verdaderas clases medias deben incidir en los aspectos de naturaleza microeconómica. Si se analizan estos parámetros, incluso los de los países que cumplen las reglas macroeconómicas, podremos encontrar los factores que impiden la existencia de una correlación entre crecimiento económico e incorporación masiva de las clases desfavorecidas a los sectores medios de la sociedad. Entre dichos impedimentos podemos destacar los siguientes:

- Ausencia de organismos de control eficientes.
- Profusa legislación fiscal.
- Compleja y rígida legislación laboral.
- Burocracia lenta para la constitución de empresas.
- Falta de registros de propiedad eficientes.
- Déficit de *accountability*.
- Y, por último, mecanismos de resolución de conflictos (litigios) extremadamente lentos.

Dichos defectos generan inevitablemente una informalidad que quebranta el potencial recaudatorio del Estado y dificulta en última instancia la financiación de las prestaciones sociales básicas: justicia, seguridad, sanidad y educación. El actual momento de prosperidad generalizada en América La-

tina representa un escenario ideal para emprender aquellas reformas que fomenten la formalidad, un requisito indispensable para que los individuos se conviertan en ciudadanos con libertades y derechos plenamente reconocidos.

En cuanto a los niveles de desigualdad en América Latina, continúan siendo elevados; de hecho, son los mayores del mundo. El ingreso captado por los cuatro deciles¹⁶ más pobres es, en promedio, menos del 15% del ingreso total, mientras que el decil más rico concentra alrededor de un tercio del ingreso total. Asimismo, el ingreso medio captado por el 20% más rico de la población supera en 19,3 veces al del quintil más pobre¹⁷. Los años 2002 y 2003, sin embargo, representaron un punto de inflexión a partir del cual la desigualdad empezó a mostrar una tendencia decreciente en numerosos países.

Es asimismo destacable que la tendencia a la reducción de la desigualdad en la región no se haya visto alterada con la crisis económica y financiera desencadenada en 2008¹⁸. Entre 2002 y 2008, el índice de Gini¹⁹ se redujo a un ritmo del 1% o más por año en diez países y solo aumentó de manera apreciable en Guatemala. A su vez, las cifras de 2010, que reflejan de un modo aproximado el escenario inmediatamente

¹⁶ Los deciles son los nueve valores que dividen una serie de datos en diez partes iguales o décimas partes. Los quintiles son los cuatro valores que dividen una serie en cinco partes iguales.

¹⁷ *Panorama social de América Latina*, CEPAL, 2010, p. 51.

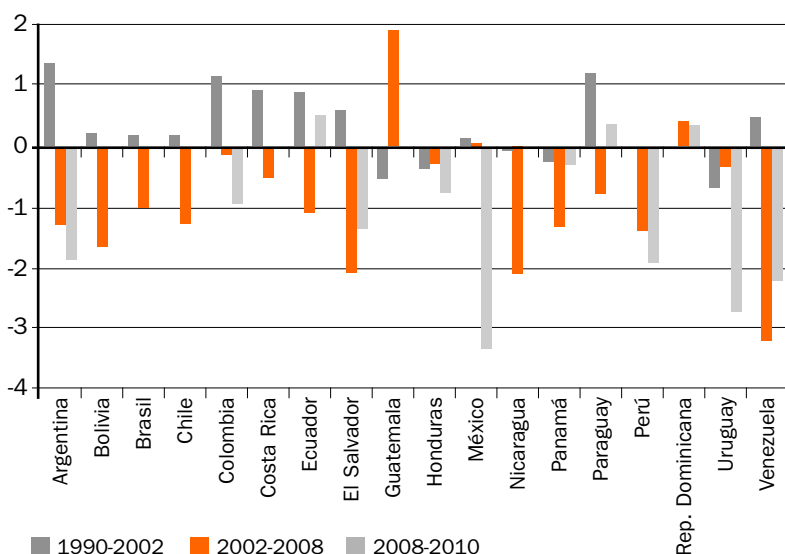
¹⁸ *Panorama social de América Latina*, Documento informativo, CEPAL, 2011, pp. 13-14.

¹⁹ Índice que mide la desigualdad en los ingresos.

posterior a la crisis, indican que la desigualdad no se incrementó significativamente en ninguno de los once países estudiados por la CEPAL²⁰ (véase Gráfico 4).

GRÁFICO 4.

América Latina (18 países): Evolución del Índice de Gini 1990-2002, 2002-2008 y 2008-2010



Fuente: *Panorama social de América Latina*, Documento informativo, CEPAL, 2011, p. 14. Los datos de Bolivia, Ecuador, Panamá, Paraguay y Uruguay son de áreas urbanas únicamente.

No obstante, la auténtica rémora para el desarrollo de una sociedad no es propiamente la desigualdad, consecuencia natural de la diversidad, sino la falta de oportunidades. La cer-

²⁰ *Ibíd.*, p. 14.

teza de que se puede prosperar social y económicamente haciendo bien las cosas es un poderosísimo incentivo para trabajar duro y generar riqueza. El verdadero desafío y la superación de la desigualdad consisten en propiciar las condiciones bajo las cuales los pobres puedan prosperar y la riqueza se base en el esfuerzo y la justicia. La intervención ilegítima de poderes fácticos que distorsionan una sana lógica del provecho económico, vinculados a veces al delito, al narcotráfico, a las relaciones clientelares entre Estado y empresas o al abuso de influencias, debe ser combatida para el logro de estos objetivos.

Una nutrida clase media fortalece a la sociedad. Robustece el tejido social mediante la generación de confianza mutua, en la certeza de lo ganado legítimamente, de las aspiraciones y proyectos que cada cual emprenda en un contexto seguro. Se trata, en definitiva, de brindar a las personas los medios necesarios para que puedan ejercer en sociedades vigorosamente productivas su libertad con plenos derechos.

Creer que se ha alcanzado el éxito simplemente contemplando los datos que arrojan los indicadores de crecimiento sería un craso error. Esta es la década de la oportunidad del éxito de América Latina, pero no la del éxito asegurado.

2

LUCES Y SOMBRAS

“Hoy queremos todos, europeos y americanos, ser libres e iguales en derechos: pues ¿por qué no nos reunimos y reconciliamos prontamente?”

Francisco de Miranda²¹

A) ¿Dónde estamos?

En el último tercio del siglo XX había razones para que América Latina tuviera una considerable dosis de confianza en sí misma. Incluso tuvo, para el resto del mundo, características de continente del futuro.

Los indicadores sobre educación y salud habían progresado notablemente a lo largo del siglo. Aunque con retraso, la brecha en las tasas de alfabetización, mortalidad infantil o esperanza de vida con respecto a los países desarrollados se había cerrado casi por completo en los años 80. La combinación de estos avances con el mantenimiento de una fecundidad

²¹ Carta escrita desde la Prisión de Puerto Rico el 30 de junio de 1813 dirigida al Consejo de Regencia de Cádiz.

alta, explican que Latinoamérica alcanzara en los años 60 la tasa de crecimiento demográfico más alta del mundo.

Hasta la década de 1950, la región atrajo la emigración de europeos y asiáticos que contribuyeron a la explosión demográfica y al mestizaje étnico y cultural que caracteriza al subcontinente. A partir de los años 60, y aunque algunos países presentaban saldos positivos a causa de los movimientos interamericanos, la región pareció perder atractivo y los latinoamericanos empezaron a emigrar. A pesar de todo, América Latina pasó de tener 60 millones de habitantes en 1900 a 517 en 2000: del 4% al 9% de la población mundial.

Las transformaciones institucionales que subyacen a la modernización y el crecimiento corrieron parejas también con las de buena parte del mundo industrializado. La organización judicial, los sistemas fiscales y financieros conocieron amplias reformas en los años 20. Al igual que en otras latitudes, en los años 50 y 60 se extendieron los mecanismos de planificación e intervención estatal. A diferencia de otras zonas de Occidente, los países de América Latina fallaron a la hora de crear las condiciones mínimas de bienestar y en extender a sectores amplios de sus poblaciones la oportunidad de mejorar la calidad de vida y la participación en los asuntos públicos, haciendo difíciles los consensos básicos y la alternancia política.

La inestabilidad política y las profundas convulsiones sociales fueron utilizadas como pretexto para la propagación de movimientos revolucionarios, que en muchos países deriva-

ron en conflictos de carácter violento, que, a su vez, fueron la excusa de golpes militares, regímenes autoritarios y represión política.

A pesar de estos graves problemas y de tensiones fronterizas frecuentes, de raíz nacionalista, la región ha sabido mantener una relativa concordia en sus relaciones internacionales, gracias en buena medida a los principios del derecho internacional. Esta especie de “espléndido aislamiento”, basado en el desarrollo económico y en un fondo cultural e institucional común, se prolongó más allá de las dos guerras mundiales, de las que, básicamente, permaneció al margen.

Décadas ininterrumpidas de progreso económico produjeron elementos de modernidad y resultados científicos y artísticos, individuales quizá en demasía, pero comparables a los de las naciones más avanzadas. Las vanguardias artísticas internacionales han encontrado en América Latina interpretaciones originales y una creatividad desbordante. América Latina ha seducido a Europa y a Estados Unidos con sus creaciones literarias, plásticas, musicales y arquitectónicas.

Como en el resto del mundo, aunque en un segundo acto, el rápido desarrollo económico de las décadas centrales del siglo XX se detiene abruptamente en los años 70. En primera instancia, la mayor parte de los países pudo eludir las consecuencias de las sucesivas crisis económicas internacionales gracias a la afluencia masiva de capitales que buscaban nueva rentabilidad. La retirada de estos capitales y la consiguiente crisis de la deuda pusieron al descubierto las caren-

cias del modelo de crecimiento y condujeron al colapso de las economías latinoamericanas.

El último cuarto del siglo XX presenta fuertes claroscuros para América Latina. Los pésimos datos de crecimiento y de desarrollo humano dieron a los años 80 el título de “década perdida”. En estos años empieza a registrarse una divergencia de los indicadores básicos con el resto del mundo desarrollado que dura, con altibajos, hasta final de siglo.

Pero en los años 80 tienen lugar también las transiciones a la democracia. Excepción hecha de Cuba, al concluir dicho decenio todos los países latinoamericanos tenían sistemas democráticos, cuando al principio de la década estos eran la excepción más que la norma. Aunque el regreso a la democracia no resolvió la inestabilidad política, hizo posible un cambio de actitud hacia los necesarios ajustes económicos.

El descrédito del nacionalismo económico (proteccionismo comercial, sustitución de importaciones, hipertrofia del sector público), fundamento de las políticas desarrollistas de las décadas centrales del siglo, junto al respaldo de las instituciones crediticias internacionales, permitió impulsar reformas incipientes de orientación liberal en los años 90. Desgraciadamente, no tuvieron la profundidad y el alcance suficiente en la mayoría de los países en los que se comenzaron a aplicar. Algunos países fueron, incluso, ajenos a esas reformas.

Estas políticas, incompletas, tímidas y en muchos casos pronto abortadas, no consiguieron proteger las principales

economías latinoamericanas de repentinas crisis financieras, en un mundo con barreras menguantes para los movimientos de capital.

La aplicación, llena de deficiencias, del llamado “consenso de Washington”, tuvo al menos un importante legado positivo: la reducción de los déficits fiscales y de las tasas de inflación a niveles manejables, condición de partida necesaria para un crecimiento sostenible. No obstante, la falta de transparencia en los procesos de privatización comprometió muchas veces los resultados de estas reformas, y se produjo la paradoja de que muchos Gobiernos buscaron conservar su influencia mediante el incremento populista del gasto público.

Después de una década denominada “perdida”—la de los 80— por el fracaso económico de varios países y de un lustro —el de 1998-2002— con crisis en muchos países, la coyuntura regional y mundial presentó nuevas oportunidades para que América Latina emprendiera de nuevo la senda de la modernización y del desarrollo. El mantenimiento de políticas económicas apropiadas, el aumento de la inversión extranjera y de las exportaciones y el fuerte crecimiento mundial en esos años, mejoraron sensiblemente las perspectivas económicas para el conjunto de la región. El ingreso per cápita compensó las caídas acumuladas en la década precedente y, con algunas excepciones, descendieron significativamente los índices de pobreza.

Coincidiendo con el cambio de siglo, advinieron al poder en varios países de la región caudillos populistas que, sirviéndose de la democracia, la vaciaron de contenido e instauraron regí-

menes autoritarios tras un proceso constituyente. La demagogia, el nacionalismo exacerbado y un discurso antipolítico son algunos de los elementos que informan el denominado “socialismo del siglo XXI” en su ascenso al poder. Pocos han sido los países que se han entregado a esta forma de populismo, y aunque hasta hace bien poco su capacidad de expansión parecía ilimitada, en el momento de escribirse estas líneas, el “socialismo del siglo XXI” se halla desacreditado y confinado a las fronteras de los países integrantes del eje “bolivariano”, lo cual ya es bastante problema para la región.

No obstante, en la encrucijada en la que se encuentra América Latina, existe el riesgo de que sus líderes retrocedan en el tiempo en busca de fórmulas que terminaron conduciendo al fracaso. O de que caigan bajo la influencia de modelos que han combinado en otras latitudes, con cierto éxito, autoritarismo y capitalismo, pero que son del todo ajenos a la tradición liberal latinoamericana. Si los latinoamericanos dan crédito a estos espejismos y abandonan los esfuerzos reformadores, la región corre el riesgo de perder otro tren hacia la modernidad.

La alternativa a este escenario es perseverar en las reformas, apostando sin ambages por aquellas que han demostrado funcionar en otras naciones, incluyendo algunas del propio continente. En todo proceso de cambio, la tentación de la autocomplacencia y la renuncia a la posibilidad de avanzar en el camino son peligros que deben combatirse con la combinación de una voluntad política confiada a un liderazgo decidido y una conciencia ciudadana deseosa de ser protagonistas en un escenario de oportunidades.

B) La política

En la edición anterior de este informe identificábamos una serie de debilidades políticas e institucionales que lastraban las estructuras básicas del Estado y obstaculizaban el progreso de América Latina. Entre ellas mencionábamos las siguientes:

- Crisis y debilidad de los partidos políticos.
- Fraccionamiento de los partidos de la oposición.
- Inestabilidad política manifestada en la frustrada e inconclusa culminación de mandatos presidenciales (desde 1989 hasta 2007 catorce presidentes no habían terminado su mandato)²².
- Democracias inmaduras con una desconfianza generalizada por parte de la sociedad civil para utilizar los partidos políticos como canales de participación.
- Utilización de la prebenda y la dádiva como mecanismo de captación de votos de los sectores más humildes.
- El escaso papel del parlamento y la falta de independencia de los poderes como manifestación de déficit institucional.
- El descrédito generalizado de las instituciones como causa de la desafección por la política.

²² Argentina: Raúl Alfonsín (1989), Fernando de la Rúa (2001), Adolfo Rodríguez Saá (2001) y Eduardo Duhalde (2003). Bolivia: Gonzalo Sánchez de Lozada (2003). Brasil: Fernando Collor de Mello (1992). Ecuador: Abdala Bucaram (1997), Jamil Mahuad (2000) y Lucio Gutiérrez (2005). Guatemala: Jorge Serrano Elías (1993). Haití: Jean Bertrand Aristide (2004). Perú: Alberto Fujimori (2001). Paraguay: Raúl Cubas (1999). Venezuela: Carlos Andrés Pérez (1993).

También decíamos que en este contexto muchas veces la militancia política no obedecía a razones ideológicas, sino que respondía a factores sociológicos ajenos a convicciones y principios. Nos encontrábamos frente a un círculo vicioso: los canales políticos no funcionaban, se generaba el descrédito de la política y quien ingresaba en espacios destinados a la toma de decisiones, al manejo de “lo público”, lo hacía muchas veces por el interés de obtener algún provecho o por un sentimiento similar al que se tiene hacia los equipos de fútbol.

Sin embargo, transcurridos cinco años, estas grandes deficiencias señaladas y que dibujaban un panorama sombrío han sido subsanadas significativamente. Si bien persisten problemas en este ámbito que obligan a seguir trabajando en reformas estructurales para el fortalecimiento institucional, no podemos dejar de subrayar que el progreso político alcanzado constituye una de las grandes conquistas de la región en este lustro.

Consolidación del orden liberal y transferencia pacífica del poder político

Los cambios políticos que experimenta la región latinoamericana durante la primera década del siglo XXI no afectaron, salvo donde gobierna el populismo socialista, a las instituciones liberales. La democracia liberal, recuperada a lo largo de los años ochenta del siglo XX al concluir los regímenes militares que habían proliferado en la región, se ha consolidado en los últimos años en virtud de políticas enfocadas hacia el fortalecimiento institucional, de los principios correctos en materia económica y de su aceptación por buena parte de la iz-

quierda. Esta conversión, unida a la solidez de las instituciones y, conviene no olvidarlo, a la responsabilidad y civismo de la ciudadanía latinoamericana, ha hecho posible que las buenas políticas gocen de continuidad, muchas veces a pesar de mediar un cambio de color político en la presidencia de la república o de mayorías en las cámaras legislativas.

El advenimiento de una izquierda moderada

Si resulta posible afirmar que la democracia liberal y la economía de mercado se han afianzado en la última década en América Latina, es en parte merced al advenimiento en ese lapso de Gobiernos nominalmente izquierdistas en varios Estados de la región que, sin embargo, han acatado plenamente las reglas del juego democrático, además de aceptar y hasta potenciar la libertad económica en sus respectivos países.

En Brasil, Luiz Inácio Lula da Silva, cabeza del Partido de los Trabajadores, ex líder sindical, y hostil en principio a la socialdemocracia brasileña, una vez en la presidencia dio continuidad a las políticas económicas de su predecesor en la máxima magistratura, Fernando Henrique Cardoso, lo que ha redundado en una baja inflación y en un sensible crecimiento del PIB, así como en una notabilísima reducción de la pobreza absoluta y relativa del país que ha propiciado la aparición de una clase media brasileña. Su sucesora en la presidencia desde 2011 y correligionaria, Dilma Rousseff, sigue idénticas políticas.

Esa izquierda sensata también ocupa el poder en Uruguay, donde José Mujica ha prolongado las medidas de índole so-

cialdemócrata introducidas por su predecesor, Tabaré Vázquez. En el Perú, fue Alan García quien mantuvo la apertura de la economía peruana emprendida por Alejandro Toledo y controló la oferta monetaria y el gasto público.

No se puede negar que se ha producido también una conversión en el ámbito ideológico, al haber comprendido estos líderes y partidos de izquierda que los más desfavorecidos solo pueden prosperar mediante la supresión de barreras al emprendimiento empresarial y al comercio, la privatización de empresas estatales en un régimen de competencia, la introducción de elementos del mercado en las políticas sociales a cargo del Estado y el control de la inflación.

La asunción de estos valores obedece en buena parte a una madurez política que ha propiciado la asunción por los ciudadanos latinoamericanos tanto de la lógica democrática como de las libertades individuales. La conclusión que puede extraerse de ello es que los valores liberales, que han arraigado allí donde se han puesto en práctica, ofrecen a sus representantes políticos naturales (pertenecientes a ese espacio político que no se identifica con la izquierda ni con el populismo) la oportunidad de articular un programa ganador. Sin embargo, para que este programa triunfe electoralmente se precisa una organización política integradora, la superación de los personalismos divisores, liderazgos atractivos y propuestas lo suficientemente coherentes como para no permitir la utilización oportunista y parasitaria de las ideas de libertad por parte de la izquierda.

Retroceso de la marea populista

El llamado “socialismo del siglo XXI”, que no hace mucho parecía erigirse en la fuerza ideológica determinante en la región, muestra en 2012 señales de debilitamiento. Los países de esa cuerda política están en crisis. El proyecto expansivo del populismo socialista se ha visto limitado por la incompetencia de los regímenes que lo encarnan y por los éxitos de los países que han adoptado medidas destinadas a construir proyectos de convivencia viables.

El régimen comunista cubano, referente y faro ideológico del populismo “bolivariano”, obligado por el fracaso sin paliativos de su sistema colectivista, trata de reemplazarlo por un supuesto capitalismo autoritario sin libertades políticas. Por su parte, la Venezuela de Chávez, aun con los ingresos más altos de su historia merced a las exportaciones de petróleo, ha visto limitada su influencia regional por la inoperancia y corrupción desbordada del régimen, que impide incluso el abastecimiento básico de la población venezolana.

Asimismo, la creciente solidez institucional de varios países de la región ha permitido frenar intentos de reforma constitucional cuyo único objetivo era la perpetuación en el poder del gobernante. La separación de poderes, el Estado de derecho y el respeto del orden constitucional vigente se han revelado como los mejores instrumentos para contener el avance del populismo, una forma de autoritarismo que se caracteriza por el uso de las instituciones democráticas para subvertir la democracia misma.

No se puede obviar el destacado papel desempeñado por la población latinoamericana a la hora de contener estos abusos de poder contra la libertad, y que ha contribuido a abortar ciertas medidas ilegítimas promulgadas por líderes caudillistas que han llegado a verse desconcertados por la reacción adversa de sus supuestas bases electorales.

En este sentido, la imagen e influencia de estos gobernantes autoritarios del “socialismo del siglo XXI” se ha ido desgastando en los últimos años, como demuestran los indicadores regionales que miden la popularidad de los jefes de Estado y de Gobierno de la Comunidad Iberoamericana. Resulta ilustrativo de la madurez democrática latinoamericana y esperanzador para el futuro de la región, que este proyecto de ambición continental y expansiva tenga a sus representantes entre los líderes políticos peor valorados.

En cualquier caso, donde se ha logrado contener el avance del populismo ha sido en los países en los que los demócratas han constituido un frente opositor común que ofrece una alternativa viable de convivencia, progreso y libertad. La unión de aquellos que creen en los valores de la libertad y la democracia es indispensable para desplazar del poder, siempre por la vía democrática, a los Gobiernos populistas.

Brasil y México: colosos occidentales para la libertad

En el contexto del nuevo orden multipolar, mientras emergen actores de gran peso en el escenario internacional, Occidente encuentra nuevos defensores en los colosos lati-

noamericanos para el impulso de sus valores democráticos y de libertad.

Había un dicho en Brasil, inspirado en el título de una de las últimas obras de Stefan Zweig: “Brasil es el país del futuro y siempre lo será”, aludiendo a la eternamente incumplida expectativa de éxito de ese gran país. Pero lo que ha pasado en los últimos años demuestra que el Brasil es una gran potencia del presente: sexta economía mundial, miembro destacado del G20 y uno de los principales actores del panorama internacional.

Los logros del Brasil en los últimos años son incontestables: ha conseguido reducir la pobreza absoluta en un 30%, en menos de una década ha creado más de quince millones de puestos de trabajo y, de continuar por este camino, en el 2015 habrá contribuido a reducir la pobreza extrema de Latinoamérica a la mitad. El PIB del Brasil está creciendo de forma sostenida a tasas elevadas, lo cual ha permitido al Gobierno brasileño afirmar que el país se convertirá en la quinta economía del mundo, desbancando a Francia, antes de 2015²³.

El secreto del éxito brasileño ha residido en la seriedad de las políticas fiscales y monetarias, en la ortodoxia macroeconómica y en la existencia de un entorno favorable a los negocios. Lula da Silva prolongó un proyecto de prosperidad cuyas

²³ “Brasil será la quinta economía mundial en 2015, dice ministro de Hacienda”, *BBC Mundo, una voz independiente*, 27 de diciembre de 2011. Consultado el 13 de enero de 2012.

bases había sentado Fernando Henrique Cardoso, quien con el “Plan Real” niveló las cuentas públicas, atajó la inflación y fomentó la inversión privada. Lula, lejos de romper con ese legado, lo continuó y profundizó, por ejemplo, con planes sociales basados en incentivos al mérito y al esfuerzo y no en dádivas, como las que ligaban la ayuda a la escolarización.

Los próximos eventos que van a tener lugar en el Brasil (el Mundial de Fútbol de 2014 y los Juegos Olímpicos de 2016 en Río de Janeiro) suponen una gran oportunidad para acelerar la modernización del país y proyectar la imagen de una nación eficaz, seria y fiable, al tiempo que un enorme reto para el Gobierno de Dilma Rousseff.

La consolidación del Brasil como potencia internacional requiere una acción política sostenida a fin de resolver los problemas que arrastra el país, entre los que cabe mencionar la percepción de corrupción²⁴, la ausencia de reformas en el ámbito fiscal y laboral, los bajos niveles de ahorro privado, un sistema educativo deficiente y, en fin, la falta de mano de obra cualificada.

Indiscutiblemente, el PIB del país crece, la pobreza se reduce y el capital extranjero afluye, pero es conveniente señalar que la economía brasileña comienza a mostrar síntomas de sobrecalentamiento. En enero de 2012, la inflación rondaba el 7%, duplicando prácticamente la de México, la otra poten-

²⁴ En 2011 Brasil ocupó el puesto 73, inmediatamente detrás de Samoa y justo por delante de Túnez, en el Índice de percepción de la corrupción elaborado por Transparencia Internacional. <http://cpi.transparency.org/cpi2011/results/>

cia regional, y el tipo de cambio se había apreciado, lo cual perjudica al sector exportador brasileño.

Se olvida con frecuencia que las economías mexicana y brasileña están creciendo a ritmos similares y que el desempeño de México en los índices de desarrollo humano²⁵ y desigualdad (ver Gráfico 4) es ligeramente mejor que el de Brasil. El indudable éxito brasileño, en definitiva, no debería hacer olvidar el éxito de México, a pesar de las dificultades que este último atraviesa en materia de lucha contra el crimen organizado.

El conjunto de ambos países representa ya dos tercios de la economía latinoamericana. Semejante peso conlleva responsabilidades que ambos países tienen que asumir, no solo como actores globales, sino principalmente como actores regionales. Sin Brasil y México, América Latina no podrá actuar ni ser percibida como un bloque consistente, lo que sin duda, perjudicaría al conjunto de la región, pero también perderían estos dos países al desaprovechar el enorme activo que supone ejercer un papel de liderazgo en una región emergente y pujante.

En su condición de actores globales, Brasil y México deben mostrarse como activos defensores y promotores de los derechos humanos, de la libertad y de la democracia en el mundo. Tienen la responsabilidad no solo de recoger los beneficios económicos de la globalización, sino también de defender los valores occidentales que le son propios. Tampoco

²⁵ *Informe sobre desarrollo humano 2011. Sostenibilidad y equidad: un futuro mejor para todos*, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), 2011, pp. 145-148.

pueden permanecer ajenos a los temas relevantes del mundo actual sin una posición clara. Los grandes debates del mundo globalizado, como el sistema financiero internacional, la energía, el medio ambiente, la lucha contra la pobreza o la seguridad internacional deben contar con la implicación de estos dos países, que cada vez son más relevantes y que pretenden seguir siéndolo. Tras un largo período en que la región parecía formar parte de los problemas, hoy tiene la posibilidad de desempeñar un papel preponderante del lado de las soluciones.

La necesidad de una nueva estrategia de los Estados Unidos hacia América Latina

En el plano hemisférico, las claves de la integración latinoamericana y de su anclaje en el mundo occidental pasan por las complejas relaciones con los Estados Unidos.

Estados Unidos tiene una larga tradición en la defensa de la democracia y la libertad. América Latina ha podido sentir esta influencia ya desde la emancipación de las jóvenes repúblicas, si bien es cierto que durante el siglo XX, en no pocas ocasiones, ha habido complacencia, cuando no complicidad, con dictaduras latinoamericanas y con regímenes corruptos que han empobrecido el subcontinente.

Su compromiso con la libertad y los derechos fundamentales lo sitúa como un garante activo de estos valores en todo el mundo. La historia del último siglo, en el caso europeo, así nos lo demuestra. La actuación de los Estados Unidos fue fundamental para acabar con los dos peores sistemas totalitarios

que ha sufrido la humanidad: el nacionalsocialismo alemán, *manu militari* en 1945, y el comunismo soviético, tras más de cuarenta años de Guerra Fría.

El antiamericanismo es muchas veces utilizado para explicar todos los males de Latinoamérica. Como escribió el pensador venezolano Carlos Rangel, en ocasiones la impopularidad de EE. UU. sirve de chivo expiatorio por el relativo fracaso de Latinoamérica con respecto al norte del continente, por lo que haría falta “un inconcebible psicoanálisis colectivo de los latinoamericanos para que Latinoamérica pueda mirar de frente las verdaderas causas del contraste entre las dos Américas. Es por esto que, aunque sabiéndolo falso, todo dirigente político latinoamericano está obligado a sostener que nuestros males encuentran su explicación suficiente en el imperialismo norteamericano”²⁶.

América Latina es un socio económico de primer orden para los Estados Unidos de América. En 2009 el volumen del comercio entre este país y el conjunto América Latina-Caribe alcanzó los 524.000 millones de dólares. El 40% de las exportaciones de América Latina y el Caribe tiene como destino Estados Unidos. El hemisferio occidental, Canadá incluida, absorbe el 42% de las exportaciones estadounidenses. Asimismo, el NAFTA, integrado por Estados Unidos, México y Canadá, es una de las mayores áreas de libre comercio del mundo (735.000 millones de dólares en intercambios comer-

²⁶ Rangel, Carlos: *Del buen salvaje al buen revolucionario. Mitos y realidades de América Latina*. Gota a Gota. Fundación FAES. Madrid, octubre de 2007, p. 31.

ciales durante 2009). Estados Unidos continúa siendo el mayor inversor directo en la región, aportando el 38% de la inversión extranjera directa en América Latina y el Caribe en 2010²⁷.

En lo político, sin embargo, en los últimos años la influencia de los Estados Unidos en América Latina se ha reducido considerablemente. Las repúblicas de la región ya no recurren al gigante del norte para solucionar sus problemas, sino que buscan soluciones entre ellas, además de instituir organizaciones regionales que excluyen a Estados Unidos y de buscar tanto amigos como oportunidades fuera de la órbita de Washington.

La reducción de la influencia estadounidense en la región, resultado en buena medida de los logros alcanzados por los propios latinoamericanos, paradójicamente podría poner en peligro la prosperidad regional. En efecto, con el reajuste del equilibrio de poder regional podrían surgir alianzas y antagonismos imprevistos. El “socialismo del siglo XXI”, aunque aparentemente debilitado en su capacidad expansiva, sigue constituyendo una amenaza para la democracia y la economía libre de mercado que con tanta fuerza han arraigado en América Latina en las últimas dos décadas. En cuanto a Estados Unidos, este país debe adaptarse a este nuevo escenario, a menos que desee ver cómo su influencia en la región continúa debilitándose²⁸.

²⁷ *Foreign Direct Investment in Latin America and the Caribbean 2010*, CEPAL, 2011, p. 9.

²⁸ Crandall, Russell: “The Post-American Hemisphere”. *Foreign Affairs*, mayo-junio, 2011.

No cabe duda de que desde los atentados del 11 de septiembre de 2001, tanto el interés de los Estados Unidos en los asuntos latinoamericanos, como su capacidad para influir en ellos, han disminuido sensiblemente. La percepción generalizada es que la atención de los Estados Unidos se centra más en otras regiones del planeta que en América Latina.

La Administración Obama ha dado continuidad a la política hacia Latinoamérica seguida por George W. Bush durante su segundo mandato: hacer de la responsabilidad un requisito para la cooperación y el liderazgo. En otras palabras, exhortar a los latinoamericanos a que resuelvan sus propios problemas. Sin embargo, Washington, especialmente debido al fracaso del ALCA, parece haber dejado de tratar a la región como un bloque, conformándose con el mantenimiento de relaciones bilaterales selectivas con ciertos socios latinoamericanos. Parece quedar de manifiesto que, excepción hecha de las cuestiones estrictamente comerciales o de las relacionadas con el narcotráfico, la región no es en este momento una prioridad estratégica para los Estados Unidos.

No obstante, los fondos destinados a la Iniciativa Mérida para luchar contra el narcotráfico y el crimen organizado en México y Centroamérica se han visto recortados. Además, la Administración estadounidense debe abordar con amplitud de miras el impacto que tiene el imparable crecimiento de la comunidad hispana en Estados Unidos, en la actualidad formada por más de 50 millones de personas, 30 millones más que en 1990.

El hecho de que hoy en día vivan en los Estados Unidos 50 millones de personas con fuertes lazos con América Latina demuestra, además de un fenómeno migratorio de primer orden, un vínculo añadido entre ese país y las repúblicas latinoamericanas. Téngase en cuenta que, a pesar de no tener el español como lengua oficial, Estados Unidos ha pasado a ser el segundo país del mundo en número de hispanohablantes. La trascendencia de esta relación ofrece una gran oportunidad para que ambas partes estrechen sus lazos sociales y económicos. El envío anual de más de 60.000 millones de dólares a sus países de origen es otro activo a aprovechar, destinando esas remesas a actividades comerciales y a emprendimientos fructíferos para la región.

La nutrida presencia latinoamericana en territorio estadounidense tiene dos vertientes positivas. Por una parte, puede ayudar a revertir el antiamericanismo existente en América Latina. Por otra, la integración de la comunidad latina enriquece la morfología social de los Estados Unidos. Asimismo, el ejemplo de los latinoamericanos que han prosperado en ese país es un estímulo y un aviso para América Latina. Supone la constatación de que con las condiciones adecuadas de seguridad jurídica e institucionalidad, los latinoamericanos compiten y triunfan. Si los países de la región gozaran del respeto por la libertad y el Estado de derecho de su vecino del norte, sus ciudadanos podrían mejorar sus niveles de bienestar como lo consiguen muchos de sus compatriotas emigrantes en Estados Unidos.

Una política de perfil bajo limitada simplemente a la celebración de acuerdos comerciales no parecería una estrategia

geopolítica adecuada para defender los intereses de Occidente en general y de Estados Unidos en particular. Los vínculos jurídicos, culturales, migratorios y de valores entre Estados Unidos y América Latina invitan a construir una alianza más estrecha para alcanzar objetivos comunes.

La buena noticia es que Estados Unidos mantiene sólidas relaciones bilaterales con la práctica totalidad de los Gobiernos latinoamericanos. La inmensa mayoría de los Gobiernos latinoamericanos valoran y desean la implicación y hasta el compromiso de los Estados Unidos. Casi todos los presidentes latinoamericanos admiten que su región y el vecino del norte comparten tantos intereses como objetivos, y que la cooperación es indispensable.

La tan deseada ratificación por el Congreso de los Estados Unidos de los tratados de libre comercio con Panamá y Colombia (octubre de 2011) es sin duda una excelente noticia para América Latina en su conjunto, pero el estrechamiento de relaciones entre la región y el vecino del norte no debe limitarse a la supresión de aranceles. La Administración estadounidense haría bien en aceptar la propuesta del Gobierno de Colombia de poner la experiencia de ese país al servicio de la lucha contra el crimen organizado y el narcotráfico en México y Centroamérica. En la OEA y demás foros, Washington debe ser firme en su apoyo a la democracia, los derechos humanos y las libertades individuales en la región, denunciando a quienes los vulnere.

España y la Comunidad Iberoamericana

La Comunidad Iberoamericana es una realidad social, económica, política y cultural forjada a lo largo de la historia. Somos casi 600 millones de personas que nos entendemos en dos lenguas de alcance global. Esta es una comunidad de lengua y cultura; pero también lo es de Derecho, fruto de una realidad heredada del pasado común y plenamente vigente. La era de la globalización hace de esta tradición jurídica compartida un activo para tener una presencia destacada en la economía y en las relaciones internacionales.

España y Portugal tienen, como ningún país del Viejo Continente, la doble condición europea y americana. Esta característica ha hecho de España, desde su ingreso en la Comunidad Económica Europea, hoy Unión Europea, el principal interlocutor e impulsor de las relaciones entre Europa y sus socios iberoamericanos. Estos no hallarán mejores valedores de una agenda europea para Iberoamérica que España y Portugal; al mismo tiempo, este papel confiere un notable peso específico a los dos países ibéricos en el escenario europeo.

El refuerzo de la proyección atlántica fue entre 1996 y 2004 uno de los mayores logros de la política exterior española. Hasta 2004, ese elemento permitió un diálogo privilegiado con los Estados Unidos y con América Latina en una fructífera triangulación. Para recuperar esa capacidad y desarrollarla en todo su potencial es necesario, previamente, un amplio acuerdo entre las principales fuerzas políticas españolas.

En efecto, la primera condición para que España desempeñe un papel positivo en Iberoamérica es el restablecimiento de los consensos básicos en política exterior. Estos consensos deben basarse tanto en los principios democráticos (Estado de derecho, libertades fundamentales, legalidad internacional) como en los intereses de España y de sus ciudadanos. España debe reclamar sin ambages el cumplimiento de dichos principios y el respeto de los acuerdos internacionales que afectan a sus intereses.

El consenso debe, en fin, basarse en algo tan simple como propugnar para América Latina lo mismo que se desea para España: una democracia pluralista que reconozca y garantice los derechos de la persona, una economía abierta y dinámica como base de la prosperidad e inserción activa en el mundo. El consenso en esta materia se consolidó en los años transcurridos desde el advenimiento del régimen democrático hasta la llegada al poder del último Gobierno socialista, que decidió romper con ese legado.

Tras haber trabajado mucho y bien en el pasado como aliada de la democracia en la región iberoamericana, España no puede permitirse el descrédito que supone el acercamiento a regímenes autoritarios y represivos. El cambio de política hacia la dictadura en Cuba, las maniobras para que la UE suavice su Posición Común sobre la isla, la inhibición ante la crisis hondureña de 2009, cuando no la complacencia ante los avances de Gobiernos populistas, han agravado el descrédito del liderazgo español.

La supeditación del diálogo con Cuba a la democratización del régimen debe mantenerse a pesar de las excarcelaciones de disidentes seguidas de destierro y las tímidas e insuficientes reformas económicas en sentido liberalizador. España tiene la obligación de apoyar la transición a la democracia en la isla, fomentando el entendimiento entre los grupos opositores.

España favoreció la creación de un espacio iberoamericano y promovió las iniciativas tendentes a su profundización. Instituida formalmente en 1991 y reforzada en 2003 con la creación, por iniciativa española, de la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB), la Comunidad Iberoamericana de Naciones y su sistema de cumbres anuales permitieron tejer una tupida red de reuniones, contactos, programas y proyectos de la más distinta naturaleza, tanto en el ámbito de la acción gubernamental como en el de la sociedad civil iberoamericana.

El último Gobierno socialista descuidó la atención a las cumbres iberoamericanas, como se puso de manifiesto con la inexcusable ausencia del entonces jefe de Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, en la cita de Mar del Plata (Argentina) en diciembre de 2010. Este hecho inédito expuso torpemente a España a un debilitamiento de su posición en el seno de la Comunidad Iberoamericana de Naciones. Por fortuna, la Cumbre de Cádiz en 2012 renueva para el país la oportunidad de contribuir a fortalecer un espacio privilegiado para el diálogo y la interacción. Por otra parte, es necesario que esta acción conjunta se proyecte más allá de las cumbres y produzca efectos sensibles en la convivencia práctica de la región.

La predilección del Gobierno socialista por los regímenes más cuestionados del subcontinente, escudado en el pretexto de proteger los intereses españoles, ha producido resultados que no solo no justifican semejante discurso, sino que se han revelado francamente contraproducentes. Plantear la acción exterior según un dilema que obliga a escoger entre intereses y valores resulta falaz, pues la mejor forma de asegurar las condiciones de inversión y seguridad que interesan a los negocios de España es fomentar las garantías democráticas para que dichas condiciones puedan ser debidamente respetadas.

En atención a esto, resulta relevante para España el adecuado funcionamiento de los sistemas de partidos latinoamericanos, que facilite la asunción ciudadana de los mecanismos constitucionales para el ejercicio de la libertad política y social, y que ofrezca alternativas viables ante los embates de la seducción populista. Cabe a España, dentro de sus posibilidades, la tarea de promover un intercambio productivo entre las diferentes fuerzas políticas para la consolidación de idearios y propósitos comunes orientados al perfeccionamiento de la democracia en la región.

En este sentido, potenciar el papel que desempeñan las fundaciones, *think tanks* y universidades en los programas de formación política puede ser provechoso para el conjunto de la comunidad al facilitar un intercambio de ideas y, en definitiva, de *know how* político.

Asimismo, para ayudar a luchar contra una indeseable debilidad institucional, España debe profundizar los programas vigen-

tes de intercambio de funcionarios. La existencia de cuerpos seleccionados con criterios de mérito y capacidad, con una estabilidad por encima de los vaivenes políticos, es la mejor garantía de una administración eficaz y comprometida. Además, la creación, con el apoyo de las universidades, de una escuela de gobierno de alto nivel o de una cátedra de Ciencia Política en el marco de la Comunidad Iberoamericana podría constituir otra iniciativa valiosa en la profesionalización del servicio público.

Junto a esto, los procesos de integración subregional pueden involucrar a los países en relaciones de mutuo interés que generen una lógica de legalidad democrática y progreso común, si existe la voluntad de ir más allá del gesto bienintencionado. En espera aún de un acuerdo comercial satisfactorio entre la UE y MERCOSUR, la apertura de los distintos países al mercado europeo es un objetivo que puede resultar tan beneficioso como han demostrado las experiencias de México y Chile.

Ciertamente, no hay que perder de vista la crisis actual de Europa. De cara a su recuperación, el Viejo Continente y España en particular pueden tener en Iberoamérica aliados muy estimables para generar nuevos recursos y consolidar su posición en el mundo globalizado.

- **Las empresas españolas en América Latina: construir un puente de inversiones**

En los años 90 España adquirió una visible y próspera presencia en la región gracias a la liberalización de la economía nacional y a la privatización, modernización e internacionaliza-

ción de empresas de sectores estratégicos como el energético, el de la banca o el de las telecomunicaciones. Durante la segunda mitad de la década, España gozó de un mercado interior fuerte y abierto a la competencia. El éxito de las políticas económicas, fiscales y de creación de empleo del Gobierno del Partido Popular, unido al resultado positivo de las empresas en el mercado interno, crearon el clima de optimismo apropiado para la búsqueda de nuevos mercados y la expansión hacia América Latina.

En 2010, la inversión española supuso el 4% de los flujos de inversión extranjera directa en la región²⁹, y entre un tercio y la mitad del beneficio operativo de las empresas que cotizan en el índice IBEX 35 procede de sus inversiones en Latinoamérica.

Aunque se han realizado operaciones en casi toda Iberoamérica, más de la mitad se han concentrado en México, Argentina, Brasil y Chile. A estos países les siguen Colombia, Perú y Venezuela.

Dado el impacto de la actual crisis económica y financiera en España y en el contexto competitivo que plantea la globalización, la inserción de las empresas multinacionales de capital español en el auge de las economías latinoamericanas amplía las posibilidades de prosperidad conjunta. Las clases medias que en Latinoamérica se hallan en pleno desarrollo tienen una indudable vocación para beneficiarse de los servicios que pueden ofrecer las empresas españolas.

²⁹ *Foreign Direct Investment in Latin America and the Caribbean 2010*, CEPAL, 2011, p. 9.

Es el momento oportuno para que las empresas españolas consoliden su presencia allí donde su inversión es mayor y se implanten en los países iberoamericanos donde todavía no lo han hecho. Si el período 1992-2004 supuso una verdadera internacionalización de las grandes empresas españolas por su presencia en América Latina, la segunda década del siglo XXI podría representar una “segunda internacionalización”, esta vez protagonizada también por pequeñas y medianas empresas. Toda esta dinámica debe ser apuntalada por políticas capaces de crear condiciones para que las PYMES españolas aprovechen los beneficios de la economía internacional.

Asimismo, es deseable que la Comunidad Iberoamericana promueva foros de emprendedores y de inversión en otras regiones, especialmente en aquellos países de Asia y África donde existen oportunidades para Latinoamérica.

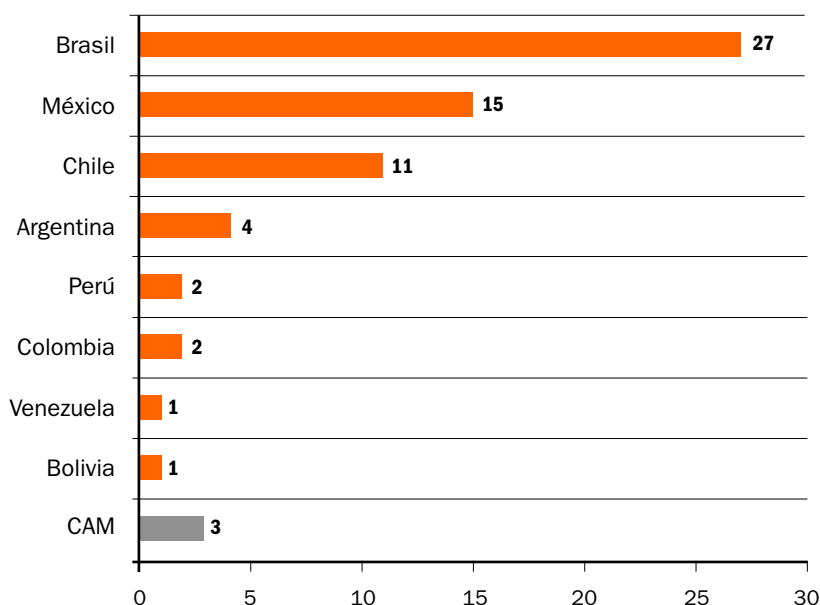
- **Multilatinas**

Con el cambio de siglo se produjo un aumento significativo de la inversión en nuevos mercados procedente de los países más industrializados, lo que propició una paulatina incorporación de los países emergentes a los circuitos comerciales de dimensión global. A su vez, este fenómeno permitió el aumento de los flujos de inversión entre las propias economías en vías de desarrollo y la expansión de empresas multinacionales procedentes de Brasil, Rusia, la India y China (los llamados BRIC).

Es posible comprobar cómo cada vez son más las empresas latinoamericanas que se incorporan a este proceso de in-

ternacionalización, trascendiendo en muchos casos los límites regionales. Al protagonismo inicial de las empresas brasileñas, argentinas y mexicanas, ha seguido en fechas recientes el de las firmas chilenas, colombianas y peruanas³⁰. No se puede obviar, sin embargo, el hecho de que Brasil continúa siendo el país latinoamericano con mayor número de empresas internacionales (véase Gráfico 5).

GRÁFICO 5.

Cantidad de multilatinas según nacionalidad (2010)

Fuente: Ranking Multilatinas 2011, *América Economía*. Consultado el 1 de diciembre de 2011.

³⁰ Santiso, Javier: "Multilatinas, cada vez más fuertes por países y sectores", *Infolatam*, 4 de mayo de 2011. Consultado el 1 de diciembre de 2011.

Obsérvese cómo al grupo de países latinoamericanos con firmas internacionalizadas se han incorporado Colombia (con dos empresas), Venezuela (con una empresa), Bolivia (con una empresa), así como tres países centroamericanos.

El área de expansión de estas “multilatinas” en muchos casos no se circunscribe a la región latinoamericana. En efecto, de las 66 empresas que figuran en el *ranking* de *América Economía*³¹, 53 operan fuera de la región. En los últimos años, el destino extrarregional preferido por los empresarios latinoamericanos ha sido China, aunque se observa un creciente interés por el continente africano, especialmente en el caso de las multinacionales brasileñas³².

Hay razones para pensar que la década en curso conferirá un papel destacado a las multinacionales emergentes, y en buena medida a las de América Latina, llamadas a consolidar su presencia en Europa. Una circunstancia que podría aprovechar España para convertirse en polo de inversiones iberoamericanas hacia la UE y para acoger las sedes corporativas internacionales de estas empresas.

En efecto, tras años en que los flujos de dinero circularon en la dirección inversa, conviene a la economía española recibir la inversión de las cada vez más pujantes y prósperas empresas latinoamericanas. España ofrece al inversor latinoamericano una privilegiada posición geoestratégica, debida a su pertenencia a

³¹ *Ranking Multilatinas 2011, América Economía*. Consultado el 1 de diciembre de 2011.

³² Santiso, *op. cit.*

la Unión Europea, a su proximidad al norte de África y a una economía de considerable peso mundial. Mediante la creación de incentivos y la supresión de obstáculos, la inversión extranjera directa, y especialmente la de origen latinoamericano, debería encontrar en tierras españolas un escenario propicio.

No se puede desdeñar la notable contribución de la población española de origen iberoamericano al crecimiento del tejido empresarial del país. En efecto, en los últimos años muchos inmigrantes han decidido crear su propio negocio en España. La Administración Pública en sus tres niveles, General del Estado, autonómica y local, debe esforzarse por aligerar los trámites necesarios para la constitución de empresas, así como promover la concesión de microcréditos a estos pequeños empresarios de origen inmigrante.

C) América Latina ante una oportunidad histórica de consolidar su desarrollo

El crecimiento económico sostenido requiere disciplina macroeconómica, pero esta es solo una de las condiciones necesarias para la prosperidad. Hay otras condiciones que favorecen el crecimiento:

- Un marco amplio de libertad que no limite arbitrariamente el ejercicio de la actividad económica.
- La adopción de normas que garanticen el derecho de propiedad y el respeto a los contratos.

- Mercados de libre competencia como mejor defensa para el consumidor y la fuente más eficiente de innovación y progreso técnico.
- Y economías abiertas al exterior que propicien la competitividad, la innovación y la eficiencia.

Para la prosperidad económica y social de América Latina es necesario el desarrollo de su tejido productivo, un proceso que la iniciativa privada debe liderar. La actividad emprendedora exige para desarrollarse debidamente un entorno de estabilidad y de seguridad jurídica.

En la línea de lo que propugna el documento *Doing Business*, del Banco Mundial³³, resulta imprescindible:

- Un marco legal claro, estable y predecible.
- La simplificación administrativa, reduciendo los costes burocráticos.
- Una mayor facilidad para la apertura y el cierre de empresas.
- Por último, una fiscalidad y un sistema de cotización a la seguridad social atractivo para la inversión y el emprendimiento.

Todo ello incentiva la adopción de los cauces de la economía formal, estimula una fuente de prosperidad y bienestar y, en definitiva, genera las formas más eficientes para reducir los números de la pobreza.

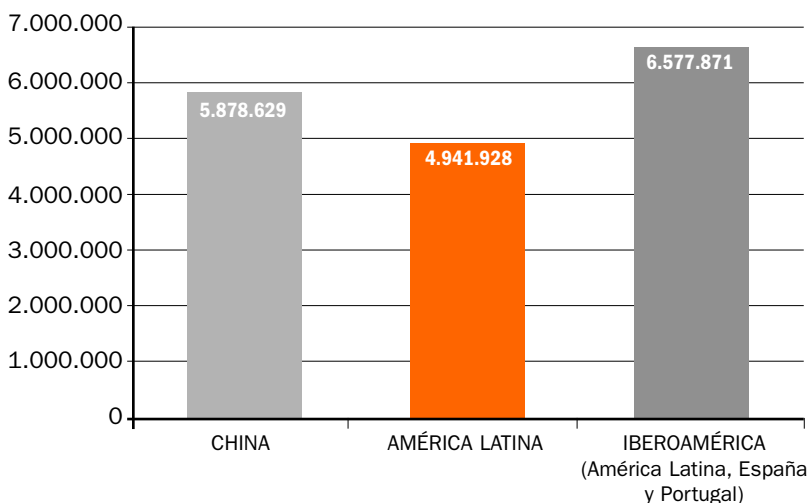
³³ *Doing Business*, Banco Mundial e International Finance Corporation (IFC). Última edición: 2012.

En la senda del crecimiento sostenido

La enorme magnitud de la economía iberoamericana se pone de manifiesto en ciertos datos macroeconómicos. Uno de los más llamativos muestra que el PIB nominal de Iberoamérica en su conjunto es hoy superior al de China (ver Gráfico 6). Si bien es cierto que las tasas de crecimiento de la economía china son superiores (en torno al 9,5% a mediados de 2011), los países latinoamericanos crecen a buen ritmo en comparación con el mundo desarrollado.

La crisis económica y financiera de alcance mundial es uno de los acontecimientos de mayor trascendencia que han ocu-

GRÁFICO 6.
PIB nominal 2010



Fuente: Elaboración propia sobre datos del Banco Mundial.

rrido en el mundo desde la publicación en 2007 de la primera edición del informe *América Latina: una agenda de libertad*. Latinoamérica no se ha librado de la crisis, aunque la región se ha recuperado satisfactoriamente y en poco tiempo de ella, esquivando de momento el peligro de una nueva “década perdida” para el subcontinente.

América Latina ha extraído valiosas lecciones de las 38 crisis económicas sufridas y superadas entre 1980 y 2003³⁴, unas lecciones que han permitido dejar atrás con razonable rapidez una recesión económica que continúa golpeando duramente a Estados Unidos y a Europa. Es más, los latinoamericanos están hoy en condiciones de ofrecer experiencias al mundo que, si bien no son semejantes a la crisis actual, podrían brindar elementos que sirvieran para encontrar soluciones juntos y superar la crisis económica y financiera.

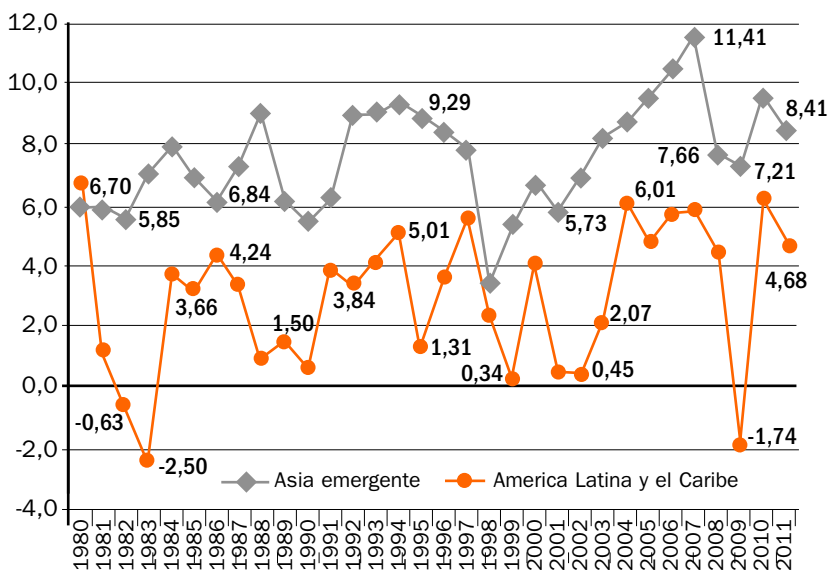
La recuperación de la senda del crecimiento en América Latina no se explica sin la estabilidad macroeconómica y financiera y sin la apertura al exterior de la gran mayoría de las repúblicas de la región, unos atributos que se han consolidado a lo largo de la última década y que han conferido bienestar a muchos latinoamericanos, propiciando asimismo una notable reducción de la pobreza en buena parte de América Latina.

Efectivamente, el crecimiento económico en la región ha sido considerable en los últimos años. El crecimiento del producto

³⁴ Naim, Moisés: “La latinoamericanización de Europa”, *El País*, 5 de noviembre de 2011. Consultado el 1 de diciembre de 2011.

regional se asentó en torno al 5% entre 2004 y 2010, con la excepción de los dos años de la gran recesión global, frente a un 2,9% de promedio en los últimos 30 años. En otras palabras, la región mostró en esta década tasas de crecimiento que casi duplicaron aquellas de las últimas tres décadas, situándose en la actualidad en el entorno de las tasas de crecimiento del conjunto de los países emergentes asiáticos³⁵ (véase Gráfico 7).

GRÁFICO 7.

Variación porcentual del crecimiento económico

Fuente: Elaboración propia sobre datos del *World Economic Outlook*, Fondo Monetario Internacional (FMI), septiembre de 2011.

³⁵ Asia emergente: Afganistán, Bangladesh, Bután, Brunéi, Camboya, República Popular China, Fiyi, India, Indonesia, Kiribati, Laos, Maldivas, Malasia, Myanmar (Birmania), Nepal, Pakistán, Papúa Nueva Guinea, Filipinas, Samoa, Islas Salomón, Sri Lanka, Tailandia, Timor Oriental, Tonga, Tuvalu, Vanuatu y Vietnam. *World Economic Outlook*, Fondo Monetario Internacional (FMI), septiembre de 2011.

Casi toda la economía de Latinoamérica crece, pero lo verdaderamente significativo es que los países de la región dotados de seguridad jurídica, instituciones sólidas y economía abierta atraen un volumen de inversión extranjera mucho mayor que la de los Estados gobernados por populistas del denominado “socialismo del siglo XXI”. La inversión es una importante variable a la hora de determinar si el crecimiento del PIB es meramente coyuntural o, por el contrario, sostenible en el tiempo.

La estabilidad macroeconómica es el resultado de un régimen inflacionario bajo, que se ha mantenido a pesar de los *shocks* exteriores, rompiendo así, salvo excepciones, con la histórica elevada inflación que han padecido frecuentemente las economías latinoamericanas. A la estabilidad en las cuentas públicas ha contribuido una posición exterior sólida, fruto de una entrada de inversiones a largo plazo, y favorecida a su vez por la apreciación de los tipos de cambio. Asimismo, Latinoamérica parece demostrar la robustez de su sistema bancario que, a diferencia de sus equivalentes europeos y estadounidense, ha capeado con mayor fortaleza el vendaval de la crisis.

Otra prueba de la buena salud de las finanzas de América Latina es el notable incremento de la confianza en algunos de los países de la región. La estabilidad institucional y la seguridad jurídica generan confianza, que a su vez atrae inversiones. Estas impulsan el crecimiento económico, la creación de empleo y, en definitiva, el bienestar. Este proceso se retroalimenta, generando así un círculo virtuoso de prosperidad.

Para que los logros en materia económica alcanzados en la última década se consoliden, es deseable que:

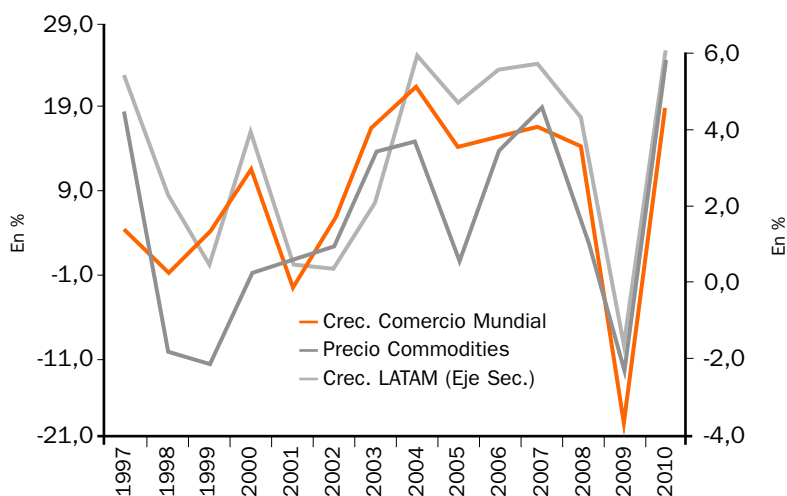
- La región diversifique sus economías y, por tanto, sus exportaciones.
- Ensanche sus clases medias.
- Refuerce la institucionalidad.
- Y afiance las funciones propias del Estado en todos los países que la integran.

La diversificación sectorial de la producción y exportaciones latinoamericanas continúa siendo insuficiente, a pesar de que el volumen de exportaciones no relacionadas con materias primas se ha incrementado considerablemente en México y América Central en los últimos cuarenta años. Buena parte de la expansión de la economía latinoamericana descansa en un ciclo global coyuntural (elevado crecimiento con altos términos de intercambio para la región) y no tanto en su fortaleza estructural.

Las repúblicas latinoamericanas exportadoras de productos primarios se han visto beneficiadas por el aumento de la demanda en las economías asiáticas emergentes, particularmente de China, que ha elevado el precio de las materias primas y de los productos alimentarios (véase Gráfico 8).

GRÁFICO 8.

LATAM - Crecimiento PBI, Comercio Mundial y Precio Commodities



Fuente: Fondo Monetario Internacional (FMI) y Commodity Research Bureau (CRB).

Los países latinoamericanos que producen materias primas recibirían más tecnología y valor añadido si ampliaran su elenco de socios comerciales e incluyeran a países como la India, Japón, Corea del Sur y los países de ASEAN, además de China.

En cualquier caso, los logros sociales, fruto del crecimiento económico que se observa en toda la región, necesitan completarse con reformas estructurales. Solo así será posible consolidar los éxitos e impedir que futuros ciclos regresivos arruinen los avances realizados durante una década de crecimiento sin parangón en la historia reciente de América Latina.

El déficit de institucionalidad

En general, el tamaño del sector público en los países latinoamericanos es reducido, lo que se traduce en un sistema tributario deficiente y en un Estado del bienestar exiguo. Existe una compresión de los servicios indelegables del Estado (orden público, sistema penitenciario, aplicación de la ley) debido a las dificultades para financiarlos.

Por lo que se refiere a los defectos de los sistemas tributarios latinoamericanos, pueden resumirse en tres:

- La informalidad.
- La evasión fiscal.
- Y la debilidad de los sistemas de inspección y sanción.

En rigor, la economía informal, tan extendida en la región, tiene su origen en la sobrerregulación a cargo del Estado, muy lesiva para el empresario. La informalidad ataca la raíz de los incentivos, creando mercados paralelos y asimétricos donde la gente responde a incentivos que no son los de la economía formal.

La fiscalidad es clave para la legitimidad democrática. No se trata de gastar más, sino de gastar mejor, y para ello es imperativo optimizar la eficiencia del gasto fiscal. Resulta imprescindible ampliar la base fiscal si se quiere erradicar el problema de la evasión de impuestos. América Latina debe adoptar, en definitiva, un modelo de sostenibilidad fiscal basado en tipos más bajos, pero de aplicación más extensa.

Una fórmula para mejorar la transparencia y eficacia de las instituciones es la adopción por los órganos de la Administración de las tecnologías digitales. Por ejemplo, una ventanilla única de administración electrónica con un documento nacional de identidad nacional digital o electrónico, que facilitaría tanto la recaudación de impuestos como el alta de empresas en el registro correspondiente. Asimismo, en materia de sanidad, con el historial médico electrónico, la tarjeta sanitaria digital y la receta digital sería posible ahorrar una enorme cantidad de recursos públicos.

Las repúblicas latinoamericanas han de dotarse de un mercado de trabajo formal y que responda a la realidad nacional respectiva. Y los sectores de economía informal solo podrán acceder a las prestaciones sociales si se reduce el volumen de estas. Los niveles de bancarización, a pesar de la mejora que han experimentado en los últimos años, son insuficientes, por lo que sería conveniente desarrollar fórmulas que faciliten el acceso a una cuenta corriente, establecer sistemas de pagos y propiciar que la gente cobre sus nóminas a través de los bancos. Todo ello mejoraría tanto la seguridad jurídica, como la confianza en el control de la inflación y en el sistema financiero.

Otros desafíos

Otro obstáculo para el crecimiento es el déficit de infraestructuras, que encontraría una solución mediante mecanismos de cooperación entre el capital público y el privado, y la limitación del gasto corriente e incremento del gasto en obra pública.

Por otro lado, una nutrida y sólida clase media, al facilitar el acceso a los servicios básicos, favorece el ahorro y la bancarización. Muchos de los países de la región padecen fallos de coordinación entre los sectores público y privado, que explican en parte una productividad comparable a la de los países africanos. Para empeorar las cosas, el sector público latinoamericano es particularmente ineficiente. Se prevé un aumento de la tasa de inflación regional debido a la gran vulnerabilidad de América Latina al aumento del precio de los alimentos. No cabe duda de que la combinación de *shocks* de oferta negativos y elevados tipos de interés generará grandes dificultades en toda la región.

Ojalá que todos los Gobiernos latinoamericanos acepten las ventajas inherentes a la estabilidad macroeconómica, entre las que se encuentran tanto el autocontrol en las políticas monetaria, fiscal y presupuestaria, como la emergencia de instituciones garantes de dicha estabilidad.

Desgraciadamente, la región se enfrenta a unas perspectivas de inflación nada favorables, existiendo un serio peligro de hiperinflación en aquellos países, como Argentina y Venezuela, que están aplicando una política económica basada en la expansión de la oferta monetaria.

La excesiva regulación es, asimismo, causa del surgimiento de empresas de muy baja escala, lo que se traduce a su vez en bajos niveles de bancarización y en escasos ingresos fiscales para el Estado. Los países de América Latina necesitan, pues, una regulación de más calidad, así como una mayor im-

plicación de las élites. A la lista de defectos del Estado en la región hay que añadir la permeabilidad del sector público a las presiones de los grupos de interés.

La tasa de ahorro es, sin duda, muy baja y ha devenido en un gran obstáculo para la estabilidad. Esta solamente será posible con una reducción del consumo y un incremento del ahorro, que se verían facilitados si se establecieran incentivos y se reorientase la política fiscal.

En definitiva, América Latina tiene una economía todavía cerrada, justo lo contrario que los países asiáticos más pujantes.

Las infraestructuras y una Organización Latinoamericana de Cooperación Económica. El papel económico de la emigración latinoamericana

Entre las reformas que América Latina precisa está la implantación de un marco institucional sólido, capaz de crear confianza en los agentes económicos. El desgaste de las “marcas” conocidas y las enormes necesidades de financiación de la región, especialmente en materia de infraestructuras, aconsejan la creación de una institución nueva que, a imagen de la OCDE, heredera de la OECE que surgió de la cooperación entre Estados Unidos y Europa en la inmediata posguerra, debería ser capaz de canalizar la ayuda y orientar las políticas.

Esta Organización Latinoamericana de Cooperación Económica (OLCE), sin contener elementos de supranacionalidad po-

líticamente inasumibles ni caer en burocracias clientelares y parasitarias, sería un instrumento para reforzar la institucionalidad y la seguridad jurídica en la región.

Tendría funciones de cooperación institucional y ejecutivas. Entre las primeras estarían la supervisión mutua y la elaboración de Códigos voluntarios en áreas reguladoras esenciales. Entre las segundas, el establecimiento de un Mecanismo Latinoamericano de Solución de Diferencias Comerciales y de un Mecanismo de Arbitraje y Mediación para Inversiones.

Otra institución de carácter eminentemente pragmático, dirigida a paliar los obstáculos físicos a la integración mediante la construcción de infraestructuras, sería un Fondo Latinoamericano de Infraestructuras, que actuaría en cooperación con instituciones de solvencia probada como el Banco Interamericano de Desarrollo, la Corporación Andina de Fomento o el Banco Mundial. La nueva OLCE podría gestionar este fondo, nutrido por los propios países latinoamericanos y por terceros países desarrollados, constituyéndose así en el núcleo de un mercado común del transporte y la energía.

Quedaría incompleto este apartado de apertura al exterior sin incluir un comentario sobre el papel económico de la emigración. Las remesas que los emigrantes latinoamericanos envían a sus países de origen han alcanzado un volumen que supera el montante de la ayuda en concepto de cooperación al desarrollo y, en algunos países, a los capítulos más importantes del comercio exterior. Pero el impacto económico de la emigración no se limita a las remesas. Como muestran otros mo-

vimientos migratorios en el pasado, es previsible que cobren importancia creciente la reinversión de capitales en los países de origen, e incluso el papel de promotor económico que pueden tener los emigrantes que se han capacitado en los países de acogida. Para apoyar este proceso, así como otros vínculos empresariales entre los emigrantes y sus países de origen, sería interesante que los Gobiernos tomaran la iniciativa de promover la creación de una Cámara Internacional de Empresarios Latinos.

D) La seguridad: una batalla que no se puede perder

La violencia es uno de los grandes problemas que arrastra la región. No solo porque constituye un drama humano, sino también porque es una rémora para la institucionalidad al menoscabar la autoridad del Estado. La seguridad es hoy en día un desafío prioritario que exige esfuerzos conjuntos para combatir la internacionalización del delito. Este fenómeno coarta las libertades, dificulta el funcionamiento correcto de la democracia y afecta sobre todo a los más débiles, limitando el crecimiento económico.

La violencia en América Latina es poliédrica. La delincuencia callejera, las pandillas de nuevo cuño, el terrorismo y el narcotráfico, los secuestros o la violencia en el ámbito familiar constituyen una amenaza formidable a un organismo social debilitado.

La impunidad es el factor decisivo de la criminalidad. El hecho de que los crímenes queden sin castigo en un alto porcen-

taje, actúa como estímulo a delinquir. Los Estados latinoamericanos están entre los países con mayores índices de homicidios y de secuestros del mundo, mientras cuentan con porcentajes sustancialmente más bajos de personas encarceladas en relación a otros países occidentales³⁶.

El sistema penitenciario latinoamericano está en crisis. A la falta de recursos, edificios carcelarios y personal especializado, con el consiguiente hacinamiento y escaso control de los penales, se une el hecho de que en la mayoría de los países de la región más del 50% de los presos aún no tienen sentencia firme condenatoria³⁷. En este contexto, la rehabilitación y reinserción de los delincuentes se hace casi imposible.

La lucha contra la pobreza supone también acabar con la violencia de la región, porque la violencia representa uno de los mayores obstáculos para que los ciudadanos tengan oportunidades y movilidad social ascendente. La delincuencia es un enemigo letal para la economía de los países latinoamericanos.

La violencia, muchas veces ligada al narcoterrorismo, los cárteles de la droga y el crimen organizado constituye, además de un drama humano de primer orden, el principal riesgo para las empresas que invierten en la región. Téngase en cuenta que la tasa de homicidios de Latinoamérica es de 27,5 por cada cien mil habitantes, por encima de los 22 homicidios de

³⁶ Centro Internacional para estudios penitenciarios, Universidad de Londres.

³⁷ *Crimen e Inseguridad. Indicadores para las Américas*, FLACSO-Chile, Banco Interamericano de Desarrollo (BID), 2010, p. 96.

África, los 15 de Europa del Este y el único homicidio sobre igual número de habitantes en los países industrializados. Asimismo, a pesar de tener solo el 8% de la población mundial, la región registró casi la mitad de todos los secuestros que ocurrieron en el mundo en 2009³⁸.

Las inversiones en Latinoamérica conllevan un coste añadido para protegerse de la criminalidad, que en algunos lugares adopta formas tan atroces como la de los secuestros *express*. Por ejemplo, en Centroamérica estamos viendo surgir ejércitos privados (ver Cuadro 1). Las clases más desfavorecidas, que no pueden costearse servicios privados de seguridad, son nuevamente las más desprotegidas.

CUADRO 1³⁹.

Guardias de seguridad por 100.000 habitantes

País	Número de guardias privados por 100.000 habitantes
Honduras	104
Guatemala	119
Nicaragua	163
El Salvador	362
Costa Rica	465
Panamá	500

Fuente: Cálculo del Centro de Estudios Internacionales. Citado en: Naciones Unidas, Oficina contra la droga y el Delito, Crimen y Desarrollo en Centroamérica. Atrapados en una Encrucijada, Eslovaquia, marzo de 2007, p. 91.

³⁸ Ibarz, Joaquim: "América Latina sufre la mitad de los secuestros de todo el mundo", *La Vanguardia.com*, 13 de diciembre de 2009. Consultado el 15 de junio de 2011.

³⁹ Reproducido en *La corrupción y la impunidad en el marco del desarrollo en América Latina y el Caribe: un enfoque centrado en derechos desde la perspectiva de las Naciones Unidas*, CEPAL, 2007.

El comercio y el turismo también se ven afectados por la falta de seguridad. Las grandes rutas turísticas internacionales, y los propios flujos internos, evitan muchos destinos latinoamericanos en busca de lugares más seguros y menos conflictivos.

Las relaciones entre el crimen y el Estado determinan formas pervertidas de autoridad que podríamos clasificar de la siguiente manera: cuando existen áreas del territorio nacional que permanecen ajenas a la soberanía del Estado (las llamadas “áreas sin ley”), este podría definirse como un Estado “ausente”. Allí donde es manifiesta la complicidad de los órganos estatales con el crimen organizado, el Estado se convierte en un Estado “corrupto”. Cuando los grupos criminales son capaces de arrebatar el monopolio de la fuerza al Estado y erigirse en un contrapoder frente al poder legítimo, cabe describir este tipo de Estado como Estado “desafiado”. Finalmente, los regímenes populistas de la región, tanto por su quebranto de derechos y libertades fundamentales como por su política de alianzas con actores que suponen una amenaza para la paz mundial, son perfectamente definibles como Estados “hostiles”.

La última manifestación de violencia en Latinoamérica son las pandillas o “maras”, una amenaza cada vez mayor con un tremendo potencial de desestabilización social. Estos grupos juveniles, extremadamente violentos en muchos casos, se dedican también al narcotráfico y a toda clase de actividades delictivas. El reconocimiento dentro de la banda es uno de sus principales estímulos, por lo que el castigo penal no siempre cumple su función disuasoria. Esto les da un plus de peligrosidad respecto a otros delincuentes. Su organiza-

ción se está desarrollando y sofisticando con conexiones e implantación en los Estados Unidos y en algunos países europeos, singularmente España.

El crecimiento desordenado de las ciudades favorece la creación de espacios en los que faltan estructuras de sana sociabilidad, necesarias para que se asiente el imperio de la ley y no se imponga el de la violencia. Este proceso en algunas ocasiones ha terminado por erosionar los valores fundamentales para la paz social, llegando a la situación extrema de que el valor de la vida sea menospreciado.

La inseguridad ciudadana en Venezuela es especialmente dramática. En ese país se cometen cerca de 20.000 asesinatos al año. Solo en Caracas mueren cada fin de semana 50 personas en atracos o en ajustes de cuentas. Asimismo, el 97% de los crímenes cometidos en territorio venezolano queda impune⁴⁰.

En la medida en que el desarrollo económico se haga más patente, los Gobiernos dispondrán de medios más efectivos para controlar el mundo de las bandas, una realidad que solo se entiende en el marco de una problemática integración social. La mejora de la educación, la recuperación de valores tradicionales, la posibilidad de acceder a un mercado de trabajo eficaz o la renovación de los barrios son las claves para dejar atrás un fenómeno que ha arruinado muchas vidas y que supone un lastre para algunas sociedades.

⁴⁰ Romero, Simón: "Venezuela, more deadly than Iraq, wonders why", *The New York Times*, 22 de agosto de 2010. Consultado el 20 de enero de 2012.

Narcotráfico y violencia

Las bandas son el umbral del crimen organizado, que en esta región tiene en el narcotráfico el negocio más importante. Mientras haya demanda de droga habrá suministro, porque las fronteras terrestres y marítimas son tan extensas que resulta prácticamente imposible impermeabilizarlas. El éxito de la lucha contra el narcotráfico en Colombia, que tantos sacrificios ha costado poniendo a prueba las instituciones democráticas de ese país, ha supuesto el traslado de estas actividades al área centroamericana y, muy especialmente, a México. Zonas tradicionalmente tranquilas se han convertido en escenarios de una guerra de baja intensidad por el control del territorio que va a durar bastante tiempo.

México se enfrenta a un conflicto que, como ocurrió en Colombia, pondrá a prueba la solidez de sus instituciones y la credibilidad de su clase política. Es inaplazable tanto la profesionalización del sector judicial como el ofrecimiento de alternativas económicas que incentiven el abandono de la vida criminal.

El narcotráfico es muy rentable y permite a aquellos que forman parte de sus redes disponer de enormes cantidades de dinero con el que se puede corromper a la justicia, a las fuerzas de seguridad y al sistema político; en definitiva, constituye un eslabón que destruye la institucionalidad de los países. Junto a esto, el ingenio delictivo encuentra en esa rentabilidad económica medios cada vez más sofisticados para hacer frente a la acción de los Gobiernos. Estos nuevos recursos se

despliegan a veces en el ámbito de espacios aéreos que reclaman un mayor control.

El reto al que se enfrentan estos países es grande y se requieren soluciones de coordinación y cooperación internacionales, como por ejemplo, un sistema de vigilancia del espacio aéreo, intercambio de información, políticas policiales conjuntas o transferencia de conocimientos y experiencias.

Las amistades peligrosas

Los vínculos establecidos entre los regímenes populistas y ciertos grupos y Gobiernos complican aún más las cuestiones relativas a la seguridad. El “socialismo del siglo XXI” ha mostrado simpatía manifiesta por varias formas de autoritarismo, de opresión y de violencia que han sido ampliamente denunciadas por organismos de derechos humanos y por la comunidad internacional en general.

La alianza antisistema empezó a gestarse de manera espontánea, por la coincidencia en los enemigos y en las fobias. Esa aversión común es la que aglutina a la izquierda que fracasó en mayo del 68 y a la que se le vinieron encima los cascotes del Muro de Berlín; la que reúne a los intelectuales que jalearon el comunismo y hoy ven con complacencia la pulsión antioccidental del islamismo yihadista; la que congrega a los antiglobalizadores altermundialistas del más distinto pelaje y a las distintas manifestaciones de indigenismo, populismo y fanatismo religioso. Todos los que forman parte de esta alianza, difusa pero operativa, creen ver en ella una oportunidad de acre-

centar su influencia y debilitar a su enemigo común: Occidente. Para ello no dudan en aliarse con los más extraños compañeros de viaje, lo que explica la creciente cercanía y coordinación entre todos estos elementos y el islamismo.

Islamismo y tercermundismo se alían en una simbiosis táctica. En efecto, la ideología tercermundista, a la que durante mucho tiempo se ha acogido el pensamiento revolucionario latinoamericano, encuentra un cómplice propicio en el discurso satanizador de los ayatolás, según la táctica demagógica propia de la izquierda en la que “En el choque eterno entre el bien y el mal, el marxista, con solo serlo, está del lado de los ángeles. La historia queda convertida en auto sacramental”⁴¹. Un discurso que lleva inexorablemente a una violencia justificada por el perverso argumento de imponer la salvación exterminando al infiel.

Prueba de ello es el estrechamiento de los vínculos entre los países gobernados por el denominado “socialismo del siglo XXI”, especialmente Venezuela y la República Islámica de Irán. Esta “relación estratégica”, en materias tan sensibles como armamento, tecnología nuclear y redes de espionaje, representa una verdadera amenaza para Occidente. El presidente de Venezuela, Hugo Chávez, ha expresado repetidamente tanto su apoyo al programa nuclear iraní como su intención de dotar al país con un programa de enriquecimiento de uranio.

⁴¹ Rangel, Carlos: *El tercermundismo*, Monte Ávila editores. Caracas, 1982, p. 28.

La amenaza terrorista

- Las FARC

Existen tres grupos designados como terroristas por el Departamento de Estado de los Estados Unidos de América, que operan en Colombia. Son el Ejército de Liberación de Colombia (ELN), los grupúsculos supervivientes de las ya desmovilizadas Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

Las FARC se han visto considerablemente debilitadas por la campaña militar emprendida por el Gobierno democrático colombiano, que hizo posible la eliminación de varios comandantes de la organización terrorista en 2007, así como de su número dos, Raúl Reyes, muerto en el ataque contra un campamento de la guerrilla terrorista sito en territorio ecuatoriano el 1 de marzo de 2008. En mayo de 2008, las FARC admitieron la muerte por causas naturales de su histórico líder Manuel Marulanda, alias *Tirofijo*.

En julio de ese mismo año, una operación militar en el departamento sudoriental de Guaviare permitió rescatar a quince rehenes de las FARC, entre los que se encontraba la ex senadora y candidata a presidencia de Colombia en las elecciones de 2002, Ingrid Betancourt. Asimismo, la organización narcoterrorista recibió otro duro golpe con la muerte de su jefe militar, *Mono Jojoy*, en septiembre de 2010, en una operación a cargo de la Fuerza de Tarea Conjunta Omega. En noviembre de 2011, las fuerzas armadas de Colombia daban otro paso en la lucha contra el terrorismo abatiendo al líder

máximo de la guerrilla y hombre más buscado de Colombia, Alfonso Cano.

El número de deserciones en el seno de las FARC alcanzó la cifra de 3.000 efectivos sumando los años 2007 y 2008. Se estima que las FARC cuentan actualmente con una fuerza de unos 8.500 hombres que, a pesar de la ofensiva del Gobierno colombiano, continúan su actividad terrorista con atentados, extorsiones y secuestros.

- **La débil integración regional en materia de seguridad**

Uno de los objetivos fundamentales de la Organización de Estados Americanos (OEA) fue el mantenimiento de la paz y la seguridad, definido en la Novena Conferencia Americana, reunida en Bogotá en 1948. La OEA decidió fundamentar su actuación en el campo de la seguridad y la defensa sobre la base del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), firmado en la Cumbre de Río de Janeiro en 1947. Sobre el papel, el TIAR establece un fuerte compromiso de solidaridad defensiva entre los países miembros. El texto del tratado establece que una agresión contra uno de sus signatarios debe ser considerada como un ataque contra el resto de firmantes, de modo que la seguridad de los Estados del continente queda, en principio, firmemente cohesionada.

Sin embargo, el denominado sistema interamericano no ha logrado expresar la conformación de una comunidad regional de naciones ni un sistema político multilateral pleno. Tampoco ha estructurado un sistema efectivo de seguridad colectiva. La dispersión política coexiste con una desarticulación de las

agendas de seguridad, económicas y políticas, acentuando la no correspondencia entre las denominadas zonas de paz y las zonas de comercio que se anuncian en el subcontinente.

Las Cumbres Presidenciales de las Américas, así como las Cumbres Iberoamericanas, al menos hasta la Cumbre de Mar del Plata, han cubierto el vacío institucional ocasionado por la debilidad de las instancias políticas hemisféricas, por la prolongada crisis de la OEA, por la inoperatividad de la Junta Interamericana de Defensa, y por la intrascendencia del TIAR y el Pacto de Bogotá para el tratamiento de los problemas de seguridad regional.

En lo tocante a la identificación y valoración de las amenazas a la seguridad en la región, el narcotráfico y el terrorismo han devenido en peligros de índole global y no tradicional. Pero más allá de los grandes discursos políticos, que invocan estas amenazas de forma sistemática en los foros de seguridad, ninguno de esos fenómenos ha propiciado la creación de una plataforma de seguridad de alcance hemisférico. Cada país genera su propia estrategia para combatir ambas amenazas sin establecer marcos de colaboración con sus vecinos. Existen desacuerdos en torno a la relación entre seguridad policial y defensa militar para hacer frente al crimen organizado. Esto se agrava cuando se plantean dudas acerca de la idoneidad de cuándo emprender acciones policiales y cuándo militares para hacer frente al terrorismo y al narcotráfico.

Han proliferado los acuerdos de seguridad dirigidos al establecimiento de zonas de paz y cooperación sobre la base de

las asimetrías, diversidad de intereses y multiplicidad de contextos nacionales existentes. El horizonte estratégico tiende a ser visto bajo la realidad de una regionalización diferenciada y asimétrica, y no desde la necesidad de establecer una zona de seguridad común a todos los países del continente, que no diseñan sus respectivas políticas de seguridad y defensa valiéndose de un sentido hemisférico.

La colaboración entre democracias es fundamental para contrarrestar los esfuerzos del campo populista y vencer al terrorismo. América Latina padece una inflación de siglas. Los esfuerzos por desarrollar una “arquitectura institucional” no han logrado más que hacer aún más compleja la ficción de una diplomacia cooperativa, de una comunidad de naciones trabajando juntas en la misma dirección. No se trata de crear nuevas organizaciones, en este caso decididamente comprometidas con los valores democráticos, sino de rescatar las ya existentes.

En el corto y medio plazo resulta más aconsejable apostar por una estrategia empírica que cartesiana. Las democracias deberían establecer vínculos bilaterales para compartir información sobre las actividades subversivas y para actuar conjuntamente en su combate. La suma de estos vínculos bilaterales acabaría dando forma a una red democrática de seguridad regional organizada horizontalmente. En el ámbito de la seguridad y de la inteligencia son capitales la confianza, los contactos personales y el mercado de la información. De nada vale establecer mecanismos piramidales si los responsables operativos no confían en su interlocutor, y eso solo se logra con el tiempo.

Tanto el crimen organizado como el populismo son fenómenos sociales que también deben ser tratados desde el ámbito político y económico. Los Gobiernos regionales tienen que compatibilizar políticas económicas liberales con políticas sociales que hagan sentir a la población que son parte de un proyecto común en el que tanto sus valores como sus intereses se verán reforzados.

No se puede olvidar la importancia de defender en los foros europeos, en la estela de la Posición Común sobre Cuba, una política hacia América Latina dirigida a proteger los regímenes democráticos y contener a los movimientos insurgentes y a los regímenes que los amparan. Asimismo, en coordinación con un naciente *caucus* hispano, sería recomendable que la diplomacia española trabajase para que Washington asumiera un mayor compromiso en la región.

3

DOS OBJETIVOS INAPLAZABLES

“Nos estamos moviendo más rápidamente hacia una sociedad de clase media de lo que hubiéramos imaginado hace veinte años. Mi sensación es que estamos cruzando el umbral”.

Fernando Henrique Cardoso⁴²

A) Desarrollar y consolidar las clases medias para emerger en un mundo globalizado

El ensanchamiento de las clases medias en América Latina lleva aparejada una mayor demanda de educación de calidad. Mas al mismo tiempo, la educación es un medio esencial para la generación de clases medias, de ahí la importancia de que los sectores de la población más desfavorecidos tengan acceso a ella.

Tampoco es posible consolidar una clase media pujante, vigorosa y emprendedora sin seguridad jurídica. La seguridad en

⁴² Citado en Rivera, Raúl: *Nuestra hora. Los latinoamericanos en el siglo XXI*, Pearson Educación de Chile, Santiago de Chile, 2011, p. 135.

todas sus expresiones es un factor de competitividad económica, de cohesión y de equilibrio social. Es preciso subrayar que la pobreza no es tanto la causa de la inseguridad como su consecuencia. En las sociedades en vías de desarrollo, el fenómeno se observa con claridad meridiana: la inseguridad, y la jurídica no es una excepción, genera miseria en toda la escala social. No obstante, sería un error valorar la seguridad jurídica en términos puramente utilitaristas, pues la “certeza del Derecho” es, en última instancia, la garantía que tiene el individuo de que su persona y sus bienes no serán violentados. Constituye, por tanto, uno de los fundamentos del Estado de derecho y como tal debe ser reivindicada.

La educación: oportunidad y asignatura pendiente

La educación es el factor clave para combatir la pobreza y propiciar el desarrollo social y económico. Los países que han invertido en capital humano son los que alcanzan mejores niveles de vida, de bienestar y de crecimiento. La educación de calidad proporciona fundamento a la creatividad y a la innovación, y favorece la competitividad de la economía a través de la acumulación de conocimiento.

En el campo educativo, América Latina presenta agudos contrastes. Existen condiciones suficientes de partida para que los esfuerzos en educación den los frutos esperables, pero, comparativamente, la mayoría de los países de América Latina presentan resultados educativos discretos y se corre el riesgo de que la región quede rezagada respecto a otras economías emergentes, como las de algunos países asiáticos, que van

acortando la distancia que los separa de los Estados Unidos, Europa o Japón, superándolos en algunos casos.

Los sistemas educativos de América Latina tienen una larga tradición, compartida con la de los países más desarrollados, que en ocasiones ha alcanzado niveles comparables de excelencia. En México y en el Perú se encuentran las universidades más antiguas del continente. Argentina y Uruguay fueron pioneros en el establecimiento de la educación obligatoria y gratuita, a finales del siglo XIX, y consiguieron la plena escolarización antes que la mayoría de las naciones europeas.

En los últimos cincuenta años se han alcanzado, en conjunto, logros importantes en términos de tasas de alfabetización, planes y métodos de enseñanza, formación del profesorado, materiales e infraestructuras educativas y en promedio de años de escolarización. Cuatro científicos latinoamericanos han obtenido el premio Nobel⁴³, y algunos centros de excelencia han demostrado su capacidad para producir, aunque en proporciones relativamente escasas, investigación y ciencia.

Ahora bien, los contrastes son fuertes en el panorama educativo. La mayor parte de los sistemas nacionales adolece de falta de recursos por la capacidad limitada de sus economías para invertir en educación. Los resultados educativos mues-

⁴³ Bernardo Alberto Houssay, Premio Nobel en Medicina, 1947. Luis F. Leloir, Premio Nobel en Química, 1970. Cesar Milstein, Premio Nobel en Medicina, 1984. Mario J. Molina, Premio Nobel en Química, 1995.

tran inequívocamente la ineficiencia y los bajos niveles de aprendizaje de los sistemas escolares⁴⁴.

Sin embargo, ni la falta de recursos ni las desigualdades entre alumnos explican por completo las carencias de los sistemas de instrucción latinoamericanos. Tampoco el grado de uniformidad étnica nacional o las tradiciones culturales explican del todo las diferencias de resultados entre unos países y otros.

Las hipótesis más razonables apuntan hacia la ineficacia en la administración de los escasos recursos destinados a la educación, la falta de capacitación y dedicación del profesorado, la calidad deficiente de los métodos de enseñanza y, sobre todo, el bajo nivel de exigencia al alumnado. Ahora bien, el nivel de exigencia tiene que ver con el sentido del esfuerzo, la adecuación de la recompensa al trabajo realizado y las expectativas de mejora, elementos que flotan con mayor gravedad en unas sociedades que en otras y que, en última instancia, están asociados al grado de libertad imperante: libertad de elección, libertad de creación y de dirección de centro, y libertad educativa.

Durante décadas de gobierno paternalista, la combinación de gratuidad, falta de incentivos e insuficiencia de la

⁴⁴ Los resultados de los países latinoamericanos considerados en el informe Pisa 2009 de la OCDE sobre competencia de alumnos de 15 años (Uruguay, Colombia, México, Argentina, Brasil, Chile, Perú y Panamá) quedaron lejos de la media de los países miembros. Los informes independientes del PREAL (Programa de promoción de la Reforma Educativa en América Latina y el Caribe) muestran que estos pobres resultados son comunes a toda la región y que se mantiene la distancia con otros países emergentes, a pesar de mejoras como el aumento de la matrícula, una mayor permanencia en la escuela o el aumento de la inversión en educación en los últimos años.

inversión pública terminaron por lastrar las mejores universidades y a partir de ahí el conjunto de los sistemas de instrucción en América Latina. El clima de la universidad latinoamericana sencillamente dejó de ser atractivo para las mejores cabezas; y si la fuga de cerebros por motivos académicos o económicos no hubiera sido suficiente, los problemas políticos vinieron a expulsar a sucesivas oleadas de académicos e intelectuales capaces. Hoy, en los principales *rankings* que miden la excelencia universitaria en el mundo, sobran dedos de una mano para contar las universidades iberoamericanas entre las cien primeras.

América Latina posee importantes reservas de capital humano –este es un tipo de capital que se gasta lentamente, a ritmo generacional– y aún sería posible que los discípulos de los antiguos maestros transmitieran el mejor conocimiento a decenas de estudiantes. Y es que cuando el capital humano se desgasta, su recuperación es también muy lenta y puede ocurrir que las pérdidas sean irreversibles. Por añadidura, en una economía global que se basa, cada vez más, en la producción de información y conocimiento, en la que las distintas empresas y economías nacionales dependen de la innovación para asegurar su competitividad, la educación se hace cada vez más necesaria, así como su constante renovación y actualización.

En conclusión, urge introducir elementos del libre mercado en el sistema educativo de la región. Se necesitan los controles y las auditorías que proporciona un sistema genuinamente abierto y en competencia. Solo así se habrá eliminado el riesgo

mayor de politización en la educación y se habrán maximizado las posibilidades de la excelencia académica⁴⁵.

La dimensión económica de la comunidad lingüística

El español y el portugués son elementos constitutivos de la Comunidad Iberoamericana de Naciones. Los dos grandes idiomas proporcionan cohesión interna a las naciones iberoamericanas, unen entre sí a los países de ambas orillas del Atlántico y los conectan con el resto del mundo. Respectivamente, las dos comunidades lingüísticas han trabajado por mantener y potenciar los vínculos lingüísticos: la hispana, por medio de la Asociación de Academias de la Lengua y los Congresos Internacionales, entre otras iniciativas; la lusa, a través del Instituto Internacional da Língua Portuguesa. Los organismos de cooperación iberoamericana también han reconocido la importancia de la proximidad lingüística y han saludado las iniciativas destinadas a reforzarla, así como aquellas tendentes al aprendizaje recíproco de ambas lenguas.

Además de su importancia cultural y política, la pertenencia a una amplia comunidad lingüística tiene también una dimensión económica. En el caso del español, esta dimensión se basa en una pujante realidad demográfica, que lo sitúa entre las cuatro lenguas del mundo con mayor número de hablantes (a la par con el inglés y el hindi, y solo por detrás del chino). Como lengua internacional, el español presenta una serie de rasgos distintivos:

⁴⁵ Benegas Lynch, Alberto: "Sobre la educación", *Diario de América*, reproducido en *El instituto independiente*, 23 de julio de 2009.

- Es una lengua en expansión demográfica desde hace siglos (especialmente en América y durante el siglo XX).
- Posee una amplia difusión geopolítica (es oficial en 20 países) y es geográficamente compacta (la mayor parte de los países hispanohablantes ocupa territorios contiguos en el continente americano, creando una de las áreas lingüísticas más amplias del mundo).
- Es relativamente homogénea (presenta un riesgo débil de fragmentación) y entre sus variedades se da una alta comunicatividad (bajo índice de diversidad).
- Además, cumple la función de lengua vehicular de un variado conjunto de comunidades lingüísticas.

La imagen que el español tiene actualmente en un plano internacional es de unidad, de fuerza cultural y de expansión demográfica y económica. El inglés y el español son actualmente las lenguas europeas más extendidas del mundo. La vitalidad cultural de España y de la América Hispana le ha proporcionado un atractivo mundial que se traduce en una creciente demanda de su aprendizaje como lengua extranjera. El crecimiento económico de los países hispanohablantes y la influencia creciente de la comunidad hispana en Estados Unidos ha contribuido también al auge de los estudios de la lengua y la cultura hispánica, ante la perspectiva de usos profesionales específicos.

Los expertos vienen señalando las ventajas económicas que ofrece a las empresas, a los profesionales y a los estudiantes pertenecer a una gran comunidad lingüística: facilita la movilidad laboral, reduce ciertos costes de transacción para las empresas multinacionales, y allana el camino para las

inversiones y los contactos comerciales. La lengua delimita también el alcance de algunos mercados, como los de las industrias culturales y de la comunicación o los servicios educativos, que al hacerse grandes crean economías de escala y grandes corporaciones capaces de competir, a su vez, en otros mercados mayores en condiciones de igualdad.

La lengua española cuenta ya con esta amplia comunidad lingüística y con algunas de estas ventajas, que aseguran su posición entre las grandes lenguas del mundo durante largo tiempo. Latinoamérica –y en especial los países de habla hispana– tiene en ella un gran recurso para sus relaciones internas y para su proyección en el resto del mundo. Poseer una lengua internacional puede ayudar a los países en su desarrollo económico al facilitar su acceso al mundo exterior; al mismo tiempo, el progreso de los países hispanohablantes reforzará el auge del español, al crecer el poder adquisitivo de los hispanohablantes y aumentar el atractivo internacional de sus mercados. En este círculo virtuoso de la lengua y la economía, las instituciones tienen también un papel importante: cuidar la lengua a través de todo el recorrido educativo, desde sus primeros pasos en la educación básica hasta las fases más avanzadas de la investigación; el desarrollo de la norma y el mantenimiento de la unidad comunicativa.

La rémora que supone la inseguridad jurídica

La seguridad jurídica es un requisito *sine qua non* para la prosperidad. Cualquier ciudadano o empresa debe tener garantizados sus derechos de propiedad y que los contratos libre-

mente celebrados se cumplan, recurriendo, si es menester, a tribunales de justicia independientes.

El ataque a los derechos de propiedad por parte del Estado, sin que quepan distinguos entre ciudadanos y empresas nacionales o extranjeras, es una constante de los nuevos populismos que constituyen el “socialismo del siglo XXI”. Las expropiaciones estatales, en cualquiera de sus modalidades, actúan como un potentísimo factor disuasorio de las inversiones. Un ahorrista, en ausencia de garantías apropiadas, rehuirá mantener o invertir su ahorro en el país en el que previamente ha sido expropiado u otros lo han sido.

Los ataques a la propiedad y la falta de respeto a los contratos pueden resultar electoralmente rentables manejados por populistas sin escrúpulos, pero el daño al país es profundo. La desconfianza que infunde a los agentes económicos tarda mucho tiempo en recuperarse. El efecto inmediato es ahuyentar nuevas inversiones y, frecuentemente, generar deslocalizaciones empresariales.

El respeto a los derechos de propiedad y a los contratos, sobre todo a los suscritos con el Estado, exige reformas institucionales profundas. Lo ideal sería acometer reformas constitucionales que incorporen mecanismos efectivos de respeto a los derechos de propiedad y a los contratos en la propia Carta Magna. En su defecto, resulta conveniente incorporar garantías jurídicas reforzadas que impidan, a mayorías parlamentarias coyunturales, o a decisiones del ejecutivo amparadas en habilitaciones aberrantes de plenos poderes, su modificación.

También son deseables en este ámbito mecanismos que remitan a tribunales o árbitros independientes (en su caso, incluso en el extranjero) la solución a eventuales conflictos jurídicos que afecten a los derechos de propiedad o a los contratos públicos.

Otra de las condiciones indispensables para garantizar el derecho de propiedad y la seguridad jurídica es contar con sistemas de registro de la propiedad eficaces. La salvaguarda de la propiedad privada y de los derechos reales solo cabe en los países que cuentan con registros transparentes y eficientes. Los registros no deben ser concebidos como oficinas de recaudación ni como un órgano administrativo sujeto a la voluntad del poder político, sino como un mecanismo claro, ágil y amplio de asignación, definición y ordenación de los derechos reales. Si los registros cumplen su función en la forma adecuada, se impide la proliferación de asentamientos informales (chabolas, favelas, villas miseria...). Para enfrentar este problema también es necesario emprender reformas destinadas a atribuir derechos de propiedad registrables a los habitantes de las viviendas precarias.

Los beneficios de implantar registros de la propiedad eficientes son muchos y generan un círculo virtuoso:

- Se desarrolla el crédito hipotecario.
- Este desarrollo presiona a la baja los tipos de interés y facilita una ampliación de los plazos.
- En esas nuevas condiciones aumenta la oferta de vivienda y el acceso a la misma de los sectores desfavorecidos.

En definitiva, se generan las circunstancias propicias para ampliar las clases medias, al tiempo que la construcción puede ser uno de los sectores que crea más empleo. Este círculo virtuoso culmina cuando el ciudadano comprueba por sí mismo las ventajas de un mercado libre basado en la igualdad de oportunidades, frente a la propaganda populista.

Consolidar el Estado de derecho: prensa libre y poder judicial independiente

Cuando se trata de mantener la seguridad y defender a las personas y sus bienes, un Estado fuerte y eficaz es indispensable; un Estado de derecho basado en la seguridad jurídica y el respeto a los derechos humanos. En definitiva, un régimen de libertades.

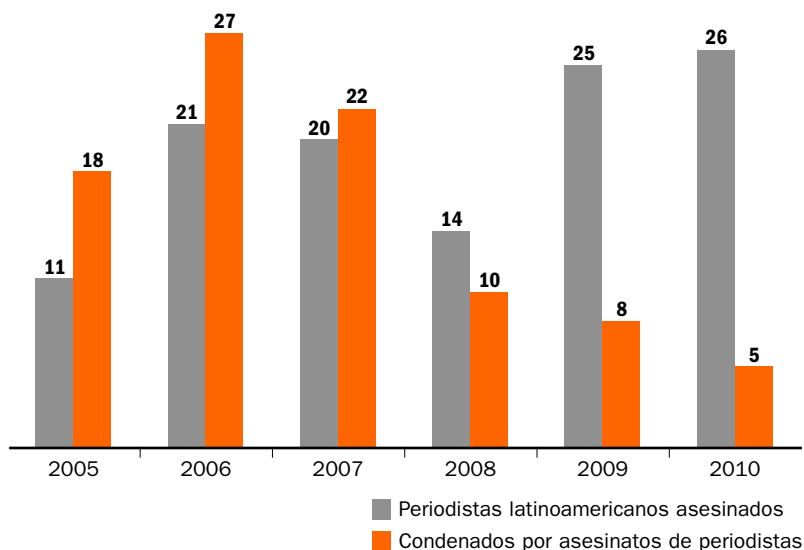
La corrupción es uno de los problemas atávicos de algunos países de la región y ha devenido en uno de los principales obstáculos para el crecimiento económico y la institucionalidad. Y para combatirla resultan imprescindibles dos principios del Estado democrático: la libertad de expresión y la justicia independiente.

La libertad de prensa es esencial para garantizar, mediante el ejercicio legítimo de la crítica, el correcto funcionamiento de las instituciones. Y la aceptación de la crítica es lo que distingue a las sociedades libres y abiertas de aquellas que se basan en el fundamentalismo ideológico y el autoritarismo político.

Por desgracia, América Latina se ha convertido en la región más peligrosa del mundo para el ejercicio del periodismo. De acuerdo con el informe de 2011 de la ONG *Press Emblem Campaign* (PEG), durante ese año se registraron en la región 35 muertes violentas de periodistas, una cifra dramática que ilustra el imparable crecimiento de la violencia infligida a informadores durante el último lustro. Asimismo, el grado de impunidad de esos crímenes cada vez es mayor (véase Gráfico 9).

GRÁFICO 9.

Asesinatos de periodistas y condenas en América Latina



Fuente: *Boderzine, journalism across fronteras*, <http://borderzine.com/2010/12/killing-the-news-stories-go-untold-as-latin-american-journalists-die/>. Consultado el 19 de diciembre de 2011.

México fue en ese año el país del mundo con un mayor número de periodistas asesinados (doce), por delante de Pakistán (once), Irak (siete) y Libia (siete)⁴⁶.

La libertad de prensa no solo se ve conculcada por el homicidio de informadores, sino también por las amenazas e intimidaciones a las que son sometidos los medios de comunicación críticos con los Gobiernos, especialmente, aunque no exclusivamente, en donde impera la ideología del denominado “socialismo del siglo XXI”. La consecuencia inevitable del amedrentamiento y la persecución es el recurso a la autocensura, siempre y cuando el acoso no culmine con el cierre completo del medio, como sucedió con Radio Caracas Televisión en 2010.

En una democracia que se precie de serlo no es posible ser juez y parte al mismo tiempo. Por ello, es crucial la independencia y la imparcialidad de quienes integran el poder judicial para la buena salud del sistema. Sin verdadera independencia de los jueces, sometidos solo al imperio de la ley, no puede haber ni Estado de derecho ni democracia. Para facilitar la independencia del poder judicial y la transparencia en la administración de justicia es necesario avanzar hacia una auténtica comunidad jurídica latinoamericana. Este debe ser un objetivo estimulante para mejorar la eficacia de los intercambios y de la cooperación entre países que comparten la misma cultura jurídica y que tienen conciencia de pertenencia a una Comunidad Iberoamericana de Derecho.

⁴⁶ Press Emblem Campaign (PEG), <http://www.presseemblem.ch/10399.html>. Consultado el 19 de diciembre de 2011.

Se trata, en fin, de crear condiciones que permitan establecer un espacio jurídico integrado. En este sentido es recomendable establecer líneas de actuación que propicien cooperación jurídica y una armonización legislativa en muchos ámbitos del derecho.

Para que se establezcan estos marcos se debe promover, preferentemente desde la Comunidad Iberoamericana de Naciones, la formación de un núcleo creciente de legislación armonizada, fomentar las redes de juristas especialistas (civilistas, penalistas...), con el fin de trabajar en codificaciones comunes e impulsar programas de formación e intercambio de jueces y abogados. A título de ejemplo, baste pensar en las ventajas prácticas de armonizar legislaciones en materia mercantil a los efectos de aumentar la seguridad jurídica de las inversiones transnacionales.

En esta tarea se debe contar con instancias ya existentes, como la Unión Iberoamericana de Colegios y Agrupaciones de Abogados, cuya labor eficaz puede ser de gran utilidad para sentar las bases de un acervo normativo iberoamericano a partir de las decisiones de las Cumbres Iberoamericanas y con el concurso de la comunidad jurídica.

B) La integración: un objetivo de geometría variable

“Todo es puerta.
Todo es puente.
Ahora marchamos en la otra orilla”.

Octavio Paz⁴⁷

La integración es un objetivo de geometría variable. Tiene distintos contornos geográficos: el hemisférico, el latinoamericano, el subregional y el iberoamericano. Todos ellos son positivos si persiguen fomentar el libre comercio y la cooperación transnacional; y negativos si se entienden como clubes excluyentes, limitadores del mercado, como instrumentos para una hegemonía unilateral o para desestabilizar la región.

En este informe se propugna favorecer una mayor integración en el contexto latinoamericano (acuerdos comerciales subregionales) con el resto de América y con el exterior (anclaje en Occidente), así como el reforzamiento de la Comunidad Iberoamericana. A menudo cunden el desengaño y la impaciencia por la lentitud de los procesos latinoamericanos de integración; los jugadores cambian de campo y se intercambian los peones. Pero tienen una hechura. A partir de esta geometría variable, la unión hemisférica tiene una importante fuerza de atracción por las oportunidades para el progreso que ofrece.

También tiene la integración distintos planos: económico, político, de seguridad. En el aspecto económico se ha hecho refe-

⁴⁷ *Noche en claro*. Salamandra. México, 1962.

rencia ya a una OCDE latinoamericana. Se trata quizá de sustituir marcas dañadas como el ALCA por nuevos foros interamericanos, siguiendo el ejemplo de la OCDE de la posguerra europea, con el doble objetivo de canalizar adecuadamente la ayuda financiera externa, estableciendo mecanismos de evaluación y control para una mayor eficiencia de la misma, y también de constituir un centro de inteligencia económica que promueva las buenas prácticas en las políticas públicas latinoamericanas.

La cooperación transatlántica entre Europa y América del Norte, en el marco de las propuestas de FAES relativas a un Área Atlántica de Prosperidad, no puede entenderse sin la incorporación de América Latina al proceso⁴⁸. Esta propuesta complementaría la suscripción de acuerdos bilaterales tradicionales de libre comercio en mercancías y servicios. El objetivo de incorporarse al Área Atlántica de Prosperidad sería eliminar las barreras no arancelarias al comercio y la inversión que permanecen en muchos sectores productivos, sobre todo en el campo de los servicios.

Es asimismo necesario fomentar el vínculo América Latina-América del Norte-Europa en el plano de la sociedad civil mediante la creación de un foro, Foro Atlántico, que reúna institutos de investigación, fundaciones políticas, colegios profesionales o asociaciones religiosas. En este sentido también proponemos la fundación de una cátedra de estudios

⁴⁸ Cabrillo, Francisco; García-Legaz, Jaime y Schwartz, Pedro: *A case for an open Atlantic Prosperity Area*. Madrid: FAES, Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, 2006. Hay edición digital en castellano: http://www.fundacionfaes.org/record_file/file-name/3047/POR_UN_AREA_ATLANTICA_DE_PROSPERIDAD_i.pdf

atlánticos para fomentar la investigación sobre las relaciones entre las Américas y Europa, y las posibilidades de profundizar y estrechar estas relaciones. Podría tener sede itinerante o múltiple.

Con el fin de aprovechar también las oportunidades que ofrece el rápido desarrollo de la cuenca del Pacífico y trasladarlas a las relaciones iberoamericanas, no sería inapropiado pensar en la creación de un Foro empresarial triangular. Los lazos transatlánticos no deberían ser excluyentes, y los países latinoamericanos que tienen ribera con el Pacífico podrían desempeñar en organizaciones como la APEC un papel de interlocutor de la región semejante al que Portugal y España ejercen en la Unión Europea.

La Comunidad Iberoamericana de Naciones es una comunidad de lengua y cultura; pero también lo es de Derecho. Existe una gravitación creciente hacia el modelo jurídico angloamericano, debido a la fuerte influencia de los Estados Unidos en la región. Esta influencia no debería ser incompatible con la búsqueda de mecanismos para reforzar la Comunidad Iberoamericana de Derecho, una realidad heredada del pasado común y plenamente vigente.

No cabe duda de que al turista interesado en visitar más de un país latinoamericano en un único viaje le desalienta la falta de armonización en materia de visados. Muchos expertos en turismo coinciden en que Latinoamérica probablemente no pueda disfrutar, debido a la profusión de visados, la avalancha de turistas de distintas zonas del mundo que en circunstancias normales se precipitaría sobre la región con mo-

tivo de encuentros que van desde la Copa del Mundo de fútbol hasta los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro.

Por tanto, en vez de firmar declaraciones grandilocuentes y vacuas proclamando la definitiva integración latinoamericana, sería recomendable que los líderes latinoamericanos concreten medidas dirigidas por ejemplo a la adopción de un visado común latinoamericano antes de la Copa del Mundo de fútbol de 2014, como preludio necesario para atraer a millones de turistas asiáticos y de otras regiones más adelante. Un visado común coadyuvaría a crear empleos y a reducir la pobreza de manera mucho más efectiva que miles de discursos institucionales⁴⁹.

La integración física

Las mejoras en los servicios de transporte son uno de los principales componentes del proceso de globalización económica, integración regional y desarrollo interno de los países. Junto con los avances en telemática, y en la estandarización y liberalización del comercio, el poder contar con unos servicios de transporte más rápidos, amplios, seguros y de menor coste, ayuda a la integración de los procesos de producción a nivel global, incrementa la productividad de los agentes económicos, integra efectivamente el territorio y mejora la calidad de vida de las personas⁵⁰.

⁴⁹ Oppenheimer, Andrés: "Hacia una visa común latinoamericana", *Informe 21.com*, 1 de noviembre de 2009.

⁵⁰ Sánchez, Ricardo J. y Wilmsmeier, Gordon: "Provisión de infraestructura de transporte en América Latina: experiencia reciente y problemas observados", *Serie Recursos naturales e infraestructura*, CEPAL, División de Recursos Naturales e Infraestructura, Santiago de Chile, agosto de 2005, p. 12.

La infraestructura de transporte en América Latina se caracteriza por estar muy desarrollada en algunos sectores y por su debilidad en otros, precisando de amplias mejoras para poder contribuir al desarrollo económico de la región. Entre los defectos de la red de transporte latinoamericana se podrían enunciar de manera no exhaustiva los siguientes:

- Restricciones físicas por la accidentada geografía de la región.
- Insuficiencias de capacidad, especialmente en los subsectores vial y ferroviario, así como falta de aprovechamiento del potencial hidroviario de la región.
- Deficiente mantenimiento de las infraestructuras, especialmente vial y ferroviaria.
- Restricciones operativas, existencia de interconexiones truncadas y asimetrías técnicas entre modos y/o países.
- Problemas de seguridad física para personas, equipos y mercancías.
- Dificultades para la inversión y su financiamiento.
- Fallos en la planificación, el diseño de las políticas públicas y la asignación de roles entre el sector público, el privado y el internacional.
- Contratos débiles, inseguros y altos costos de transacción.
- Marcos regulatorios extemporáneos, inadecuados o excesivamente complejos.
- Ausencia de políticas de movilidad sostenible.
- Vulnerabilidad por motivos geológicos y climáticos⁵¹.

⁵¹ *Ibíd.*, p. 20.

Existe una amplia red de infraestructuras de transporte, en primer lugar, entre la frontera de los Estados Unidos con México hasta el sur de Panamá; también desde Venezuela, pasando por Colombia, hasta la orilla occidental de la cordillera de los Andes; y por último, en la zona que comprende el centro de Chile, el centro de Argentina y el sur de Brasil.

En el resto de la región existen redes de menor envergadura o simples eslabones. La red viaria está compuesta en buena medida por caminos no pavimentados y de transitabilidad precaria. En general, las carreteras de la región son antiguas, a excepción de las rutas concesionadas durante la década de los noventa, que cabe destacar no llegan al 3% del total. La denominada Carretera Panamericana, que atraviesa el continente de norte a sur desde Alaska hasta la Patagonia se interrumpe en la región del Darién (el denominado *Tapón de Darién*) entre Panamá y Colombia. La densidad de la selva en dicha región, así como algunas reticencias de índole político han impedido, de momento, la comunicación por carretera entre ambos países.

Gran parte de la red está formada por caminos, puesto que los ferrocarriles se destinan principalmente a la comunicación de las zonas de producción minera o agrícola con los puertos oceánicos o fluviales. El transporte de carga general por ferrocarril se limita al centro y norte de México, centro y norte de América del Sur (hierro y carbón), así como a algunos sectores del MERCOSUR. La integridad de la red ferroviaria se ve comprometida por los diferentes anchos de vía entre países. Los ríos, a pesar de poder interconectarse de

forma directa, podrían enlazarse intermodalmente para formar y ampliar redes de infraestructura de transporte, aprovechando la gran disponibilidad fluvial de la que disfruta América Latina.

Si se comparan los valores de provisión de infraestructuras viales, ferroviarias e hidroviarias en relación al territorio y a la población con los de otras regiones del mundo, los datos de América Latina son bastante inferiores, como se puede observar en las dos siguientes tablas estadísticas (véanse Cuadros 2 y 3).

CUADRO 2

Comparación internacional de indicadores de provisión vial

Países o regiones	Carreteras pavimentadas/ total carreteras	Total carreteras/ territorio m/km ²	Carreteras pavimentadas/ territorio m/km ²	Total carreteras/ población m/habit.
Promedio Europa occidental	95,2%	1.044,32	993,70	9,86
Promedio Europa central y oriental	54,3%	812,88	441,70	8,76
Estados Unidos	59,0%	657,89	388,15	21,82
Promedio América Latina y Caribe	15,1%	147,17	22,20	5,71
Promedio América del Sur	11,2%	141,24	15,82	6,82
Promedio Centroamérica	31,0%	163,82	50,81	2,85
Corea del Sur	72,2%	914,49	660,03	1,86
Japón	53,7%	3.117,73	1.674,27	9,18
Tailandia	97,5%	126,23	123,07	1,01
Malasia	76,2%	204,14	155,61	2,90
Indonesia	46,3%	187,63	86,87	1,46

Fuente: Sánchez, Ricardo J. y Wilmsmeier, Gordon: Op. cit., p. 24.

CUADRO 3

Comparación internacional de indicadores de provisión ferroviaria e hidroviaria

Países o regiones	Total FFCC/ territorio km/mil km²	Total vías fluviales/ territorio km/mil km²
Promedio Europa occidental	48,41	12,81
Promedio Europa central y oriental	40,27	5,48
Estados Unidos	20,22	4,26
Promedio América Latina y Caribe	5,96	6,06
Corea del Sur	31,83	-
Japón	61,82	4,72
Tailandia	7,95	7,82
Malasia	7,36	22,21
Indonesia	3,54	11,81

Fuente: Ibíd., p. 25.

Sin embargo, en lo relativo a las hidrovías hay motivos para el optimismo, ya que algunos países centroamericanos, todos los de MERCOSUR, así como Venezuela y Colombia gozan de una gran disponibilidad de vías navegables. En este sentido, cabe señalar que el promedio de 6,06 supera al de Estados Unidos (4,26), aunque no a Europa occidental, Tailandia, Malasia o Indonesia.

Las crisis fiscales y de deuda que atravesaron los países de la región en la década de los ochenta del siglo XX, y la subsecuente aplicación de políticas de ajuste y reducción del gasto público en infraestructuras, condujeron tal vez a una progresiva disminución de la tasa de inversión pública en materia de infraestructura de transporte.

La transferencia de gran parte de estas actividades a la gestión y explotación privadas, si bien permitió la introducción de flujos de fondos en el sector, no sirvió para aumentar, ni siquiera para mantener, la tasa de inversión en la infraestructura de transporte⁵².

Las inversiones privadas en transporte se concentraron en el equipamiento y organización portuarios. Un porcentaje menor de las inversiones se destinó a carreteras y ferrocarriles concesionados, aunque en general no se produjeron expansiones de la red, sino mejoramientos en la calidad de las prestaciones.

Sin menoscabo de la participación del sector privado, es evidente que las necesidades de inversión en infraestructura de transporte no pueden permanecer ajenas a una participación del sector público. El déficit de infraestructuras que arrastra la región solo puede remediarse mediante la cooperación entre el capital público y el privado, la limitación del gasto corriente y el incremento del gasto en obra pública.

La solución para los problemas del sector aéreo-comercial latinoamericano pasa por la introducción de una política de cielos abiertos que genere competencia, con opciones de vuelos a todos los destinos y bajos precios. El proceso de liberalización de los mercados avanza con grandes dificultades en la región. Lamentablemente, algunos Gobiernos

⁵² *Ibíd.*, p. 30.

estiman que la liberalización del sector sería pernicioso y eligen mantener el modelo tradicional que se apoya en la regulación de la oferta y la fijación de los precios. Cuando lo que está demostrado es que la regulación y la restricción representan obstáculos para estimular a las empresas transportadoras a mejorar los servicios y a generar nuevos mercados. Cabe destacar que también hay un grupo de países que están optando por flexibilizar progresivamente sus políticas con el objeto de adaptarse de forma gradual a los nuevos tiempos.

La integración energética

Tras la fundación de la OEA en 1948, surgieron en América Latina iniciativas políticas de integración que se extendieron paulatinamente a lo comercial y, concretamente, al ámbito de la energía, primero en el sector eléctrico y luego en el del petróleo y el gas natural. Así surgieron organizaciones como la Asociación Latinoamericana de Integración ALADI, la Asociación de Asistencia Recíproca Petrolera Estatal Latinoamericana (Arpel), la Organización Latinoamericana de Energía (Olade). A fines del siglo XX se las intentó relanzar con la Reunión Hemisférica de Ministros de Energía.

Otras asociaciones de más reciente constitución como la Comunidad Andina de Naciones (CAN), el Grupo de los Tres (G-3), el Mercado Común Centroamericano (MCCA), MERCOSUR, el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), el Grupo Informal de Países Latinoamericanos y del Caribe Exportadores de Petróleo (Giplacep), el Pacto de San José, el

Plan de Integración Energética para Mesoamérica (PIEM), la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA), Petroamérica, Petroandina, Petrocaribe y Petrosur, Unasur o la CELAC se crearon también con el fin de facilitar una integración económica y energética.

Sin embargo, la proliferación de esta clase de acuerdos se ha revelado contraproducente para el libre comercio regional. Cabe destacar que algunas de estas propuestas de integración han corrido a cargo de Estados-empresario con economía planificada y hostiles al libre mercado⁵³.

A pesar de las dificultades para la supresión de barreras comerciales y la deletérea profusión de pactos, América Latina tiene condiciones excepcionales para alcanzar una profunda integración en materia de explotación y generación de energía. El problema no ha radicado desde luego en las matrices energéticas de los países, al contrario, estas, gracias a su considerable riqueza, deberían ser un incentivo para desarrollar mejores mecanismos de complementariedad entre los mercados domésticos (véase Cuadro 4).

Efectivamente, la región dispone de gran cantidad de recursos, proximidad de las fuentes de producción a los mercados con mayor demanda y una larga experiencia empresarial en este ámbito, además de la natural coincidencia estacional que

⁵³ González Cruz, Diego J.: "Integración energética en América Latina", *Perspectiva*, número 21, agosto de 2009.

CUADRO 4
Matriz energética en Sudamérica (% del total)

Países	Carbón	Hidroelectricidad	Gas natural	Petróleo y derivados	Nuclear	Renovables	Otros
Argentina	0,7	4,0	49,0	41,1	2,5	1,9	0,8
Bolivia	0,0	11,0	40,0	49,0	0,0	0,0	0,0
Brasil	7,2	13,0	6,6	45,4	2,3	23,3	2,2
Chile	12,0	18,0	26,0	42,0	0,0	2,0	0,0
Colombia	10,4	17,9	9,1	48,6	0,0	14,0	0,0
Ecuador	0,0	19,0	2,0	79,0	0,0	0,0	0,0
Perú	6,0	33,0	3,0	58,0	0,0	0,0	0,0
Venezuela	0,0	22,0	40,0	38,0	0,0	0,0	0,0

Fuente: OPEP e Institutos de Estadística por país. Reproducido en “El GNL y el fracaso de la integración energética en América Latina”, *Fundación Libertad y Desarrollo*, 29 de julio de 2009, p. 10.

ayuda a mejorar los niveles de eficiencia de un sistema energético integrado.

Si dispusiera de mayores niveles de integración, América Latina podría ahorrar recursos, además de beneficiarse de las ventajas que reporta en materia de riesgo para las inversiones la disponibilidad de un mayor nivel de seguridad en el abastecimiento de energía. A día de hoy, existe interconexión energética bilateral entre varios Estados latinoamericanos, pero la integración regional efectiva en ese ámbito continúa brillando por su ausencia⁵⁴.

⁵⁴ “El GNL y el fracaso de la integración energética en América Latina”, *Fundación Libertad y Desarrollo*, 29 de julio de 2009, p. 2.

De acuerdo con una estimación realizada por la Oficina de Información en materia de Energía de Estados Unidos (EIA), la región latinoamericana demandará el 5,5% de los requerimientos energéticos mundiales para el año 2030, y ya hoy está en déficit. En cuanto a la demanda, con la excepción de Bolivia, Brasil, Perú, Trinidad y Tobago y Venezuela, los países latinoamericanos podrían ser deficitarios a mediano y largo plazo en combustibles para generación eléctrica y transporte⁵⁵.

Venezuela, el primer país latinoamericano en reservas de petróleo y gas natural, mantiene un discurso muy favorable a los procesos de integración energética, prueba de ello es el abierto apoyo venezolano a megaproyectos como el Anillo Energético, o el más ambicioso Gasoducto del Sur. En cualquier caso, el Gobierno socialista de Venezuela no avanza en la concreción de estas propuestas. Pero, tal vez, crea que mantener esas posiciones le puede ser beneficioso mientras logre aprovechar la volatilidad de los mercados energéticos y, en especial, la coyuntura de los precios altos⁵⁶.

Desde el punto de vista de los países importadores, la continuidad en el abastecimiento de energía desde Brasil no está todavía garantizada. Sin embargo, el descubrimiento en octubre de 2006 de un vasto yacimiento de crudo de alta calidad y de gas natural en la Cuenca de Santos, el depósito de Tupí, permitirá a Brasil alcanzar no solo la autonomía energé-

⁵⁵ González Cruz, Diego J.: *op. cit.*

⁵⁶ Mercado, Alejandro F.: "Perspectivas de la integración energética en América Latina", *Perspectiva*, número 21, agosto de 2009.

tica a corto plazo, sino también advenir a la condición de potencia exportadora de petróleo y gas natural a medio plazo⁵⁷.

La matriz energética brasileña es rica y variada, coexistiendo en ella los combustibles fósiles y, cada vez con mayor incidencia, las energías renovables. Los dos principales biocombustibles líquidos utilizados en el Brasil son el etanol, extraído de la caña de azúcar y, en una escala cada vez mayor, el biodiesel, producido a partir de aceites vegetales o grasas animales. Asimismo se abren nuevas expectativas para el Cono Sur americano con los recientes descubrimientos de grandes yacimientos de petróleo.

Un “Erasmus” para América Latina

La educación y la integración son vitales para el desarrollo de las naciones. Los programas de intercambio académicos incentivan la movilidad de estudiantes y profesores. En una región donde las afinidades lingüísticas, culturales e históricas son tan profundas, no deberían existir obstáculos para llevar a cabo proyectos de integración en el ámbito educativo. Las Cumbres Iberoamericanas de Naciones constituyen el marco idóneo para impulsar programas de esa índole. El programa Erasmus se desarrolla en Europa desde el año 1987. Se trata de un proyecto transnacional de cooperación que promueve el intercambio de estudiantes y profesores universitarios. Más de un millón de estudiantes han participado en este programa, que involucra a 31 países, y que se ha convertido en el me-

⁵⁷ *Ibíd.*

canismo de intercambio académico con más éxito del mundo. De hecho, ha obtenido por su labor galardones tan relevantes como el Premio Príncipe de Asturias de Cooperación Internacional 2004.

El programa Erasmus trasciende el aspecto meramente académico de adquisición de conocimientos, y parte de su éxito reside en la creación y desarrollo de sólidos vínculos interpersonales entre estudiantes de diferentes nacionalidades. Para muchos estudiantes supone la primera experiencia de vivir en solitario en un país extranjero. El programa ayuda a romper prejuicios y tópicos previos, y a conseguir un mejor entendimiento mutuo de las diferencias y similitudes de las diversas idiosincrasias nacionales.

El Erasmus se erige como un nuevo pilar en la formación de una conciencia de ciudadanía europea. Constituye un instrumento clave de integración y pertenencia a un espacio de valores comunes. Es una clara demostración acerca de cómo la voluntad política puede abrirse paso para privilegiar lo mucho que existe en común por encima de lo que separa. A pesar de encontrarnos con una heterogeneidad de lenguas, costumbres y modos de entender la vida, en Europa se ha comprendido que todos estos elementos enriquecen y fortalecen una identidad común europea.

Lamentablemente, América Latina no cuenta con un programa de estas características. Si bien es cierto que no pocas empresas y universidades han dotado de recursos económicos a programas para incentivar la movilidad de los estudiantes de

América Latina y que existen iniciativas como la de becas de alto nivel para países de América Latina adoptado por la Comisión Europea, experiencias piloto de movilidad académica de postgrado como el programa Pablo Neruda impulsado por la SEGIB y proyectos como el Erasmus Mundus, lo cierto es que actualmente no existe un programa con la entidad y la magnitud del Erasmus europeo para los países de la región latinoamericana.

Resulta paradójico que en una región donde las afinidades entre los países son tan profundas, haya sido tan difícil diseñar este tipo de proyectos que estimulan el intercambio y la integración. La voluntad política es fundamental para impulsar este tipo de programas, pues sobran motivos para desarrollar un proyecto como el Erasmus europeo en América Latina.

Con este proyecto en marcha, las alianzas y redes universitarias que se construyeran alrededor facilitarían la integración de las universidades latinoamericanas con las del resto del mundo. Se favorecería el acceso a la información y el conocimiento producido en extranjero y se podría transmitir al exterior, con más facilidad y agilidad, la producción académica de los países de América Latina.

Sin lugar a dudas, un programa de estas dimensiones debe realizarse dentro del marco de la Comunidad Iberoamericana de Naciones, con España y Portugal como protagonistas principales. Su presencia sería de gran valor, en primer lugar por la sintonía existente entre las universidades de las dos orillas del Atlántico y por los vínculos culturales que subyacen entre

ambos continentes. En segundo lugar, porque España puede brindar su *know how* a muchos países por su experiencia acumulada como primer destino escogido por los estudiantes europeos para realizar su Erasmus. Además, la presencia de España y Portugal abriría la puerta a un programa mucho más ambicioso que pudiera alcanzar dimensiones transatlánticas.

Dotar de una carga simbólica y económica contundente a este tipo de programas es crucial para su éxito. Por ello, es recomendable lanzar dichos proyectos en un encuentro de las características de las Cumbres y con un respaldo consistente por parte de la Secretaría y de los respectivos Gobiernos. Para que esto funcionara, se debería avanzar más allá de la retórica y de las buenas intenciones, y articular mecanismos de financiación que incentivasen a las universidades a formar parte de esa red que otorgaría apoyo institucional a los convenios. Un acuerdo marco entre los países sería idóneo para que los centros universitarios pudieran suscribir su ingreso al programa.

4

LA HORA DE LA POLÍTICA

“En política todo lo que no es posible es falso; [...] la política es, sobre todo, arte que tiene necesariamente que amoldarse a las circunstancias y al tiempo”⁵⁸.

Antonio Cánovas del Castillo

A) La unidad, requisito para vencer al populismo

Muchos países de América Latina se vuelven a enfrentar al dilema entre el populismo revolucionario en su vertiente más alejada del mundo libre y la democracia liberal. Esta encrucijada ha estado presente, como se ha explicado en el primer capítulo de este informe, en los doscientos años transcurridos desde la emancipación de las primeras repúblicas latinoamericanas. Pero no es menos cierto que la última década nos ha demostrado que en la región, al margen de los populismos auspiciados por el proyecto expansionista chavista, ha surgido una izquierda moderada (analizada en el capítulo 2) que suscribe

⁵⁸ *Obras Completas de Antonio Cánovas del Castillo*. Tomo VII. “Intervenciones parlamentarias”. Volumen IV, p. 1.116. Fundación Cánovas del Castillo. Madrid, 1997.

los valores occidentales, la democracia y el respeto por los derechos fundamentales y la libertad.

Además, los resultados de las elecciones presidenciales de Chile, Colombia y México, de esta última década, ponen de manifiesto que también existe un centro-derecha maduro y alejado de todos los estigmas del pasado, que se erige en alternativa ganadora merced a un liderazgo claro, y que posee un programa fundamentado en sólidos principios, ideas y convicciones.

Sin embargo, no en todos los países de América Latina han conseguido los partidos situados en el centro o en la derecha del espectro político desarrollar un programa político común. Los recientes procesos electorales celebrados en la región han demostrado, asimismo, que el principal obstáculo para desplazar del poder a la izquierda y al populismo es la dificultad para reunir en un mismo espacio político a los sectores que comparten proyectos que defienden la libertad y abogan por un Estado fuerte pero no hipertrofiado.

Ni que decir tiene que la unión para el triunfo electoral deberá hacerse a partir de unos mínimos denominadores comunes que varíen dependiendo de las circunstancias del sistema político de la nación y de la situación institucional del país en cuestión. No será igual la “fórmula” cuando lo que esté en jaque sea el propio modelo de nación de ciudadanos libres e iguales, que allí donde las fuerzas políticas y la sociedad civil acepten unas reglas de juego básicas de normal desenvolvimiento democrático, los derechos se encuentran garantizados y las diferencias entre los programas de los partidos sean casi imperceptibles. Lo

que está claro es que para vencer tanto en uno como en otro caso, es muy importante sumar, concentrar y evitar la dispersión entre varios candidatos del mismo arco político.

Esto cobra una dimensión mayor en regímenes presidencialistas de elección a dos vueltas, en donde en la segunda hay que alcanzar una mayoría absoluta o cualificada. Quizá en otra forma de gobierno –por ejemplo, la parlamentaria, donde el jefe de Gobierno lo designa el legislativo– y en un sistema electoral proporcional, la dispersión del voto no represente un problema de la misma magnitud, pues las coaliciones (acuerdos de gobierno) podrían ser decisivas después de los comicios para hacer posible la elección como jefe de Gobierno de aquel que encabeza la lista más votada (o no). Pero siempre la concentración favorecerá el triunfo.

Como su propio nombre indica, un partido es solo una parte de un todo, por lo que no puede ni debe poseer ambiciones omnicomprendivas. Sin embargo, esto no es óbice para que el partido, rigiéndose por unos principios claros, busque el apoyo del mayor número posible de ciudadanos para conseguir una mayoría que le permita superar el escollo de la primera vuelta y en una segunda instancia ganar definitivamente el balotaje.

Para la consecución de estos objetivos, ha quedado demostrado que la división, cuando obedece exclusivamente a las aspiraciones personales de unos dirigentes que anteponen su proyecto personal a la construcción de alternativas ganadoras, conduce ineludiblemente al fracaso.

Cuando el proyecto que aspira a alzarse con el poder o a perpetuarse en él es de tinte totalitario y lo que está en juego es el propio sistema democrático, el frente opositor debe unirse más allá de derechas e izquierdas, anteponiendo los valores de la democracia representativa a cualquier otra consideración. Después de la victoria y contenida la amenaza, ya habrá tiempo para rearmar el sistema político y reinstaurar la imprescindible pluralidad del sistema de partidos para la alternancia democrática.

Es fundamental hacer efectiva y operativa esta propuesta a través de la política, la voluntad y la decisión de todos aquellos que forman parte de un amplio arco ideológico. Ante la tesitura “civilización o barbarie” es necesaria la unión de los afines.

Tras haber conocido la miseria, la opresión y las muertes que produjo el socialismo real del siglo XX, la deriva totalitaria que han cobrado los Gobiernos alineados en torno a la autodenominada doctrina del “socialismo del siglo XXI”, hace preciso hoy más que nunca la unión de los demócratas. Surge entonces la obligación moral de agruparse para potenciar la fuerza y derrotar por vías democráticas al populismo neocomunista.

La actuación política en un mundo cada vez más globalizado aconseja integrar a los partidos en organizaciones de partidos internacionales, coordinar esfuerzos para la consecución de objetivos comunes y dotar de referentes ideológicos a los partidos e instituciones afines.

Es crucial para la pervivencia de la libertad en la región y el anclaje de esta en Occidente tejer una red de personas, ins-

tituciones y partidos políticos que, comprometidos con ideas comunes, trabajen coordinadamente. Una red que, uniendo a los afines, transmita las ideas de libertad, de democracia, de respeto al Estado de derecho y la necesidad de fortalecimiento institucional para la prosperidad y el éxito de las naciones.

Por todo ello, y por lo que nos ha enseñado la historia, hoy es más necesario que nunca tomar conciencia de que la unión de todos los demócratas es la única respuesta válida para enfrentarse con éxito a los que pretenden destruir los valores de la democracia y de la libertad mediante la instauración de un sistema totalitario. Una empresa harto difícil que exige entrega, grandeza, generosidad, sentido de la responsabilidad histórica y amplitud de miras.

En este sentido, las ideas deben convertirse en “banderín de enganche” y en referente para aquellos que comparten valores. Porque las ideas de libertad, de democracia representativa, de respeto a la dignidad humana y a la igualdad ante la ley necesitan de personas que trabajen unidas y de un esfuerzo mancomunado para que estas buenas ideas triunfen sobre las fórmulas caducas que solo conducen al fracaso.

La creación y el desarrollo de una red de redes eficiente y coordinada es un trabajo complicado que exige realizar concesiones recíprocas y, a veces, difíciles. Quizás haya que dejar de lado, por el momento, discusiones y debates sobre cuestiones secundarias, porque lo que está en juego son las bases mismas del sistema, en definitiva, la arquitectura institucional de la democracia liberal en su conjunto.

Si miramos al otro lado, es asombroso ver cómo los enemigos de la libertad no desperdician ninguna ocasión de unirse, trabajar coordinadamente y atraer a nuevos compañeros de ruta del más variopinto pelaje para transitar de la mano el mismo camino. Los populistas revolucionarios de América Latina, en sus vertientes indigenistas, militaristas y neoestatistas, los fascistas y exgolpistas, los antisistema mercado-fóbicos, el islamismo radical y el progresismo posmoderno no escatiman ningún esfuerzo para aliarse y hacer frente a sus enemigos comunes: Occidente y la democracia liberal. En realidad, como ya se ha dicho, no comparten valores ni principios, solo les une su aversión a Occidente.

La unión de lo que está a la derecha de la izquierda

En la unión de los afines para vencer en el seno de una democracia consolidada, los desafíos son otros. Cuando no hay una amenaza totalitaria real, la unión, aunque sigue siendo deseable, debe obedecer a otras variables. En el caso concreto del centro-derecha es fundamental que los partidos liberales, conservadores, democristianos, colaboren entre sí para potenciar los valores que comparten. Deben trabajar sobre la base de lo mucho que los une y no de lo que los separa. Entre esos consensos básicos y puntos de partida comunes se encuentran, por ejemplo, la libertad como motor del progreso, la pertenencia a Occidente, las raíces cristianas de América, el combate de la pobreza mediante la economía de mercado y la voluntad de derrocar al populismo democráticamente.

Un proverbio africano cuenta que viajando solos quizá se pueda llegar más rápido al destino, pero que solamente juntos se llega lejos. Y en política esto suele ser así, pues la atomización de aquellos proyectos políticos que comparten ya no solo un mismo sector del electorado, sino también principios, conduce inevitablemente al fracaso de estas iniciativas.

Los principios compartidos –como el apoyo a la democracia, la economía de mercado, la aspiración de triunfo de la sociedad abierta sobre el populismo, la seguridad jurídica, las reglas de juego claras, el pluralismo, los servicios básicos del Estado, el imperio de la ley, la división de poderes o el Estado de derecho...– tendrían que bastar para la unión de todo lo que está a la derecha de la izquierda y fuera del populismo; puesto que estamos ante principios que no pueden ser arrasados por una fragmentación que obedece a meros proyectos personales.

La unión de los afines ha sido una experiencia exitosa tanto para el centro-izquierda como para el centro-derecha en diferentes países iberoamericanos (el Partido Popular en España, liderado por José María Aznar consiguió alzarse con la victoria en el año 1996; la Concertación chilena, la alianza UDI-RN liderada por Sebastián Piñera, lo hizo en 2010). Evidentemente, para la unión hace falta una miríada de cualidades en los líderes que comandan los proyectos: generosidad, sentido de Estado, responsabilidad histórica, altura de miras y, sobre todo, entender que se deben privilegiar las concesiones recíprocas por encima de las ambiciones personales como factor decisivo para la construcción de un proyecto político ganador.

¿Cómo incentivar la unión de los afines?

Ha llegado la hora de redoblar esfuerzos para que, *mutatis mutandis*, los partidos afines se puedan nuclear en un modelo similar al que vertebró el Partido Popular Europeo con las formaciones políticas liberales, conservadoras y democristianas europeas en un arnés institucional de contención sólido. Las piezas claves de este engranaje podrían constituir las los proyectos políticos que están al frente de las Administraciones de México, Colombia y Chile.

En definitiva, diseñar una organización efectiva, aprovechando las que ya existen, que sirva para potenciar los lazos de cooperación y los valores que unen a estos proyectos: las raíces occidentales de América Latina, la democracia, la libertad individual y la voluntad de que sociedades libres y abiertas venzan al populismo.

Es muy importante resaltar desde el principio el carácter integrador de las iniciativas internacionales. El papel de las demás organizaciones de centro-derecha occidentales debe ser clave, pues puede generar mecanismos de cooperación que faciliten la unión de su familia política latinoamericana. La acción internacional debe circunscribirse a la suma de esfuerzos, adquiriendo el compromiso de no duplicar lo que ya se está haciendo. Es decir, generar un sistema de colaboración que premie aquellos proyectos que demuestren vocación integradora.

Ante la desintegración de los partidos políticos tradicionales en algunos países (Venezuela, Colombia, Ecuador, Argen-

tina, Bolivia, entre otros), las organizaciones internacionales de América Latina que reúnen a partidos de este abanico político –ODCA (la democristiana), UPLA (la conservadora) y RELIAL (la liberal)– deberán demostrar, por un lado, vigor a la hora de unir a los afines, y por otro, fortaleza para generar ideas que sirvan para que sus miembros articulen un discurso político ganador.

No cabe duda de que los partidos políticos latinoamericanos que se sitúan a la derecha de la izquierda precisan mejorar sus equipos de campaña y de programa. Necesitan, en definitiva, equipos que tengan la capacidad de enamorar a la gente.

Cuando un espacio político se fragmenta, los pedazos resultantes pierden fuerza, resultando imposible construir una alternativa con capacidad de convencer y vencer. Serán muchos los actores que tendrán que trabajar mancomunadamente para el éxito de esta empresa. Por tanto, para vencer y convencer solo cabe seguir la exhortación que José Ortega y Gasset dirigió al pueblo argentino y ponerse a las cosas, esto es, a trabajar duro y en pro de la unidad⁵⁹.

⁵⁹ Conferencia pronunciada en 1939 en la Ciudad de La Plata, Argentina, y recogida en *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América*, Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1981, Madrid.

B) Los grupos de interés que se arrogan la representación del pueblo

Forma parte del sano desenvolvimiento de una sociedad moderna que los ciudadanos que la constituyen se agrupen en ejercicio de su libertad de asociación, formando organizaciones que persiguen la defensa de los derechos de quienes las integran o de otros. Se trata de un propósito noble que enriquece a la democracia. Sobran los ejemplos de asociaciones cuyo altruismo ha contribuido a fortalecer la posición de las personas más desfavorecidas: las asociaciones de víctimas del terrorismo, grupos de defensa de derechos humanos y organizaciones caritativas que brindan una red de contención valiéndose de sentimientos tan puros como la caridad y el altruismo.

Sin embargo, durante los últimos años hemos podido comprobar cómo este modelo asistencial basado en organizaciones creadas espontánea y libremente, en ocasiones ha degenerado en un negocio de agitación política y corrupción. En efecto, causas tan dignas como la defensa del medio ambiente, la defensa de los derechos de los indígenas o la exigencia de justicia ante los brutales atropellos a los derechos humanos en América Latina, han sido utilizadas por algunas agrupaciones políticas.

Estas asociaciones instrumentalizan fines altruistas para perseguir objetivos políticos, cuando no económicos, que siguiendo los cauces constitucionales no podrían alcanzar. Son, de hecho, actores que pretenden imponer su agenda desde

una concepción de la política que en realidad es “antipolítica”, ya que evita intencionalmente los cauces institucionales en los que se vería derrotada. Una representación contemporánea de los peligros que reporta el faccionalismo, de los que ya alertó James Madison en *El Federalista* número 10⁶⁰.

En definitiva, este sistema asociativo representa un mecanismo de tráfico de poder entre grupos de interés que no tienen representación popular en las instituciones. Y supone, en fin, una perversión del modelo democrático liberal y una constante coacción contra los verdaderos representantes de la voluntad popular. La trama se disfraza de participación política cuando en realidad enmascara la política de la menor participación y la imposición de la voluntad de una minoría ruidosa sobre una mayoría silenciosa, y ello con el objetivo de deslegitimar al sistema democrático constitucional. En todos los casos la táctica es la misma: parapetarse tras una causa noble y altruista que nadie pueda rechazar y utilizar los mecanismos de presión necesarios para obtener o bien fines políticos, o bien partidas presupuestarias del Estado o de la cooperación internacional.

La manipulación culmina presentando a la sociedad como único proyecto político justo, una supuesta democracia “real” que, sin embargo, solo responde a una estrategia para alcanzar parcelas de poder. Pero la historia nos demuestra que es

⁶⁰ Madison, Hamilton y Jay: *The Federalist Papers*, Pennsylvania State University, 2001. pp. 41-42.

el Estado moderno con democracia representativa y separación de poderes en origen la única institución política que hace posible el control de los gobernantes por los ciudadanos.

CONCLUSIONES

Una mirada a las variables analizadas en este documento pone de manifiesto que América Latina participa con títulos propios en la dinámica de los procesos políticos y sociales de Occidente. Por tanto, los retos que plantea el mundo globalizado al proyecto democrático inaugurado hace dos siglos exigen de la región respuestas consecuentes con los valores de progreso, justicia y libertad inscritos en la historia y cultura propias del subcontinente.

Los años transcurridos desde la publicación de la primera versión de la *Agenda de libertad* han reforzado la convicción de que la democracia y la institucionalidad gozaban de buena salud: la transferencia pacífica del poder entre partidos de distinto color ha sido la norma, el mantenimiento de las buenas políticas no ha sido incompatible con la alternancia de los Gobiernos y, en la mayoría de los casos, el sentido de Estado se ha impuesto a los personalismos.

Además de esto, la lucha contra la pobreza ha podido apuntarse logros estimables en el mismo período. El síntoma más visible de este fenómeno ha sido el incremento de las clases medias, que está configurando una nueva fisonomía del *empe-*

werment (empoderamiento) para los ciudadanos, capaces de erigirse en protagonistas de las sociedades en las que viven.

Con todo, no se trata de un camino que pueda darse por recorrido. Las medidas para facilitar el acceso de toda la población a las oportunidades reclaman ser sostenidas en el tiempo y que no se las sacrifique en aras al oportunismo político y electoral. Junto a esto, la seguridad personal y la erradicación de la violencia son condiciones imprescindibles para crear el concierto social que aquellas oportunidades necesitan para desarrollarse.

En consecuencia, la preocupación por la dictadura cubana y los regímenes autoritarios del “socialismo del siglo XXI” no puede abandonarse, y la protección de los derechos humanos, de la paz y de las garantías democráticas.

Resulta imposible revisar la vida republicana de las naciones del subcontinente sin insistir en la ganancia de una eficaz integración regional. La comunidad de cultura, lengua y derecho, fruto de una historia compartida, es un activo que debe ponerse al servicio de intercambios educativos, económicos y comerciales con los que la región puede fortalecer su peso y presencia en los foros multilaterales y en el escenario internacional en general. Para ello, también es recomendable que Latinoamérica estreche vínculos con sus socios y aliados de Europa y con los Estados Unidos.

El acercamiento entre proyectos políticos preocupados por el perfeccionamiento de la democracia aconseja, asimismo, el

trabajo a favor de espacios de diálogo y encuentro, de producción de ideas y de intercambio de experiencias. La unión de los afines confiere una eficacia ganadora a las mejores intenciones cuando estas buscan medios de realización en la política.

España desempeña, y debe continuar haciéndolo, un papel comprometido en el sostenimiento y avance de la Comunidad Iberoamericana de Naciones, que constituye a su vez un ámbito privilegiado para la profundización y proyección de los valores de la libertad, los derechos humanos y la democracia. Con estos valores, Latinoamérica está llamada a construir una historia futura tan irrenunciable como la pasada.

AGRADECIMIENTOS, CONTRIBUCIONES RECIBIDAS E INSTITUCIONES CONSULTADAS

Para la elaboración de este documento se han celebrado múltiples seminarios, reuniones y encuentros. Se han solicitado colaboraciones y formulado consultas que han resultado de gran valía para la elaboración del informe.

Solo FAES, sin embargo, es responsable del texto final publicado.

Los responsables de este documento quisieran dar las gracias expresamente a Gonzalo Figar de Lacalle, Xavier Reyes Matheus, Isabella Comas Rísquez y Carla Pozo Cuneo, por su contribución al contenido del presente informe, y muy especialmente a Pablo Guerrero García por su labor de redacción.

Asimismo, la Fundación quiere agradecer las opiniones, reflexiones y aportaciones de los colaboradores de las instituciones que se citan a continuación:

Acton Institute (Estados Unidos)
Agenda de Libertad (Perú)

American Enterprise Institute (Estados Unidos)
Asociación Civil de Estudios Populares (Argentina)
Asociación Novus Mundus (sede en Madrid)
Atlas Foundation (Estados Unidos)
Cato Institute (Estados Unidos)
Centre for European Studies (CES, red de *think tanks* europeos)
Centro de Divulgación del Conocimiento Económico para la Libertad
(CEDICE, Venezuela)
Centro de Estudios Internacionales de la Universidad Católica de Chile
Centro de Investigaciones Económicas Nacionales (Guatemala)
Centro Demócrata Cristiano Internacional de Suecia KIC
Centro Fox (México)
Consejo Mexicano de Asuntos Internacionales (COMEXI, México)
Council on Foreign Relations (Estados Unidos)
Damas de Blanco (Cuba)
ESEADE. Instituto Universitario (Argentina)
Europe's World
European Ideas Network (red de *think tanks* europeos)
Facultad de Gobierno de la Universidad del Desarrollo (Chile)
Freedom House (Estados Unidos)
Friedrich-Naumann-Stiftung (Alemania)
Friends of Europe (sede en Bruselas)
Funbolíder (Bolivia)
Fundação Armando Álvares Penteado (FAAP, Brasil)
Fundación Adolfo Christlieb Ibarrola (México)
Fundación ATLAS 1853 (Argentina)
Fundación Buen Gobierno (Colombia)
Fundación Ecuador Libre (Ecuador)
Fundación Global Democracia y Desarrollo (FUNGLODE, República Dominicana)

AGRADECIMIENTOS, CONTRIBUCIONES RECIBIDAS E INSTITUCIONES CONSULTADAS

Fundación Hayek (Argentina)
Fundación Humanismo y Democracia (España)
Fundación Internacional para la Libertad (FIL)
Fundación Jaime Guzmán (Chile)
Fundación Justicia y Democracia (Venezuela)
Fundación Libertad (Paraguay)
Fundación Libertad y Ciudadanía (Brasil)
Fundación Maiestas (España)
Fundación Nuevas Generaciones Políticas (Argentina)
Fundación Pensar (Argentina)
Fundación Rafael Preciado Hernández (México)
Fundación Villar Mir (España)
Grupo de Estudios Estratégicos (GEES) España
HACER (Estados Unidos)
Hans-Siedel-Stiftung (Alemania)
Hudson Institute (Estados Unidos)
Iberia (España)
Indra (España)
Instituto de Empresa (España)
Instituto de Libre Empresa (Perú)
Instituto de Pensamiento Estratégico Ágora (IPEA, México)
Instituto Democracia y Mercado (Chile)
Instituto Ecuatoriano de Economía Política (IEEP, Ecuador)
Instituto Fernando Henrique Cardoso (Brasil)
Instituto Libertad (Chile)
Instituto Manuel Oribe (Uruguay)
Instituto Ortega y Gasset (España)
Instituto Veritas (Honduras)
Interamerican Institute for Democracy (Estados Unidos)
International Republican Institute (IRI, Estados Unidos)

Konrad-Adenauer-Stiftung (Alemania)
Libertad y Ciudadanía (Brasil)
Liberty Found (Estados Unidos)
Mesa de la Unidad (Venezuela)
Mont Pelerin Society (Estados Unidos)
National Democratic Institute (NDI, Estados Unidos)
NDA (Estados Unidos)
Organización Demócrata Cristiana de América (ODCA)
Partido Conservador (Colombia)
Partido de Acción Nacional (PAN, México)
Partido Demócrata cristiano Cubano
Partido Demócratas (Brasil)
Partido Nacional (Uruguay)
Partido Popular Cristiano (Perú)
Partido Social de Unidad Nacional (Colombia)
Primero Justicia (Venezuela)
Programa LIDERA (Venezuela)
Propuesta Republicana (PRO, Argentina)
Raíces de Esperanza (Cuba)
RANGEL (Redes para la Acción de Nuevos Grupos Latinoamericanos)
Red de antiguos becarios FAES
Red Liberal de América Latina (RELIAL)
Red Libertad (Argentina)
Renovación Nacional (Chile)
Repsol YPF (España)
Revista Letras Libres (México)
Secretaría General Iberoamericana (SEGIB)
Stockholm Network (red de *think tanks*)
Súmate (Venezuela)
The Bow Group (Reino Unido)

AGRADECIMIENTOS, CONTRIBUCIONES RECIBIDAS E INSTITUCIONES CONSULTADAS

The Heritage Foundation (Estados Unidos)
Unión de Partidos Latinoamericanos (UPLA)
Unión Liberal Cubana
Universidad Andrés Bello (Chile)
Universidad de Especialidades Espíritu Santo (Ecuador)
Universidad del Centro Educativo Latinoamericano (UCEL)
Universidad Francisco Marroquín (Guatemala)
Universidad Monteávila (Venezuela)
Universidad San Ignacio de Loyola (Perú)
Universidad Sergio Arboleda (Colombia)

La *Agenda de libertad 2007* sostenía tanto que América Latina es una parte sustancial de Occidente como que la región se hallaba ante el dilema de elegir entre el camino del progreso, la democracia y la apertura al mundo, o el camino del populismo, el atraso y la irrelevancia. Cinco años después, la *Agenda de libertad 2012* muestra cómo la mayoría de los países latinoamericanos ha escogido la mejor senda. América Latina es ahora más próspera, mayoritariamente democrática y goza de una gran oportunidad para consolidar su desarrollo. Sin embargo, aún es necesario que resuelva algunos desafíos clave: consolidar sus clases medias, combatir con el Estado de Derecho la violencia y adquirir un papel protagonista en los asuntos globales. América Latina, con la fuerza de las ideas de libertad y democracia, está en condiciones de situarse en la vanguardia de las naciones.

faes Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales
C/ María de Molina, 40 - 6ª Planta. Madrid 28006
Tel: +34 91 576 68 57 Fax: +34 91 575 46 95
e-mail: fundacion@fundacionfaes.org

www.fundacionfaes.org